هو الذى ارسل رسوله
بالهدى ودين الحق ليظهره على الدين كله

EL CAMINO HACIA LA PAZ

LA ESTRUCTURA ECONOMICA
DE LA SOCIEDAD ISLAMICA

ESTUDIO COMPARATIVO DEL SISTEMA DEL
ISLAM EN RELACIÓN CON EL COMUNISMO

POB

HAZRAT MIRZA BASHIR-UD-DIN MAHMUD AHMAD
JALIFATUL MASIH II (1889—1965)
RABWAH - PAKISTAN

I N D I C E

Página

PRÓLOGO	i
INTRODUCTION	

CAPITULO PRIMERO

EL ISLAM

El sistema económico del Islam.

Importancia del tema	3
Base fundamental del concepto islámico de la vida humana.....	4
El punto de vista islámico en relación con la base moral del Gobierno y el derecho a gobernar a los demás	5
Preceptos islámicos para los que ejercen la autoridad	7
Trato y justicia para todos	8
Los cuatro principios rectores del pensamiento político islámico	9
Un magnífico panorama de la Historia islámica	10
Los sentimientos de Hazrat Omar	11
Un medio ambiente adecuado es necesario para todo	12
Tres clases del sistema económico	13
El punto de vista islámico respecto de las fuentes de riqueza natural	14
La elevación del pobre es indispensable para los intereses nacionales.	16
Wa tawasau bis-sabre, wa tawasau bil marhamate	20

CAPITULO II

Contención de la desigualdad en el Islam.

Los esfuerzos del Islam para refrenar las desigualdades entre los humanos	21
El Islam condena el sometimiento del hombre a la esclavitud, salvo cuando se trata de prisioneros de guerra	22
Liberación de los prisioneros de guerra	23
Buen trato a los prisioneros de guerra	25

CAPITULO III

Prohibición del uso indebido de las riquezas.

	Páginas
El factor religioso	27
El sistema económico islámico apoya la iniciativa privada	28
El sistema económico del Islam se basa en dos principios fundamentales	29
Esencia del sistema económico islámico	29
Incentivos que se ocultan tras el deseo de adquirir riquezas	31
El Islam prohíbe hacer fortuna como medio para la consecución de fines ilegítimos	32
El Islam prohíbe el mal uso de las riquezas	33
Prohibición del lujo	36
Empleo del dinero para lograr poder político	37
La ambición de atesorar dinero	37
Freno a las naturalezas más débiles	38
Contención islámica de la indebida acumulación de riquezas	39

CAPITULO IV

Restricción de los medios ilícitos de enriquecerse.

Amplia definición del interés	40
Los abastecimientos no deben apartarse del mercado	41
Prohibición de la baja forzosa de precios en Islam	42
Obstáculos adicionales para la excesiva acumulación de riquezas en pocas manos	43
La caridad voluntaria	44
La ley de herencia islámica	45
Intervención de los fondos públicos para impedir que se utilicen para fortalecer la posición del rico	47
El Estado islámico tiene el deber de atender las primordiales necesidades de todos	49
El Santo Corán, sobre la obligación que tiene el Estado de satisfacer las principales necesidades de sus súbditos	51

EL COMUNISMO

CAPITULO V

Objeciones al sistema comunista.

El comunismo	57
Diferencia entre el Islam y el comunismo	58
Objeciones contra el comunismo basadas en la religión	59
El comunismo no permite a nadie consagrar su vida al servicio de la religión	62
Diferencia entre el Islam y el comunismo al definir el trabajo	65
La posición de los profetas de Dios en el sistema comunista	66
Entorpecimiento de la educación religiosa por distintos medios	68
La igualdad completa es imposible e impracticable	69
El comunismo interviene los derechos de la propiedad	70

CAPITULO VI

El sistema islámico.

Páginas

El principio islámico en relación con la propiedad	71
El ejemplo sin rival del Islam con respecto a los territorios conquistados.....	72
El sistema islámico para reducir las posesiones es mucho mejor....	74

CAPITULO VII

Defectos del sistema comunista.

El comunismo impide el desarrollo de la ciencia.....	76
Para mantener el comunismo se necesita la fuerza.....	78
El interés	79
La coacción en cuestiones económicas	81
El comunismo destruye la vida del hogar y el amor filial.....	83
El comunismo no reconoce adecuadamente la importancia de la fuerza intelectual	84
El peligro de la decadencia en la industria rusa.....	85
Una amplia simpatía universal es desconocida para el comunismo.....	86
Al mundo le está reservada una fuerte conmoción económica cuando Rusia salga a la lucha internacional por la supremacía económica.....	87
Falta de igualdad en el territorio ruso.....	89
Peligros del capitalismo del Estado y dos formas para librarnos de él.....	93
Las afirmaciones rusas quedan desmentidas por sus actos.....	96
Restricciones contra los extranjeros que visitan Rusia por cuenta propia.....	98
Algunos aspectos de la economía rusa que exigen cuidadosa reflexión.....	98
La pretendida práctica rusa de la igualdad, desmentida por los hechos.....	99
El nivel cultural y económico de las tropas rusas.....	101
La pretensión comunista de la igualdad para todos origina ciertas preguntas	102
La estructura económica correcta adecuada	102
Obligaciones del rico para con el pobre.....	104

CAPITULO VIII

Profecías importantes acerca de Rusia.

Profecía sobre Rusia de hace dos mil quinientos años.....	105
La profecía del Mesías Prometido (la paz y las bendiciones de Dios sean con él) con relación a Rusia	110
Mi propio «roya» apunta hacia la destrucción del comunismo.....	112
Conclusión	114

ESTRUCTURA ECONOMICA DE LA SOCIEDAD ISLAMICA

CAPITULO PRIMERO

EL SISTEMA ECONOMICO DEL ISLAM

Importancia del tema.

El tema de mi disertación es la Estructura Económica de la Sociedad Islámica. Este tema es tan extenso, que tratar de realizar un examen breve pero claro del mismo en el ámbito de la charla de una tarde es asunto sumamente difícil. Pues si permitiésemos que este deseo de brevedad aislase demasiado el tema de los pertinentes problemas que lo enlazan con otros, el examen propendería a resultar vago e impreciso; y el tema mismo perdería gran parte de su importancia. Sin embargo, yo he de intentar, en lo posible, hacer una exposición sucinta del sistema económico islámico, de forma que su comprensión resulte fácil; y me he de referir también a aquellos aspectos más amplios del tema que se refieren a su institución general en la más vasta esfera de actividades que abarca la vida humana.

He de advertir también que mi disertación ha de tener especialmente en cuenta ese sistema económico que tiende a adquirir gran boga en estos tiempos: el sistema económico que por lo general se conoce con el nombre de "comunismo". Porque el sistema económico que prescribe el Islam tiene una forma tal que, en algunos puntos externos, se asemeja al comunismo, si bien en el espíritu y esencia de su filoso-

fía los dos son antagónicos. Supongo, por tanto, que mi examen quedaría incompleto si no explicase desde qué punto de vista considera el Islam este movimiento revolucionario o dejase de mostrar la diferencia existente entre ambos.

Debe recordarse que los problemas brotan o se ramifican desde determinados principios básicos, del mismo modo que las ramas y hojas nacen del tronco del árbol. Por lo tanto, es natural que los problemas que nacen de un principio determinado no pueden entenderse debidamente sin antes haber logrado un adecuado conocimiento del propio principio fundamental. Así, pues, antes de lanzarme a un estudio del tema, considero esencial hacer una pausa y averiguar cuál es el primordial principio islámico que rige todos los aspectos de la vida humana.

Base fundamental del concepto islámico de la vida humana.

El punto de partida de todo pensamiento islámico político, económico o social es la verdad de que la propiedad, la soberanía y el poder pertenecen únicamente a Dios. En el Santo Corán se dice:

“Y bendito es Aquel a quien pertenece el reino de los cielos y la tierra y lo que entre ellos existe, y en El está el conocimiento de la Hora, y a El habrás de retornar” (XLIII, 85).

La verdad expresada en estas palabras constituye la base fundamental de toda la doctrina islámica. El definitivo dominio sobre el Universo, con todo lo que contiene, descansa en Dios, a quien vuelve en último recurso todo cuando alienta y vive en este mundo.

Evidentemente, cuando un hombre ostenta un cargo que se le ha confiado, responde ante el organismo que le colocó en dicho puesto con la conducta que observe en ese destino. De igual modo, cuando se deposita una cantidad de dinero en manos de un hombre para un fin determinado, éste no tiene derecho a malgastarlo ni a dedicarlo a

ningún otro fin distinto del especificado por el organismo que se lo confió. Pero el hombre cuya conducta no está sujeta a tales limitaciones, tiene libertad para obrar como convenga a sus necesidades o a su momentáneo estado de ánimo: si tiene derecho al empleo de las riquezas por virtud de una propiedad personal, podría, a discreción, atesorarlas como un avaro, derrocharlas como un manirroto o derramarlas por el arroyo como un necio, sin que nadie pueda pedirle cuentas por su locura. El versículo coránico anteriormente citado demuestra, pues, que todos los imperios y reinos y todos los instrumentos de mando del hombre sobre el hombre y los animales inferiores son otros tantos *depósitos* colocados en sus manos con vistas al mutuo provecho de todos. Por lo tanto, nadie ha de pretender obrar cual si fuese el dueño absoluto, porque la propiedad y el dominio verdaderos sobre todo y sobre todos descansa únicamente en Dios; los demás, en sus respectivas esferas, no son más que *depositarios*, responsables ante Dios, de la forma en que hacen uso de la confianza a ellos otorgada.

El punto de vista islámico en relación con la base moral del gobierno y el derecho a gobernar a los demás.

El Santo Corán declara con palabras claras e inequívocas que la soberanía y el derecho a gobernar a los demás procede de Dios; nadie tiene ningún título inherente, personal, intrínseco ni independiente para ello. Se nos ha dicho que Dios es el Rey de todos los reyes, el Señor de todos los señores. El otorga cetros y reinos a quien considera conveniente, y se los arrebató a quien le place. Exalta a puestos de honor a quienes le satisface y humilla a quienes le parece, porque en sus manos descansa todo bien y El tiene poder sobre todas las cosas (III, 25).

Así, pues, cuando le corresponde a alguien la facultad de reinar, ésta sólo le confiere un mandato y no el derecho de soberanía absoluta. No se debe interpretar, sin embargo, signifique este versículo que esta gracia de Dios ha establecido un derecho inalienable a dicho puesto ni que el rey o gobernante, por indigno que sea, fuese

en ningún caso representante de Dios. Significa que los factores que elevan a la corona o al poder a un hombre los ha creado Dios, de forma que al convertirse dicho hombre en rey, lo hizo utilizando aquellos factores, y no debe olvidarse nunca del Medio que le permitió su elevación ni del mandato que se oculta bajo esa autorización—un indispensable sentido de depósito, jamás el más ligero vestigio de propiedad absoluta—, ya que el poder final y la decisión última en cada caso se halla en manos de Dios. Cualquiera que fuese la forma que tomase la autoridad, cualquiera que fuese el molde a que se ajustasen los instrumentos de mando—imperios, reinos, ciudades-estados, democracias, dictaduras y otros—, cualesquiera usos o leyes que estos órganos estableciesen para su puesta en marcha, dichos órganos seguían siendo responsables ante Dios. Si sus leyes creaban inquietudes, discordias, contiendas y desdichas, o si fracasaban en cuanto a un logro positivo en la búsqueda del común objetivo de la civilización humana, esos órganos se exponían a ser acusados ante el Trono augusto del Divino Hacedor y Señor de todo.

Vemos, por lo tanto, que este versículo no pretende dar a entender que la concesión de poder hecha por Dios da derecho al que la recibe a proceder como si fuese dueño de sí y de todo cuanto se puso en su mano. Ni que el mero hecho de haber subido un hombre al Poder haya de considerarse como indicación de que fué concretamente voluntad de Dios el que así hubiese de ascender, oponiéndose a El en el pecado, por consecuencia. Quiere decir sencillamente que se le permitió recoger en sus manos unos poderes de mando que originalmente, y antes que nada, pertenecieron a Dios, para ser ejercidos por otros únicamente de acuerdo con el mandato emitido por El. Si dejase de hacerlo así, quedaba expuesto a que le pidieran cuentas (1).

(1) Sin embargo, lo que antecede no se debe interpretar que excluye la posibilidad de que cualquiera se eleve al trono o al poder merced a una arrolladora Providencia especial y concreta, procedente de Dios, ya que estas ascensiones tienen lugar algunas veces; pero entonces los que suben al poder mediante esta Providencia especial son, sin falta, hombres buenos y justos, y la esfera de su actividad es religiosa y espiritual, no temporal.

Preceptos islámicos para los que ejercen la autoridad.

El Santo Coran establece una clasificación de los que ejercen la autoridad, que es sumamente clara y está llena de hondo significado:

“Cuando se coloca a algunos en situación de autoridad y poder, su objeto es crear desórdenes en el país, destruir grupos de población, menoscabando sus facultades de reproducción (económica o de otra clase), sin prestar atención al hecho de que Dios no favorece el desorden” (II, 205).

La Historia corrobora perfectamente la verdad y la justicia de esta clasificación. Sabemos, a nuestra costa, que los gobernantes de este tipo son la regla general, más bien que la excepción. Su propósito no es servir a su país ni establecer la seguridad y la paz, ni crear confianza en los corazones de los hombres; por el contrario, ponen en acción proyectos que obligan a varias naciones, tribus, grupos, clases y religiones, a guerrear unos contra otros, de manera que se produce el caos en el país. Sus políticas, llenas de diferencias, hacen zozobrar la civilización al cercenar la producción, arrancan el fondo económico de la sociedad y arruinan el futuro de las generaciones venideras. La palabra “Harz”, utilizada en este texto literalmente, significa una cosecha agrícola; pero en sentido figurado su significado tiene una esfera de aplicación más amplia, de un sentido análogo a lo que llamamos nosotros “capacidad productora”. Todas estas cosas las hacen olvidándose de que Dios no apoya la injusticia ni el desorden. De esta manera los tiranos se merecen, por fin, la cólera del Cielo, y se producen bruscas reacciones en contra de su política, que, a su tiempo, arrastran a ellos y a sus obras al limbo de las cosas.

Por este texto resulta evidente que, de acuerdo con la doctrina islámica, sólo son gobernantes, en el verdadero y loable sentido, aquellos que proporcionan paz a su pueblo y un sentido de seguridad; los que fortalecen las raíces económicas de la sociedad; los que no derrochan los efectivos humanos y demás recursos del país en guerras de agresión

innecesarias, sino que, en cambio, concentran sus esfuerzos para mejorar las condiciones de vida del pueblo. Todos estos deberes, según la idea islámica, recaen sobre el Estado.

Trato justo y justicia para todos.

El Santo Corán establece además otro importante principio en la forma siguiente:

“Dios os ordena que entreguéis los depósitos a quienes sean dignos, y que cuando juzguéis entre personas, juzguéis con justicia; indudablemente, Dios os aconseja lo que es excelente; Dios es oyente y observador” (IV, 58).

Cuando se está en situación de tener voto en cuestión de un nombramiento para las funciones de gobierno, nuestro deber, dimanante de Dios, es elegir al hombre más a propósito para la tarea, capaz de llevar los asuntos de Estado con integridad, indulgencia, sagacidad y vigor; mientras que los nombrados para tales cargos de confianza están encargados de guardarse contra la parcialidad en favor o en contra de individuos particulares, clases o naciones. Nadie ha de ser indebidamente suprimido, nadie indebidamente encumbrado, en detrimento de los demás. Se nos dice, además, que en ningún sentido es ésta una orden arbitraria privada de base racional; se apoya sobre los seguros cimientos de una honda verdad que conduce a provechosos resultados de largo alcance cuando se observa adecuadamente.

La justicia imparcial para todos, sin consideración a las circunstancias de nacimiento, importancia pecuniaria, color, clase, tendencias políticas o afiliaciones religiosas, es condición principal para la creación de un sentido de seguridad en el pueblo, sin el cual no podrá perdurar ningún régimen ni lograr nada de verdadero provecho para el pueblo.

Las políticas diferenciales trastornan el equilibrio fundamental, creando con ello graves quemaduras en el alma y odios profundos que hacen imposible la paz, salvo en breves e inciertos periodos que van seguidos de feroces demostraciones de baja y crueldad por parte de

los desheredados siempre que tienen oportunidad de morder a su vez.

Dios es, en efecto, oyente y observador. El ha visto cómo las plantas de los tiranos hunden a los seres humanos en el cieno; cómo profanan sus hogares y arrebatan el pan de sus manos hambrientas; cómo los seres inteligentes se han convertido en vulgares estúpidos, en desdichas morales o en políticos idiotas; y al ver estas cosas, Su Piedad le ha movido a guiar al hombre para que salga de estos bosques que exhalan el hedor de la sangre humana derramada en perversas contiendas. Por lo tanto, ha ordenado y decretado que aquellos encargados de gobernar a sus semejantes deben elevarse a sus cargos mediante elecciones por parte del pueblo, realizadas con un espíritu de honrada escrupulosidad y tendentes a encontrar en realidad a los hombres más capaces. Y se ha establecido un mandato perpetuo que ha de ser rigurosamente tenido en cuenta por los elegidos para los cargos de confianza, ya que su deber es distribuir justicia, simpatía y comprensión, para proteger la vida y la propiedad, para fortalecer la economía, para salvar los abismos que separan a un hombre de otro hombre, a una clase de otra clase y a una nación de otra nación; para fomentar el poderío nacional y en ningún caso para derrocharlo.

Los cuatro principios rectores del pensamiento político islámico.

Este es el fondo general sobre el que coloca el Islam su sistema económico, y es inútil decir que ningún sistema podría realizar bien ninguno, a menos que estuviese colocado en un medio ambiente adecuado a su funcionamiento. De todas las religiones del mundo, el Islam ha sido el primero en:

1.º ~~Abogar por un sistema de gobierno representativo y establecer que la capacidad y la integridad son las únicas condiciones que deben regir las elecciones para los puestos del Estado.~~

2.º ~~Formular el principio de que el privilegio de gobernar es un DEPÓSITO, no un DERECHO.~~

3.º ~~Declarar que una paz y un progreso justos para todos deben ser el único objetivo de gobierno.~~

4.º Ordenar a los gobernantes que sean siempre jueces imparciales entre los intereses en pugna (individuos, clases, colores, credos u otros conflictos).

En resumen: el Islam no se pronuncia en favor de la monarquía hereditaria. Su doctrina sobre este punto es inequívoca en el sentido de que los cargos de gobierno deben ponerse únicamente en manos de hombres capaces, y que la selección o elección no ha de estar influida por ningún otro motivo.

La elección y la selección habían de ser los principios rectores. Era deber de los musulmanes el que después de una detenida consideración pusiesen las riendas del gobierno en las manos más aptas para sostenerlas, no desde el punto de vista del linaje o de la riqueza, ni de la influencia y vigor de los partidarios, sino únicamente siguiendo el criterio de si el candidato poseía o no aquellas cualidades sin las cuales ningún gobernante puede ser fuente de bendiciones para sus gobernados. Simultáneamente, la integridad, la justicia, el trato equitativo para todos y el bien común, habían de ser los constantes principios rectores de su administración.

Esta vigorosa y vital doctrina explica por qué, aun después de haber vuelto el edificio del Estado musulmán a los moldes de la herencia, el pensamiento político y la tendencia musulmanes continuaban mostrando inclinaciones republicanas.

Un magnífico panorama de la Historia islámica.

En su *Decadencia y caída del Imperio bizantino*, Gibbon presenta el panorama de un rey turco: el Shah Malik, hijo de Alp Arsalan. Cuando murió su padre, Malik era apenas un joven, y tres poderosos pretendientes surgieron para disputarle el trono: un hermano, un tío y un primo. Su primer ministro era Nizam-ud-Din Tusi, "shia" (1), que por lo tanto, persuadió a su regio señor para que visitase la tumba del Imam Musa Raza y ofrendase sus oraciones por la victoria

(1) Una secta de musulmanes que ofenden a todos los Califas del Islam, excepto a Hazzat-Ali.

en sus sagrados recintos. Después de la oración, el Shah Malik preguntó a Nizam-ud-Din qué había rezado. El primer ministro le contestó que pidió por la victoria real contra los rebeldes. El joven rey escuchó esta respuesta en medio de un reflexivo silencio, y luego añadió: "Pues yo he pedido a Dios que me quite la vida y la corona y se la otorgue a mi hermano si él fuese más digno de gobernar a los musulmanes."

Gibbon es un historiador cristiano cuyas obras muestran una fuerte y honda tendencia contraria al Islam. Pero en relación con este conmovedor incidente rinde, en efecto, un espontáneo homenaje a la pureza de la doctrina islámica y a su extraordinaria influencia sobre el espíritu musulmán.

Los sentimientos de Hazrat Omar.

Estos son los sentimientos y el espíritu que anteriormente habían ejercido tal predominio sobre Hazrat Omar en los días de su califato, que constantemente se vió arrastrado a hacer esfuerzos sobrehumanos para soportar las cargas del Estado en la forma que debían ser soportadas. Los incansables y magníficos servicios de Hazrat Omar a la causa islámica constituyen un encendido tema hasta para los autores cristianos hostiles, que no sienten escrúpulos en hacer la absurda acusación de que el Santo Profeta no fué honrado en sus tratos. Pero aun los escritores de esta clase no pueden dejar de sentirse elocuentes al hablar de las virtudes de Hazrat Abu Bakr y Hazrat Omar—sobre todo de Hazrat Omar, cuya vigilancia por el interés público y la eficacia y belleza de sus métodos de administración directos y fundamentalmente sencillos han prendido en el pensamiento de un mundo admirado—hasta el punto de que la opinión popular entre los historiadores no musulmanes sostiene generalmente que la consolidación del Islam como poder político, y su difusión como religión, fué obra de la energía y de los generosos esfuerzos de Hazrat Omar más bien que del Sagrado Fundador de esta religión. Pero mientras que a los ojos de los demás los infatigables esfuerzos de Omar en interés del bien público descuelan de modo tan enorme, él parece sentirse dolorosamente consciente sólo de sus defectos como portador de un gran depósito. Y en el desem-

peño de sus públicos deberes, la exigente norma que siempre tenía presente era el principio establecido por el Santo Corán:

“Indudablemente, Dios os ordena que entreguéis los depósitos a quienes sean dignos, y que cuando juzguéis entre personas, juzguéis con justicia.”

Fatalmente herido de una puñalada por un descontento, Hazrat Omar yacía en su lecho de muerte. Se sentía inquieto y muy angustiado; no tanto, al parecer, por la dolorosa herida de su costado, como por el conocimiento de que pronto habría de responder ante Dios de la forma en que había desempeñado el cargo que se confió en sus manos. En esta agonía mental se agitaba de un lado a otro, repitiendo continuamente:

“¡Oh, Señor mío! No pido recompensa ninguna. Sírvete tan sólo de no pedirme cuenta de mis faltas.”

Este estado de ánimo por parte de un gobernante como Hazrat Omar es una prueba altamente gráfica de las sublimes normas establecidas por el Islam para aquellos llamados a gobernar a sus semejantes. Su incansable energía, su abnegación, su comprensión, su simpatía, su escrupuloso cumplimiento del deber, su férreo sentido de una justicia equitativa para todos, su celo en el servicio del Islam, son universalmente reconocidos y objeto de asombro, lo mismo hoy que hace trece siglos y medio. Pero Omar, en su lecho de muerte, no se daba cuenta de lo que había hecho; sólo le hostigaba la idea de lo que podría haber dejado de hacer.

Un medio ambiente adecuado es necesario para todo.

He considerado necesario referirme al medio ambiente general en que el Islam trata de implantar su sistema económico, ya que, indudablemente, este medio ambiente general es un factor de gran importancia. Por buena que sea la semilla por sí sola, no prosperará a menos que se la siembre en un terreno y clima adecuados a su desarrollo; mientras

que, en condiciones favorables, hasta una semilla de calidad regular daría una buena cosecha. El sistema económico que recomienda el Islam no puede arraigar en ningún otro medio ambiente. La actitud general ante la vida anteriormente presentada es el requisito previo indispensable, sin el cual este sistema no puede producir resultados adecuados.

Tres clases de sistema económico.

Los sistemas económicos pueden clasificarse en tres secciones.

El primero es aquel que podríamos llamar sistema de conveniencia únicamente, ya que, en efecto, no es sino una situación accidental. No existe plan ni idea establecida detrás de esta suerte de actividad económica. Las sociedades, en esta fase, no se detienen a distinguir entre el bien individual y el bien nacional, ni se toman la molestia de elegir entre los dos, puesto que, en ausencia de una política fija, se apoderan de todo cuanto pasa.

El segundo sistema tiene aspecto nacionalista. Las sociedades que mantienen este criterio aspiran al bien del conjunto total antes que al bien del individuo.

El tercer sistema está más bien basado en la empresa individual. Ordinariamente, no espera del individuo que subordine sus intereses a ninguna otra consideración.

De estos tres, el Islam condena y desecha al primero por irracional e indigno, ya que la aspiración islámica es establecer un sistema económico relacionado con la visión de la vida que forma su principio rector en toda actividad humana. Las sociedades que entran en la primera categoría podrían asemejarse a las hierbas que brotan en la selva, de las que se alimentan los hombres espontáneamente; mientras que el Islam es como un hombre que cultivase una huerta de acuerdo con un plan establecido que prestase la debida atención y cuidado a cada una de las plantas que se consideran necesarias y escardase todas las hierbas inútiles.

Otra notable característica del sistema económico islámico es que descubre un medio audaz e independiente entre los sistemas económicos de la segunda y tercera categorías anteriormente citadas.

El punto de vista islámico respecto de las fuentes de riqueza naturales.

El punto de vista islámico respecto de las fuentes de riqueza naturales se halla expresado en el Santo Corán (II, 29) :

“El es quien ha creado para vosotros todo lo que existe en la tierra.”

Los ríos y las montañas, la riqueza mineral que yace en las entrañas de la tierra y las fuerzas de la Naturaleza capaces de ser sujetadas al servicio del hombre: todas estas cosas han sido creadas para provecho de todo el género humano. Ninguna raza, país, clase ni individuo aislado ha de reclamar su exclusivo derecho a ellas. Las minas pueden explotarse provechosamente; también los ríos producen riqueza en un gran número de formas, y lo mismo sucede con las montañas, que constituyen los mayores depósitos de energía eléctrica en potencia; los productos agrícolas y diversas sustancias químicas que tienen un valor médico o comercial, se obtienen directa o indirectamente de la tierra, y hay un número infinito de cosas estimadas en el comercio, o manufacturas que se extraen del mar. Todas estas cosas constituyen la herencia común del hombre. Ni un solo ser humano, ni una sola clase de seres humanos tiene justificación para reclamar derechos exclusivos. Los blancos y los negros, los Faraones y sus descendientes, Hitler, Stalin, Churchill, Roosevelt, los gobernantes y los gobernados, el más alto y el más bajo, todos tienen una legítima participación común, de la que no puede permitirse a nadie que les prive.

El segundo principio se cita en el versículo XXIV, 33:

“Y dadles (esclavos o prisioneros de guerra) la riqueza que El os dió a vosotros.”

En este pasaje, tal como lo demuestra el contenido, el pronombre “les” sustituye a esclavos (dicho de otro modo, prisioneros de guerra), que no están en situación de rescatarse por sus propios medios ni con ayuda del Gobierno o país por que lucharon.

Respecto a los prisioneros de guerra colocados en este lastimoso estado, la doctrina islámica ordena que el organismo a cuyo cuidado hubieren de quedar les facilite los medios necesarios para practicar una profesión útil con la que puedan adquirir el dinero del rescate y recobrar después la libertad. Esto nos enseña que aun en los casos en que un individuo o una nación posee un derecho exclusivo al usufructo de cierta riqueza, pero tiene a su cuidado algunas gentes infortunadas a quienes las vicisitudes de la vida les ha privado de la facultad de valerse por sí solas, debe dárseles el beneficio de una parte de esta riqueza que procede de Dios, y a la cual, por lo tanto, toda criatura de Dios tiene una parte de derecho.

Por las citas hechas anteriormente, resulta evidente, según el punto de vista islámico, que todas las riquezas de este mundo pertenecen a todo el género humano, y que como la verdadera propiedad de estas riquezas la ostenta Dios, ningún hombre tiene libertad para hacer uso de su parte, excepto de acuerdo con las condiciones del mandato que regulan su título a esos bienes.

Por el Santo Corán venimos en conocimiento de que este principio económico respecto a la propiedad humana de la riqueza es, además, una antigua verdad, proclamada en su época por todos los Profetas de Dios. En relación con Hazrat Sho'eb, leemos que cuando prevenía a su pueblo para que no atropellase los derechos de los demás y contra los modos de ganar y gastar la riqueza que condujesen a la lucha y al desorden en el país, le replicaban:

“¡Oh, Sho'eb! ¿Te ordena tu súplica que reneguemos de lo que adoraban nuestros padres o que no hagamos lo que nos plazca con nuestra propiedad? En verdad que eres muy bondadoso y justo.”

Este pasaje revela el conflicto perpetuo entre los dos puntos de vista relativos a la propiedad y empleo de las riquezas: 1) El punto de vista islámico de que las riquezas y todo el poder que ellas entrañan son un depósito de Dios y, por lo tanto, va acompañado de obligaciones; 2) Y el otro que considera las riquezas como pertenecientes en absoluto a su

poseedor, cuyo derecho a utilizarlas no se halla restringido por condiciones de ninguna especie. El punto de vista islámico condena ciertas formas y medios de atesorar riquezas, y pide que se asuman ciertas responsabilidades si las riquezas llegasen a nuestro poder por medios que se reconocen legales. El otro parecer representa la tendencia materialista y egoísta del hombre ávido de conseguir caudales por medios lícitos o ilícitos y de poseer riquezas para su exclusivo provecho sin tener en cuenta el daño causado con ello a los demás.

La elevación del pobre es indispensable para los intereses nacionales.

Muy poco después de sus comienzos, el Islam declaró sus simpatías por el pobre y el oprimido y su preocupación por su elevación. Un estudio de los primeros capítulos revelados del Corán demuestra ampliamente este criterio, ya que abunda en pasajes cuya evidente intención es estimular al pobre, ayudarle a ponerse en pie para que pueda avanzar con paso firme, e inculcar a los creyentes que la aprobación de Dios, así como la clave del progreso nacional, estriba en un fuerte sentimiento de simpatía para con el pobre y el débil. Este énfasis se produjo cuando aún no se había revelado toda la Ley islámica ni tampoco los detalles de sus prácticas rituales y devotas, como la Oración y el Ayuno, y, por lo tanto, puede considerarse como medida de la urgencia y fundamental importancia que el Islam concede al problema del pobre.

La historia nos muestra que el primer capítulo que se reveló fué la sura *al-Alaq* (XCVI). En primera instancia se revelaron los pasajes iniciales de esta sura, seguidos de una revelación gradual del total, distribuida a través de un breve período. Cuatro de los capítulos que siguieron inmediatamente los ha llamado "soliloquios" sir William Muir, conocido orientalista europeo, que sostuvo que estos capítulos daban expresión a los pensamientos que llenaban la imaginación del Santo Profeta antes de ser llamado a su Ministerio. Estos cuatro capítulos son *al-Balad*, *al-Shams*, *al-Lel* y *al-Zuha*. Los intelectuales y comentaristas musulmanes convienen en que todos ellos fueron revelados después que la sura *al-Alaq*, y las pruebas históricas apoyan este criterio; pero

William era de opinión que los mismos representaban Revelaciones de fecha anterior. En cualquier caso, sin embargo, comprenden la más temprana declaración de las opiniones islámicas. Para citar un solo ejemplo de la honda preocupación que siente el Islam por los infortunios del pobre, he aquí un pasaje de la sura *al Balad*.

“Dice él: He gastado muchas riquezas. ¿Cree que nadie lo ve? ¿No le hemos dado dos ojos, y una lengua, y dos labios, y le hemos señalado las dos sendas más notables? Pero no quiere probar por el camino cuesta arriba. ¿Y sabes cuál es ese camino cuesta arriba? Es el manumitir a un esclavo, el dar de comer un día de hambre a un huérfano con parientes o al pobre que yace en el polvo. Entonces él es de los que creen y se exhortan mutuamente a demostrar paciencia y compasión” (XC, 6-17).

Lobad significa montón tras montón, y esta es la verdadera descripción de la escala en que el rico derrocha la fortuna en empresas indignas. Aquellos que poseían enormes cantidades de riquezas a su disposición se complacían, enorgulleciéndose grandemente, de su facultad para malgastar fortunas satisfaciendo pequeños e inconsecuentes caprichos. Y tras estas demostraciones de la magnitud de sus recursos y su poder, esperaban que el populacho se inclinase y se encorvase ante ellos con humildad y temor. Pero ¿se imaginaban que no eran responsables ante nadie por este derroche? Se gastaban fortunas en profusos banquetes mientras el hambre esquelética recorría el país. Estas orgías de gastos no prestaban servicio ninguno a la nación, ni proporcionaban socorro al pobre ni al necesitado: su único fin era publicar las riquezas del poseedor y sumir en la oscuridad las miserias de los oprimidos. Sin embargo, los ricos cerraron resueltamente sus ojos a todos los desvíos y sufrimientos de los pobres. Abroquelaron su corazón contra toda idea de simpatía. No se cuidaron de asomarse a las penalidades sociales y económicas que, millones tras millones, convertían la vida en una carga insostenible. Y todo esto se hizo desafiando las íntimas conmociones de la básica naturaleza humana, cuyas raíces yacen profundamente so-

terradas en las tendencias sociales características del hombre y en sus ansias y anhelos espirituales hacia la Perfección, que es Dios. Estas con-mociones le impulsaron a emprender la marcha por el Camino de la Gran Montaña, empinada y lejana senda, difícil y desagradable, de forma que el mimado plutócrata volvió la espalda estremecido a la sombría perspectiva y buscó su placer persiguiendo fantásticos arcos iris sobre los verdes campos y los lozanos valles, que pronto se convirtieron en un espejismo.

Efectivamente, los ricos ociosos demuestran cierto candor en ar-bitrar medios de derrochar fortunas en placeres degradantes: naipes, vino, mujeres, actrices, bailarinas, etc. ¿Y si hay algo en vos-otros que os hace retroceder ante la crudeza y vulgaridad de tales pasatiempos? Pues, en ese caso, podéis convertirlos en "coleccionistas de arte" y pagar precios inauditos por valiosas esculturas y pinturas que representan, en su mayoría, ninfas desnudas. O podéis derramar la plata y el oro sobre un selecto grupo de eminentes poetas mientras os recitan sus últimas composiciones. En una palabra, no tienen fin las formas en que podéis desperdigar vuestra riqueza a los pies de los gra-nujas ebrios o los despreciables pícaros, alegremente ignorantes en todo momento de los lamentos de angustia que se alzan sobre la nación des-de millares de hogares en los que unos niños esqueléticos lloran, tristes y desesperados, pidiendo pan en brazos de unas madres arrugadas y encogidas moribundas de hambre.

La descripción que hemos dado del "camino cuesta arriba" es muy gráfica e impresionante. Es una expresión figurada para representar el progreso moral, que necesariamente resulta un proceso fatigoso. La com-pasión y la simpatía forman la raíz fundamental de todas las cualida-des morales; y el mayor agravio a esta sensación de conmiseración se lo infiere el espectáculo de las cuadrillas de esclavos afanándose en tierras extrañas, lejos del fuego y el hogar. Si el espectáculo de estas cuadrillas de esclavos dejase de crear una oleada de sentimientos por ellos y el deseo de ponerlos en libertad para que puedan retornar junto a sus seres queridos y respirar de nuevo como hombres libres, la hu-mana compasión habría muerto y se hubieran levantado los cimientos del edificio que conserva unida a la sociedad. Así, pues, poner en libertad

a un esclavo, siempre y donde quiera que fuera posible, se convirtió en el primer paso hacia el progreso moral. Igualmente importante fué el dar de comer al hambriento y el socorrer al pobre en la desgracia. El empleo de las riquezas para atracarse glotonamente y satisfacer la propia vanidad con imponentes ostentaciones en banquetes o grandes establecimientos no fueron sino formas de degradación moral.

"Huérfanos con parientes" Esta expresión tiene más de un significado y no es preciso que se limite a los huérfanos emparentados con el individuo opulento en cuestión. Son muy pocas las personas, acaudaladas que dejan huérfanos, ligados a ellos por lazos de parentesco, que hayan de enfrentarse con las severas formas del hambre aquí examinadas. Por otra parte, también los huérfanos absolutos que quedaban solos en el mundo rara vez quedan sin protección, ya que su total desamparo mueve a compasión. Pero los huérfanos que tienen la dudosa ventaja de unos parientes vivos era más probable que quedasen olvidados o que los dejaran morir de hambre, porque sus parientes podían no contar con los medios o la inclinación necesaria para ayudarles mientras que aquellos que no tenían parentesco con ellos podían desconocer su miseria. Por lo tanto, la cita que aquí se ha hecho debe considerarse aplicable a los huérfanos de esta última variedad que en una sociedad en la que no estuviesen desterradas la simpatía y la compasión no podría dejar despertar conmiseración.

La última referencia hecha en esta breve aunque gráfica lista de aquellos a quienes, en interés de la humanidad, debe prestárseles atento auxilio, evoca un cuadro más sobrecogedor y lastimoso todavía: el pobre y misero desventurado, sumido en tan horrible infortunio, tan oprimido bajo la ajena planta, que se halla literalmente tirado en el polvo. La expresión *za matraba*, "tendido en el polvo", denota esa clase de pobreza extrema que recibe tumbada todos los puntapiés, ya que las rigurosas privaciones, después de cierto tiempo, privan al individuo de la capacidad y energía necesarias para alzar siquiera una protesta. Hay mendigos que marchan de puerta en puerta buscando socorro; otros que no aceptan un no, y hay gentes pobres que remueven cielo y tierra si no se les presta un rápido auxilio. Pero, constituyendo otra clase por sí solos, existen otros pobres que rehuyen aprovecharse de la compasión

pública; que más bien intentan ocultar su hambre, su desnudez y su necesidad; que no forman sindicatos; que no despegan los labios aunque sus estómagos estén vacíos; que en las enfermedades y los pesares permanecen en su rincón para no ser inoportunos; que no tienen a nadie que les ampare; que carecen de esperanzas y energía. El Islam espera que el rico busque a los pobres y desesperados parias de esta clase para tratar de cicatrizar sus corazones heridos. El Islam espera que el rico alcance esas alturas de progreso moral en que, después de hacer todo cuanto esté a su alcance en beneficio del pobre, no se empine sobre los demás por ser tan caritativo; en que se conserve humilde ante Dios y agradecido por que le dieran una oportunidad de cumplir un mandamiento de su Bondadoso y Compasivo Señor y más bien íntimamente preocupado ante el temor de no haber dado en el blanco en este aspecto.

**Wa tawasau bis-sabre, wa
tawasau bil marhamate.**

La etapa inmediata en este "camino cuesta arriba" es sentirse responsable de la felicidad o la aflicción de todo el grupo, país o nación. No se debe apetecer una vida cómoda cuando otros padecen infortunios, como sucede actualmente en nuestro país, en donde al hallarse regulados los suministros civiles las gentes ricas e influyentes consiguen obtener lo que necesitan mientras que los pobres sin amigos tienen que pasarse sin la mayoría de las cosas.

Y, por último, no se deben hacer todas estas cosas por sí solo; hay que convencer a los amigos y parientes para que hagan lo mismo.

Esta doctrina la proclamó el Islam en la primera época de su existencia; cuando apenas si había comenzado a ser revelado el Santo Corán; cuando aún no habían descendido todos los detalles de sus preceptos; cuando todavía el Islam era escasamente conocido ni siquiera en la Meca. Sir William Muir sostiene el criterio de que éstos fueron los pensamientos y tendencias del Santo Profeta (la paz y las bendiciones de Dios sean con él), que le impulsaron a reclamar de Dios un Ministerio, mientras que nosotros creemos que comprenden las primitivas Revelaciones a las que es aplicable el precepto Divino que encierra la palabra

iqra, "Lee"; es decir, hazlas llegar al pueblo, recítaselas. Pero, en cualquier caso, es evidente que el Islam, desde un principio, declaró que si bien consideraba legítimas la libertad individual y la iniciativa privada, no tenía intención de tolerar que unos cuantos nadasen en la abundancia mientras otros vivían en la miseria y la indigencia.

CAPITULO II

CONTENCION DE LA DESIGUALDAD EN EL ISLAM

Los esfuerzos del Islam para refrenar las desigualdades entre los humanos.

La esclavitud.—Conviene recordar que la institución de la esclavitud ha sido uno de los fundamentos de la mayoría de las groseras y antinaturales clases de desigualdades de la vida humana que han llegado a nosotros desde las épocas remotas, desigualdades que el Islam ha contenido con habilidad y firmeza. Para nosotros, en los tiempos actuales, resulta difícil comprender la importancia que ha tenido la esclavitud en la economía mundial, pero la debida reflexión nos revela que el efecto ha tenido un gran alcance y profundidad, siendo ésta una de las razones principales por las que el Islam ha dado fin por completo a esta práctica inhumana.

Antes de la iniciación del Islam, y aun bastante tiempo después, la esclavitud prevaleció en la mayor parte del mundo. Si estudiamos la historia de Roma, Grecia, Egipto y Persia, vemos que la economía de estas culturas antiguas estaba basada en el trabajo de los esclavos. Los esclavos se adquirían de dos maneras: en las guerras con los Estados vecinos cuando a los prisioneros capturados en la batalla o en incursiones de menor importancia, realizadas expresamente a fin de debilitar al enemigo, se les ponía a trabajar para sus aprehensores, o cuando las gentes de naciones poderosas cercaban a hombres, mujeres y niños pertenecientes a parte menos civilizadas del mundo aun sin el pretexto de la guerra. Esta última práctica continuó bastante avanzado el siglo XVIII, en cuya fecha esas incursiones por parte de naciones europeas eran frecuentes en la costa occidental del África con el fin de abastecer de mano de obra barata a los colonos europeos de América: unos treinta millo-

nes hoy en día. Los negros de los Estados Unidos de America son descendientes de estos esclavos, libertados posteriormente.

La razón oculta tras la esclavitud tal como la practicaban las naciones civilizadas antiguamente era la potencia económica mediante las grandes cantidades de riqueza producidas con un trabajo barato y forzoso de tal manera obtenido. A los esclavos se les explotaba de diversas formas: se les obligaba a trabajar en fábricas, granjas y plantaciones o se les utilizaba como fuerza motriz para mover las naves en el mar y enriquecer la industria y el comercio. A estos últimos se les denomina en la historia "galeotes", expresión que tiene asociaciones sumamente lacerantes para los nobles y humanos impulsos de nuestra naturaleza.

El Islam condena el sometimiento del hombre a la esclavitud, salvo cuando se trata de prisioneros de guerra.

El Islam ha puesto fin por completo a estas dos fuentes de abastecimiento de trabajo esclavo. El Santo Corán sienta un principio invariable:

"No es admisible ni decoroso para el Profeta que se capturen prisioneros sino después de haber librado una batalla normal; deseáis los deleznales bienes de este mundo, mientras que Dios desea para vosotros el más allá, y Dios es Poderoso y Sabio" (VIII, 67).

De este modo sabemos que la Ley divina jamás ha sancionado la captura de prisioneros, salvo después de las batallas regulares en el curso de guerras normalmente declaradas. Solamente en el curso de las guerras que se producen por motivos religiosos pueden hacerse prisioneros a aquellos capturados en el campo de batalla y llevando armas o aprehendidos ayudando a los combatientes. Esta condición excluye a la población civil del peligro de la esclavitud e impide el apresamiento de comunidades vecinas menos civilizadas para obligarlas a un trabajo forzoso.

"Deseáis los deleznales bienes de este mundo, mientras que Dios desea para vosotros el más allá." En vista de las prácticas que prevale-

cen entre vuestros enemigos y otras personas, este principio pudiera parecer económicamente defectuoso, ya que os priva de un arma conveniente universalmente utilizada, pero Dios conoce perfectamente los peligros sociales y económicos que se esconden bajo este cruel recurso y os recomienda un proceder cuyos frutos finales lo justificarían sobradamente, puesto que os proporcionarán la paz en esta vida y la aprobación de Dios en la otra.

Queda fuera de toda duda, por lo tanto, que el Islam no permite en absoluto que se capturen prisioneros excepto en la guerra en el campo de batalla. En los primeros días de la historia islámica se observó escrupulosamente este principio. Durante el reinado de Hazrat Omar una comisión del Yemen fué a visitarle para quejarse de que, antes del Islam, una vecina tribu cristiana les había hecho esclavos sin motivo. Hazrat Omar respondió que, aun cuando el hecho había tenido lugar antes de que la responsabilidad del orden público recayese sobre el Islam, examinaría el caso y los pondría en libertad si sus quejas quedaban confirmadas por los hechos. En contraste con esta sabia actitud adoptada por el Islam en el siglo VII, la historia de las llamadas naciones civilizadas de Europa, aun en el siglo XVIII, no parece ser muy loable.

Liberación de los prisioneros de guerra.

Sobre este punto la doctrina islámica es la siguiente:

“Al terminar la guerra deben ponerse en libertad sin rescate, si se juzga conveniente o practicable, o mediante el pago de un proporcionado rescate” (XLVII, 4).

No queda otro tercer procedimiento. Además, existen dos importantes contingencias respecto a las cuales la disposición islámica es igualmente notable por su criterio humano y educador. ¿Qué ha de suceder a aquellos prisioneros de guerra que carecen de medios para pagar su rescate? Son demasiado pobres y sus amigos no se toman interés por ellos, ni tampoco el Gobierno u organismo en cuyo nombre tomaron las armas. ¿Han de quedar condenados al cautiverio perpetuo? El Islam contesta: “No.”

"Aquellos de vuestros prisioneros de guerra que deseen ejecutar un trabajo, si sabéis que son buenos y capaces, concedédselo y dadles de la riqueza que Dios os ha dado" (XXIV, 33).

La obligación en cuestión es un compromiso entre un amo y su esclavo establecido en lugar del pago al contado, porque el esclavo carece de medios para ello y se compromete a pagarlo en plazos convenidos. Una vez cumplida esta obligación, al esclavo se le considera inmediata y plenamente liberado, quedando libre para dedicarse a cualquier oficio para el que tenga aptitud. Y como remate y hermoso acto de buena voluntad, se le señala al amo que, de sus propios bienes, le facilite algún capital con el que iniciar su nueva ventura. De las ganancias del esclavo, el amo no tendrá derecho a nada fuera del plazo fijado.

Estas son las leyes islámicas relativas a la esclavitud, amplias e invariables, de tal modo concebidas que su efecto ha de conducir automáticamente a su desaparición. En primer lugar, no pueden hacerse esclavos sino en las guerras regulares, después de las verdaderas batallas normales, y aun entonces, únicamente entre los combatientes o entre los de servicios auxiliares que para ayudar a los combatientes estén en el campo. En comparación con los métodos reconocidos para hacer esclavos en los tiempos preislámicos, el anterior principio reduce inmensamente el campo. En segundo lugar, como mal inevitable, una vez capturados los prisioneros de guerra, a la terminación de la contienda y en cuanto sea posible, éstos han de ser puestos en libertad por favor; en otro caso, ha de concedérseles la libertad mediante el pago del debido rescate, cuya magnitud depende de los gastos en que se haya incurrido en relación con la guerra. Y si existiesen prisioneros que no pudieran rescatarse a sí mismos, ni conseguir que sus amigos o sus Gobiernos les rescataran, pueden recuperar la libertad comprometiéndose a pagar su rescate a plazos, con sus ganancias. Y aun los prisioneros desamparados que contraigan este compromiso, han de ser auxiliados con algún capital para que les resulte fácil el ganarse la vida.

Concebidas con una honda conmiseración y una visión amplia, estas leyes no dejan resquicio para que la esclavitud continúe durante largo tiempo como secuela de la guerra. Ante concesiones tan extraordinarias e inauditas, ante estímulos tangibles y sólidos para que recupere la libertad, si a un prisionero no le interesa aprovecharse de las oportunidades que se le ofrecen, no puede significar más que una cosa: que encuentra más agradable su "cautiverio" entre los musulmanes que la vida de libertad entre su pueblo.

Debe recordarse que éstas no son únicamente leyes escritas, seguramente enterradas en libros reglamentarios: la historia islámica está llena de pruebas de que fueron plenamente observadas. Para citar un solo ejemplo, el descontento que apuñaló a Hazrat Omar era un esclavo liberado mediante rescate por un *mokatbat*. Era un hábil artesano y los plazos convenidos tan leves, que fácilmente podía pagarlos. Pero un día se quejó al Jalifa de que los plazos eran demasiado onerosos y debían reducirse. Cuando Hazrat Omar examinó el caso, vio que los ingresos de aquel hombre eran muy superiores a los que se calculaban en el tiempo del *mokatbat*, sobre cuya base se habían fijado los plazos. Por lo tanto, su solicitud fué denegada, y esto le enfureció, pues creía que no se le había hecho justicia por motivos raciales, ya que él era persa, mientras que su antiguo amo era árabe. Por ello, al día siguiente fuése a la mezquita con una daga escondida entre sus ropas y la hundió en el corazón de Hazrat Omar cuando pasaba ante las ~~fiás~~ para dirigir las oraciones.

Buen trato a los prisioneros de guerra.

Respecto al trato que ha de darse a los prisioneros de guerra, la doctrina islámica es igualmente humana. Si se considerase necesario asignarles una labor difícil, también el amo debe unirseles en la tarea; no debe emplearse un lenguaje duro, dominante ni abusivo; los jornales han de pagarse antes de que el sudor de los prisioneros haya tenido tiempo de secarse en su frente. Si en un acceso de cólera el amo llegare a golpearle, la afrenta sufrida con el golpe da derecho al prisionero a la libertad automática e inmediata. Las raciones de los

prisioneros han de ser las mismas que las vuestras en calidad y cantidad, y también sus ropas han de ser de la misma calidad que vuestros vestidos. No es extraño, pues, que aquellos que caían prisioneros en manos de los musulmanes, no quisieran en muchos casos regresar a su pueblo. Pero entonces, ¿quién tiene derecho a oponerse a una esclavitud contra la que el propio esclavo nada tiene que decir, y en verdad la prefiere?

No estoy tratando aquí de la esclavitud sino como cuestión secundaria, pero en vista de la importancia del problema que encierra, he creído necesario examinar el asunto con cierta extensión. Ahí está la Historia universal para demostrar que dicha institución ha estado inextricablemente unida a la vida económica de las naciones. Las raíces de la economía rusa se hallan profundamente enterradas en los frutos del trabajo del "siervo", mientras que el desarrollo de Siberia se ha logrado principalmente con los trabajos forzados de los desterrados políticos. El desarrollo de los Estados Unidos debe no poco a la labor de los negros africanos traídos a través del Atlántico y vendidos como esclavos a los primitivos colonos. De igual modo, la historia de Grecia y de Roma nos revela que su comercio e industria estaban basados, en su mayor parte, en el trabajo de los esclavos. También el antiguo Egipto explotó ampliamente esta innoble arma económica, y el esplendor de Francia y España hace unos cientos de años se debió, en parte no escasa, a los servicios prestados por los esclavos. Vemos, pues, que la esclavitud y la economía mundial están entrelazadas en la Historia donde quiera que vayamos. La "civilización", por lo tanto, despide ese hedor nauseabundo de la sangre inocente coagulada en el látigo del conductor de esclavos. Sólo el Islam sale de la prueba con el honor inmaculado, porque el Islam estableció desde un principio que el esplendor de las riquezas basadas en el trabajo esclavo era una inmundicia ignominiosa, y observó una serie de leyes que hacen imposible la existencia de la esclavitud.

CAPÍTULO III

PROHIBICIÓN DEL USO INDEBIDO DE LAS RIQUEZAS

El factor religioso.

Hay dos clases de personas en el mundo: las que son religiosas y las que no lo son, que repudian las leyes religiosas, así como los ideales religiosos. Estos últimos tienen libertad para adoptar cualquier sistema económico que acierte a atraer a su razón; mientras que los que se adhieren a una religión insisten, por necesidad, en un sistema económico que les permita ser dueños de sus actos, ya que sus vidas dominadas por un orden obligatorio quedan privadas de mérito o demérito en la otra vida, puesto que ese problema no se plantea en absoluto, a menos que el agente quede en libertad absoluta en cuanto a sus actos. Las leyes religiosas, los ideales religiosos, los motivos religiosos, no pueden funcionar, en realidad pierden su sentido, sin el postulado indispensable de la libertad del humano albedrío. Por lo tanto, las personas religiosas deben exigir que el sistema económico bajo el cual tengan la obligación de vivir, no someta la actividad económica del individuo a ninguna coacción. La fe en la vida venidera está de acuerdo con la creencia de que a aquellos que llevan una vida virtuosa les será permitida la entrada en el Cielo, donde serán colocados cerca de Dios; donde la aprobación y el gozo de Dios permanecerá con ellos; donde Su Pureza y Perfección les protegerá; donde tendrán experiencia del sublime conocimiento espiritual y donde serán libertados de las flaquezas que a todos tocan en suerte. Por supuesto, cualquiera puede decir que todo esto es vana palabrería, pura fantasía, superstición tan sólo, y así sucesivamente; pero en tanto un hombre crea en ello, él al menos no podrá avenirse jamás a la idea de que haya de desperdiciar su vida haciendo cosas que no le serán de ningún provecho en la vida posterior a la muerte. Por grandes que sean las ventajas materiales de esta clase de vida sobre la tierra, no podrá preferirlas nunca a los goces y la bienaventuranza de la vida del más allá, que, según algunos, será eterna. Y desde su punto de vista tiene razón. Si ambas vidas no son más que dos eslabones de una sola cadena de existencia, si este mundo tan

sólo representa la primera etapa, y no la última, entonces debe ajustar la primera consideración a las necesidades y beneficios del viaje que es incomparablemente más largo y mucho más importante.

La idea del mérito espiritual en la otra vida depende fundamentalmente de los actos virtuosos ejecutados *voluntariamente* en esta existencia, que convierten la vida en este mundo en un campo donde se cultiva la semilla para recoger sus frutos en la vida futura. No hay labrador que cultive jamás una semilla que no le dé fruto ninguno; y los actos humanos ejecutados bajo la coacción son semejantes a esta semilla, puesto que en la otra vida permanecen estériles. Por virtuosos que sean, no conducen a ninguna recompensa. Dependiendo por completo la vida meritoria en el más allá de las buenas acciones realizadas *voluntariamente*, los que creen en ese más allá no pueden prestarse jamás a apoyar ningún *sistema de coacción* en la humana conducta, económico ni de otra clase, ya que en un sistema basado en la coacción se reduce considerablemente el campo de las excelencias morales y de la virtud dimanantes de la propia libre volición. Necesariamente ha de exigir un sistema económico según el cual quede en libertad la actividad humana, salvo cuando la intervención es absolutamente inevitable.

El sistema económico islámico apoya la iniciativa privada.

Téngase muy en cuenta el punto de que el Islam, más que nada, inculca la fe en la vida ultraterrena. Por lo tanto, naturalmente, el Islam insiste en que el orden económico debe permitir la máxima amplitud a la iniciativa privada, pues cuanto más libre sea el individuo más probabilidad tendrá de mejorar sus perspectivas en la vida futura. La idea islámica es que la vida humana reducida a una sucesión de actos obligatorios impide la libre voluntad, excluyendo con ello la posibilidad de una recompensa después de la muerte. Es imposible, por lo tanto, que ningún verdadero musulmán, que comprenda realmente la base de su fe, acepte jamás la teoría de que la supresión de la libertad individual pueda ser deseable en absoluto.

El sistema económico del Islam se basa en dos principios fundamentales.

Es consecuencia natural de lo anterior que el Islam, al procurar establecer un orden económico imparcial y justo, proceda a hacerlo así sobre la base de dos principios fundamentales: Primero, que las desigualdades en la distribución de las riquezas y en la distribución de los medios de producción deben rectificarse mediante sacrificios voluntarios por parte de los miembros de la corporación política, en interés de los demás miembros. De una parte, esto contribuiría al bienestar económico de la sociedad; de otra, daría a todos una oportunidad para sembrar algo que habría de cosecharse en la vida futura. Por esto el Santo Profeta (la paz y las bendiciones de Dios sean con él) ha dicho que el hombre que pone un bocado en la boca de su esposa para merecer la benevolencia divina, realiza un acto igualmente virtuoso que el de dar limosna. Ahora bien, he aquí un acto cuyo móvil, en parte al menos, está arraigado en el propio deseo: él ama a su esposa; le proporciona un placer el preocuparse de ella. Pero con un ligero cambio en el motivo que se oculta tras ese servicio puede convertir hasta el desempeño de sus deberes domésticos en tantas virtudes, que, además de la felicidad doméstica que crean, implican también la promesa de una recompensa de Dios en la otra vida, porque esas cargas fueron soportadas obedeciendo los mandamientos de Dios.

El segundo principio básico es el de que, siendo todas las riquezas de Dios, creadas por Él en beneficio de toda la humanidad, los desajustes que no pueden neutralizarse merced a sacrificios voluntarios deben corregirse hasta ese punto mediante la sanción de la ley, de manera que la sociedad quede protegida contra el veneno de esos desajustes.

Esencia del sistema económico islámico.

Así, pues, la estructura económica de la sociedad islámica reúne la libertad individual con la intervención del Estado en proporción adecuada. Autoriza al Estado a intervenir hasta cierto punto y hasta

cierto punto deja en libertad al individuo. La libertad de acción reservada a los individuos tiene por objeto ponerles en condiciones de reunir bienes reintegrables espiritualmente en la vida futura y dejar campo abierto a una sana competencia en buenas acciones; mientras que la intervención del Estado intenta proteger de la ruina al pobre en poder de gentes adineradas que le explotan indebidamente. Dicho de otro modo, la intervención del Estado es necesaria hasta el punto de proporcionar las debidas salvaguardias contra la destrucción de la sociedad humana; pero cuando las necesidades espirituales y las ventajas de una sana competencia así lo exigen, la libertad individual está debidamente garantizada. De esta manera se da amplio campo al servicio voluntario de la humanidad por parte del individuo y a su deseo de hacer méritos en la otra vida, factores que abren también posibilidades infinitas de progreso merced a una acción recíproca de las fuerzas de la sana competencia. Al mismo tiempo, la intervención del Estado, en su esfera, garantiza al pobre un trato justo y equitativo, por temor a que, por su debilidad e incapacidad para proteger sus propios intereses, la vida económica de la humanidad llegue a basarse en la injusticia y la opresión y prive a un sector de la sociedad de los medios de progreso y expresión.

Es evidente, pues, que todas las religiones en general y el Islam en particular que creen en la vida futura, consideran los problemas económicos a una triple luz combinada en un único y amplio haz que comprende las consideraciones económicas, religiosas y morales. No pueden tolerarse soluciones puramente económicas, porque estas soluciones, necesariamente, desembocan en las esferas moral y religiosa, que no permiten interferencia. El hombre que no cree en la religión sólo quisiera considerar los problemas económicos como tales. Pero el que está consagrado a la religión no juzgará un sistema económico con razones puramente económicas: exigirá un sistema económico satisfactorio en los tres planos: económico, moral y religioso.

Después de esta introducción, entremos en la discusión principal. Teniendo ante sí los dos principios anteriormente establecidos, el Islam deja al individuo en libertad para seguir cualquier oficio o profesión, sujeto a ciertas restricciones que, si bien no estorban sus legítimas

aspiraciones, le impiden aprovecharse indebidamente de esta libertad o llevarla a extremos peligrosos. Debe recordarse que las rivalidades económicas que trastornan la paz y la tranquilidad sociales obtienen su veneno de ciertas vetas egoístas de la naturaleza humana que subyugan al hombre como una enfermedad. Pone su alma en acumular riquezas, y bajo el embrujo de esta pasión poco le importa si condena a millares de seres al hambre, la necesidad y la miseria infinitas. Su única preocupación es que sigan creciendo los relucientes montones de oro de sus arcas.

El egoísmo que seduce al hombre para llevarle a esos insensibles actos de tiranía y opresión tiene sus raíces en ciertos incentivos. ¿Y cuáles son estos incentivos?

Incentivos que se ocultan tras el deseo de adquirir riquezas.

Leemos en el Santo Corán:

"Sabed que la vida de este mundo es juego y diversión, pompas y ostentaciones mutuas, y multiplicación, en rivalidad con vosotros mismos, de riquezas e hijos. Como la lluvia mediante la cual el verdor complace a los incrédulos, pero que pronto se marchita y se torna amarillo y se desmorona, mientras que en el Más Allá es castigo seguro (para los que hicieron mal) y misericordia de Dios y buen gozo Suyo (para los consagrados a Dios). Y la vida de este mundo no es sino cosas y bienes engañosos" (LVII, 20).

En este pasaje quedan gráficamente expuestos los resortes impulsores que se ocultan tras el deseo de hacer fortuna. Un móvil es el deseo de emociones, entretenimientos, diversiones y recreos, como el juego, la especulación, las carreras, etc. Otro es el deseo de holganza en medio de la abundancia para jugar, beber y divertirse. Luego sigue el delirio por los suntuosos vestidos de variedad interminable, por los bellos y arrolladores carruajes, por las viandas escogidas y costosas.

y el deseo de ser conocido y reconocido entre los hombres como el orgulloso poseedor de todas estas cosas. Este delirio llega a extremos tan ridículos, que en nuestro país se encuentran personas que hasta se gozan en jactarse de sus cadenas de esclavitud. "¿No sabes?, soy arrendatario, soy secretario de Fulano" y hasta "Soy ordenanza de Mengano". Semejantes alardes se oyen con frecuencia en las conversaciones, en ferrocarriles o casas de campo. Luego hay veces en que el puro amor al dinero consume la sangre, de forma que el mero espectáculo de la fortuna que crece sin cesar se convierte en una necesidad vital.

El Islam prohíbe hacer fortuna como medio para la consecución de fines ilegítimos.

Pero ha de advertirse que el Santo Corán describe las riquezas dedicadas a estas empresas como nubes de lluvia que cubren el cielo y con las cuales el labrador se siente contento, porque ¿no se habrían de beneficiar sus campos con la deseada lluvia? Pero, desgraciadamente, la cosecha se moja con exceso o no se riega lo suficiente. Los cereales jóvenes se marchitan, se agostan y se secan y caen hechos pedazos para desmoronarse en el polvo o para que lo barran los vientos. Además, aparte de que las riquezas consagradas a estos fines sólo crean disgustos en este mundo, suponen también un severo castigo en el otro para quienes se entregan a estas dañinas ocupaciones y pasatiempos. Mientras que sobre aquellos que contienen estos básicos impulsos, tiende Dios el manto de su aprobación. Y por último, previene que una vida dedicada a fines mundanos no es más que un espejismo.

De esta manera se nos precave de modo poderoso contra el derroche de nuestra vida en perseguir sombras fugaces e irreales. No debemos dejarnos cegar por la bruma ardiente de las bajas pasiones; no hemos de perder de vista jamás el buen gozo de Dios, que ha de seguir siendo siempre nuestra meta suprema. Porque una vida consagrada a sórdidos fines únicamente, se acaba en humo, mientras que el tiempo y la energía dedicados a conseguir la gracia de Dios proporciona vida y bienaventuranza eternas.

Evidentemente, por lo tanto, el hombre que haya hecho de la doctrina islámica su principio rector en la vida no ha de permitir que semejantes móviles le influyan en la ciega búsqueda de la fortuna; y cualesquiera riquezas que pudiera llegar a adquirir las dedicará a fines provechosos y justos que tiendan a salvar el abismo que media entre el rico y el pobre. Cuando se haya conseguido que estos móviles sean innocuos, no habrá otro incentivo que pueda arrastrar al hombre a codiciar riquezas para fines egoístas.

Las actividades económicas del hombre van dirigidas hacia la consecución de la fortuna, bien, *a*), únicamente hasta el punto imprescindible para sus auténticas necesidades; *b*), bien en exceso de estas auténticas necesidades, pero con vistas al mejoramiento de todos; *c*), o bien para lograr con ella una oportunidad de gozar de los más bajos, pero más intensos placeres de la vida: el juego, el vino, las mujeres, el orgullo de los inmensos séquitos de servidores, de las cuadras repletas y de las cocheras atestadas de costosos automóviles. No hay que decir que sólo los hombres que entran dentro de la tercera categoría se rebajan a los medios injustos e inmundos. Las dos primeras clases quedan excluidas de esto, porque están movidas por consideraciones éticas y morales; no pueden, de una manera congruente, aspirar a una excelencia moral y tratar de alcanzarla por medios inmorales. Cualesquiera riquezas que les tocasse en suerte se invertirían en proyectos beneficiosos para sus semejantes y nadie perdería con ello.

El Islam prohíbe el mal uso de las riquezas.

Paso ahora a examinar con mayor detalle de qué manera prohíbe el Islam el mal uso de las riquezas.

Referente a los verdaderos musulmanes, el Santo Corán dice (XXXIII, 3) que se mantengan alejados de todo cuanto es inútil y vano; que no se tomen interés por las cosas de las que no puede esperarse que resulte ningún provecho, como, por ejemplo: una diversidad de juegos de naipes y otros pasatiempos análogos que conducen a un gran derroche de tiempo. El Islam ordena a los creyentes que no caigan en inútiles recreos de esta clase; que no entretengan las pre-

ciosas horas del día y de la noche sentados en los clubs o en particulares reuniones caseras, perdidas en inútiles discusiones de charla banal que no conduce a nada; que no lleven una inútil vida de ocio. Es común experiencia la de que el hombre rico muere dejando sus millones a un heredero indigno que no tiene mejor concepto de la vida que el de permanecer día y noche arrellanado en una cómoda silla de su salón, al que acuden sus amigos en busca de amistosas charlas —amigos que le “respetan”, que pretenden tenerle en gran estima—, serviciales amigos siempre dispuestos a darle a conocer algún que otro placer, para mostrarle los caminos del mundo. Y a estos amigos, por supuesto, el heredero les brinda hospitalidad—una taza de té y un bocado de cualquier cosa o suntuosos y periódicos banquetes, según la cuantía de las riquezas que le llegaron—. A estas gentes se les da de comer, no porque sean pobres ni necesiten auxilio, sino porque son camaradas en cuya grata compañía el tiempo pasa agradablemente. El Islam mira con desagrado estas cosas, considerándolas como un puro y pecaminoso derroche de tiempo y energía.

El Islam, pues, nos previene contra el peligro de convertirnos en parásitos o de ser sus víctimas. El Islam crea en nosotros tan sentido del decoro, que antes nos moriríamos de hambre que vivir del fruto del trabajo de los demás. Una vida que no sirve para nada útil es una deshonra, y no se puede sentir uno orgulloso de ella. El hombre que entra en posesión de incalculables millones no debe sentarse a gozar de su fortuna; debe sacar provecho de ella en servicio de la humanidad; y cuidar de que sus aptitudes personales no se desperdicien.

El Islam prohíbe el uso de las alhajas a los varones, y el de los trajes de seda, así como el empleo de utensilios domésticos hechos de plata u oro. A las hembras no les están prohibidas las joyas, pero también se las previene contra el exceso en esta complacencia, por temor a que este factor, al inmovilizar las riquezas, obstruya el progreso económico de la sociedad o dé lugar a nocivas ostentaciones; por miedo a que las rivalidades en este aspecto despierten la codicia y la avaricia.

También entran dentro de esta categoría los artículos con que la

gente rica llena sus hogares, a manera de adornos, artículos que no sirven para nada útil y si sólo para permanecer sobre la chimenea o sobre la mesa, donde él, sus visitas y amigos puedan verlas. Las gentes gastan cantidades fabulosas en porcelanas y muebles antiguos o en simples chucherías. Se llama a éstos "antigüedades". Por las lozas y las alfombras antiguas se piden precios inauditos, y los "coleccionistas" las compran, no porque sean susceptibles de dedicarse a un uso racional, sino porque son raras y, en proporción a su rareza, motivo de excepcional orgullo para su poseedor. El Santo Profeta (la paz y las bendiciones de Dios sean con él), con sus costumbres, ha desaprobado éstas y análogas complacencias.

Otra causa de un gran desgaste económico es el cine (1). Una vez hice un cálculo aproximado y me quedé asombrado al ver las enormes cantidades que gasta el público todos los años en este pasatiempo. Según tengo entendido, hay en Lahore unos veinticinco cines, de los cuales cada uno obtiene un beneficio de tres mil rupias a la semana. Suponiendo que el ingreso medio semanal sea de 2.500 rupias en cada uno, las entradas anuales de los cines de Lahore solamente ascienden a 2.400.000 rupias. Haciendo un cálculo sobre esta base para toda la nación, vemos que se gastan 120.000.000 de rupias en este recreo, sin contar la considerable cantidad invertida por el público cinematográfico en refrescos y otros goces relacionados con él, y que por sí sola representaría una cifra muy semejante. Dicho de otro modo, el cine y sus consiguientes placeres suponen unos 250.000.000 de rupias cada año, lo que equivale a una cuarta parte de los ingresos del Gobierno de la India. En cuanto a la utilidad práctica de esta enorme cantidad, por lo que se refiere al verdadero bien de la humanidad, hay que reconocer con toda honradez que es *nula*.

El Santo Corán da carpetazo a todos estos despilfarros. Los verdaderos creyentes no deben gastarse el dinero difícilmente ganado en cosas que no producen ningún beneficio tangible. Si miramos hacia Occidente en este aspecto, vemos que el contraste es asombroso. Las

(1) El Movimiento Ahmadiá no se opone al cine. Lo considera un vehículo inapreciable para la difusión de la cultura. Desea únicamente evitar contribuya al relajamiento de la moral.

naciones europeas enloquecen en su lucha por el progreso económico, pero las riquezas que derrochan en ruinosas empresas son sencillamente incalculables. Existen las caras bebidas que embriagan, las comidas copiosas, los bailes, los teatros, los cines, y también hay grandes "galerías" de "arte" y "antigüedades". En los países occidentales, las bebidas, los bailes, los teatros y los cines están reconocidos como necesidades de la vida, que, como consecuencia de la demanda popular, los Gobiernos se muestran dispuestos a multiplicar indefinidamente y a ponerlas al alcance de todos los medios. Si se llegase a tomar como principio rector el punto de vista islámico en estas cuestiones, las desigualdades entre el rico y el pobre, que tanto irritan a la conciencia, podrían suavizarse y reducirse a límites razonables con el dinero ahorrado en esas partidas solamente. También disminuiría considerablemente la injusticia para con el pobre, ya que el máximo incentivo para la explotación sin escrúpulos del pobre es la perspectiva de una vida fácil y envidiable, a base de ganancias mal adquiridas. Tan pronto como queda excluida la posibilidad de una tentadora vida fácil, el incentivo, automáticamente, se debilita y se torna impotente.

Prohibición del lujo.

En segundo lugar, el Islam prohíbe el lujo que abarca también los gastos que sobrepasan ciertos límites razonables en ocasiones válidas, por ejemplo: las construcciones inútiles, los grandes edificios o los costosos jardines decorativos para un exclusivo uso individual, como han hecho en el pasado los grandes reyes y emperadores. Pero la construcción de esos jardines para fines productivos o para uso público no está prohibida, por elevado que sea su costo. Lahore, por ejemplo, es una ciudad que tiene una población de 900.000 habitantes. Si el Ayuntamiento de Lāhore proyectase jardines y parques públicos por valor de unos cientos de miles de rupias, el Islam no lo consideraría despilfarro, ya que toda la ciudad obtendría un beneficio de estos jardines. Por el contrario, si un magnate de la nación o un acaudalado negociante trazase unos jardines semejantes para su uso particular, el Islam desaprobaba el acto. De igual modo, un edi-

ficio público puede alcanzar las dimensiones y costar la cantidad que hagan necesarias la naturaleza y extensión del servicio exigido; pero a estos desembolsos en residencias particulares se opone el criterio islámico. Veamos el caso del Taj Mahal. Este hermoso mausoleo tiene fama en todo el mundo y atrae a los admiradores de todas partes. Yo mismo lo he visitado cierto número de veces, e indudablemente, es un edificio maravilloso, exquisito de forma, gracia y belleza. Pero, después de todo, no es sino un monumento personal construido por un emperador para conmemorar el amor por su reina. Desde el punto de vista islámico, la enorme cantidad de dinero invertido en él no era dinero bien gastado. Dedicados a mejorar la vida de los pobres de alguna forma adecuada y duradera, estos millones se hubieran empleado en un fin mucho mejor y más sublime.

Empleo del dinero para lograr poder político.

El Islam prohíbe que se coloque el poder político en manos de un hombre, basándose en sus riquezas. Ya he indicado que la inalterable ley islámica en este aspecto es:

“Colocar los depósitos únicamente en manos de los que mejor calificados estén para poseerlos” (IV, 58).

Por lo tanto, la posesión de la fortuna no es cualidad para los oficios del Estado, que han de ir a parar únicamente a los hombres de carácter y capacidad. Y cuando las riquezas no sirven de un modo determinado para ponerse al servicio del Estado, su posesión, proporcionalmente, deja de ser imprescindible necesidad de la vida.

La ambición de atesorar dinero.

Hay gentes, luego, que acumulan riquezas por el placer que les proporciona la mera posesión de estos tesoros. El Islam reprueba también esta tendencia con palabras nada indecisas:

"Y a aquellos que atesoran oro y plata y no lo gastan en el servicio de Dios, anúnciales un doloroso castigo, el día en que se calienten al fuego del infierno, y sus frentes y sus costados y sus espaldas quedarán marcados a fuego con ellos. Esto es lo que amontonasteis para vosotros; probad ahora lo que habéis acumulado" (El Santo Corán, IX, 34-35).

A aquellos que atesoran riquezas, retirándolas de la circulación e infligiendo grave detrimento a la sociedad, se les da, pues, un espantoso aviso en este pasaje.

En una palabra, el Islam censura todas aquellas tendencias y deseos que operan en el hombre para amasar o atesorar riquezas. Cuando se refrenan los deseos para cuya satisfacción se necesitaban estos montones de caudal, naturalmente, éstos dejan de ser tan apetecibles como para que, por ellos solamente, sacrifique el hombre inclusive su bienestar moral. En una sociedad donde no pueda emplearse el dinero en adquirir fama en el hipódromo, ni en los placeres de la mesa, ni en los juegos de azar, que, por sus elementos de emoción y gran agitación, se recomiendan a algunos temperamentos, ni en los señoriales establecimientos y palacios patricios, ni en esas chifladuras que se conocen con el nombre de "coleccionismo de arte", no quedará espacio para nada que no sea un uso sencillo y recto de la vida, para cuyo fin no se necesitan cantidades de dinero extraordinariamente grandes. En sociedades que estén imbuídas de este espíritu, las personas sensatas no se sienten arrastradas a volverse locas de remate por enterrarse en oro, aunque para ello tengan que vender su alma al diablo.

Freno a las naturalezas más débiles.

Si bien elevadas y sublimes, sin embargo, estas doctrinas fracasan en algunos casos en conquistar a las naturalezas más débiles, y después de todo, las directrices relativas a cuestiones económicas bosquejadas anteriormente no son sino una homilía y un sermón que sólo puede beneficiar a quienes quieran dejarse guiar por ellas y sean lo suficiente-

mente fuertes para dominar perfectamente los impulsos contrarios de su temperamento o su vida. Pero tras esto queda un resto considerable de personas que, posiblemente, dejarían de elevarse a este nivel superior si quedasen abandonadas a sí mismas. Por lo tanto, el *Shariat* (Código) islámico ha formulado también ciertas leyes que se supone ha de hacer cumplir el Estado.

Contención islámica de la indebida acumulación de riquezas.

El Islam prohíbe prestar o tomar prestado dinero a réditos, con lo que se reduce la escala de las empresas comerciales y, necesariamente, de las ganancias individuales. Es muy extraño que, hablando en términos generales, las clases cultas de este país parezcan, de una parte, mirar con agrado el comunismo y, de otra, dispuestas a apoyar un orden económico construido sobre unos cimientos falsos y engañosos, simbolizados por el interés. Porque, en realidad, el interés es el factor más ruinoso de la economía mundial. Este hábil sistema pone en condiciones al negociante astuto y sagaz de manejar centenares de millones, con ayuda de los cuales logra un dominio opresor del mercado, reduciendo a millares de personas a la esclavitud económica permanente. Si se investigase una lista de los hombres más ricos del mundo, se vería que la mayoría de ellos deben su elevada posición a haber manipulado este factor de una u otra forma. Comenzando con unos míseros miles, crean con el tiempo extensos conductos de crédito y hacen un uso hábil y copioso de los giros no cubiertos por los fondos disponibles. En efecto, apenas se hallará que el uno por ciento se ha lanzado en sus empresas y ganancias a base estrictamente de sus disponibilidades; y se verá que los restantes se convirtieron en millonarios recurriendo al crédito.

Así, pues, el interés es el factor más potente y su funcionamiento crea desiguales distribuciones de riqueza, que, a su vez, obstruyen todas las sendas de progreso del pobre. El no poder conseguir dinero a crédito fuerza a estos hombres a buscar expansión sobre una base cooperativa, esparciendo necesariamente las ganancias en esferas mucho más amplias; y si no quieren compartir los beneficios con tan gran

número de personas, forzosamente tienen que restringir las operaciones y reducir sus ganancias. En cualquier caso, las riquezas hubieran estado distribuidas más equitativamente, con evidente ventaja para todos. Pero la gente presencia todos los días los estragos del interés, y a pesar de ello se contenta con verse cogida en la trampa de sus mortales espirales, como una mosca hipnotizada se deja ahogar por la araña en su tela. En verdad, diríase que no se preocupan en absoluto por las siniestras consecuencias de semejante sistema, que tan a la vista está en su país. Tampoco el comunismo queda libre de culpa en este aspecto, porque los comunistas no cercenan la raíz que produce el capitalismo. Más bien parecen aceptar gustosos esta fase del capitalismo, puesto que no declaran fuera de la ley el interés.

CAPITULO IV

RESTRICCIÓN DE LOS MEDIOS ILÍCITOS DE ENRIQUECERSE

Amplia definición del interés.

El Islam define el interés en términos que abarcan también ciertas transacciones y actos económicos que la general opinión popular no considera que entran dentro de esta categoría. Los productos de cualquier ventura económica que, por su naturaleza o circunstancias, haga que el beneficio sea absolutamente seguro, son interés. En este sentido, los dividendos pagados por los gigantescos Trusts, Monopolios y Cárteles representan interés y no deben permitirse. Los grandes Trusts y Monopolios se forman para eliminar la competencia, y de ese modo mantener los dividendos por encima del nivel estipulado. Los pequeños negocios no pueden competir con estos grandes Trusts, y cuando han sido eliminados del campo, los Trusts, en sus respectivos mercados, se convierten en dictadores absolutos. Por lo tanto, el sistema del Trust es un mal terrible que trastorna el juego natural de las fuerzas económicas en un grado ruinoso.

Una vez, en relación con los planes económicos de la Comunidad Ahmadiá, tuve ocasión de recoger información respecto al negocio de lacas, que puede realizarse con un capital de unos cientos de miles

solamente, y cuyo principal abastecimiento se obtiene en ciertas zonas de la India. Me sorprendió hallar que una sola firma europea había establecido el monopolio de la laca. Cuando pregunté por que se había permitido el establecimiento de este monopolio, me contestaron que las casas indias, en su mayor parte, rara vez poseían más de diez o quince *lajs* (1), pero que aquella casa europea disponía de treinta a cuarenta *cror* (2). Naturalmente, por lo tanto, ninguna empresa india podía ponerse frente a ella, ya que fácilmente podría eliminar a todos los competidores.

Los Cártels son, si acaso, un mal peor, puesto que estrangulan el mercado internacional, y son tan fuertes que con frecuencia se convierten en espinas en el costado de los gobiernos poderosos; por ejemplo, la intervención del Gobierno en los productos químicos creó serias dificultades a los aliados durante esta guerra, y hubo que emprender una firme acción legal contra algunas empresas que obraban como instrumentos y agentes enemigos. Todos estos métodos e instrumentos de hacer negocio en una escala y de una forma tal que eliminan en grado absoluto el riesgo, quedan desautorizados por el Islam, a fin de que los pocos que se hallan a espaldas de tales empresas no se enriquezcan a costa de las clases pobres.

Los abastecimientos no deben apartarse del mercado.

El Islam exige, además, que los abastecimientos no se tengan en suspenso en espera de un alza de precios, ya que esta intervención en la acción de las fuerzas naturales es perniciosa para la sociedad. Hay gentes que parecen creer que la intervención del Estado en el mercado es un moderno perfeccionamiento económico, pero no es así. El Islam, hace trece siglos y medio, reconoció la necesidad de dicha intervención en ciertas emergencias, al prohibir el *ehtekaar*, que significa retener a los consumidores un artículo para obligar a subir los precios. El Estado islámico obliga a tales comerciantes o productores a dar salida a

(1) *Laj* = 100.000 rupias.

(2) *Crór* = 10 *lajs*.

sus existencias. La palabra *chtekaar*, por supuesto, se refiere literalmente a la retención de los cereales; pero la orden, por válida deducción, puede ampliarse hasta abarcar toda clase de suministros para la vida cotidiana de la sociedad.

Prohibición de la baja forzosa de precios en el Islam.

De igual modo el Islam no consiente que se obliguen a bajar los precios por indebidos medios artificiales, ya que también esto permite a los negociantes faltos de escrúpulos que amontonen ilícitos beneficios y estrangulen a sus rivales. Una vez durante el reinado de Hazrat Omar, llegó un forastero a Medina vendiendo pasas a un precio con el que no podían competir los productores y comerciantes de la localidad. Por ello le pidió a aquel hombre que se llevase sus géneros del mercado o que los vendiese al precio existente en Medina. Al ser preguntado con qué fundamento había dictado aquella orden, Hazrat Omar contestó que, de lo contrario, los comerciantes locales hubieran sufrido una pérdida, a pesar de que, teniendo en cuenta las condiciones locales, no cobraban precios excesivos. Ciertamente que algunos compañeros objetaron la validez de este orden, en vista de las palabras del Santo Profeta (la paz y las bendiciones de Dios sean con él) de que los precios del mercado no deben ser intervenidos. Pero su objeción no estaba bien fundada, puesto que la intervención prohibida por el Santo Profeta (la paz y las bendiciones de Dios sean con él) es aquella que entorpece el libre juego de la oferta y la demanda. En efecto, esta clase de intervención es dañina y no debe intentarse nunca, ya que el público no gana nada con ella. Sólo hace poco, en Punjab, tuvimos la triste experiencia de una intervención desafortunada, cuando el gobierno provincial anunció un precio fijo para el trigo, que no podía variarse en ningún caso. Evidentemente, ésta fué una estipulación mal orientada, ya que a ningún comerciante le convenía continuar en el negocio para vender a precio de coste. Entretanto, la gente que se moría de hambre no podía pasarse sin trigo, y, naturalmente, compraba en el estraperlo, donde los precios subieron inmediatamente

de las seis rupias el *man* (1) fijadas, a 16 rupias. Muchos meses antes de haberse creado esta situación, ya había prevenido yo al Gobierno contra el peligro que se avecinaba, pero no se prestó atención a lo que dije y no se adoptó el procedimiento acertado hasta después de bastantes sufrimientos y graves inquietudes entre el público. Se dijo que la primitiva orden intervencionista del trigo había sido dictada deseando salvaguardar los intereses de los productores, pero los labradores sufrieron graves pérdidas, mientras que los traficantes obtuvieron beneficios líquidos muy superiores a sus desembolsos iniciales.

En resumen, el Santo Profeta (la paz y las bendiciones de Dios sean con él) ha prohibido la indebida intervención en el nivel de precios o en el libre juego de la oferta y la demanda; pero no para impedir los males anormales creados por factores anormales, como lo prueba el hecho de que prohibió el *chtekaar*, de manera que el proceder de Hazrat Omar estaba plenamente justificado y era justo a la luz del Shariat (Código) islámico.

Obstáculos adicionales para la excesiva acumulación de riquezas en pocas manos.

Pero, sin embargo, a pesar de todas estas precauciones contra la acumulación excesiva de riquezas en unas cuantas manos, es posible que las gentes sagaces, con un excepcional cacumen para los negocios, burlen o salten estas barreras para entrar en posesión de riquezas en un grado dañoso para el bienestar de las masas. El Islam se previene para hacer frente a esta situación por los medios siguientes.

Zakaat.—*Zakaat* es un impuesto exigido por el Islam sobre toda clase de riqueza, siempre que exceda de cierto mínimo determinado y que permanezca en poder de un hombre por espacio de un año completo. Este impuesto, un 2 1/2 por 100, es pagadero sobre el valor total del ganado, productos agrícolas, mercancías de todas clases, moneda, especie, etc., y el producto se consagra por entero al servicio de los pobres. El mínimo imponible tratándose de moneda (rupias de

(1) Medida india equivalente a unos 36,5 kilos.

plata, por ejemplo), es 40, a condición de que la cantidad no descienda por debajo de esa cifra en el curso del año.

Debe advertirse cuidadosamente que no es éste un impuesto sobre los ingresos, sino sobre los valores de capital. Sólo quedan exentas las joyas que generalmente tienen uso común entre las mujeres, o las prestadas ocasionalmente y gratis a los pobres; si bien algunas autoridades en *Fiqh* sostienen que es mejor pagar sobre las joyas que no se han prestado a los pobres. El Zakaat sobre las joyas que no se usan corrientemente es de lo más fundamental.

Por supuesto, el Zakaat es pagadero todos los años en tanto las riquezas en poder de una persona no disminuyen por debajo del mínimo imponible; y se paga no sólo sobre el capital, sino sobre la suma total del capital y los ingresos que produce. La base moral de este impuesto, según el punto de vista islámico, estriba en el hecho de que, debido a las defectuosas normas para medir el valor del papel que desempeñan el Capital y el Trabajo en la producción de riquezas, el pobre recibe bastante menos de su justa parte; y el Zakaat, entre otras cosas, tiene por objeto compensarles de esta pérdida.

Jumus. — Literalmente, esta palabra significa $1/5$, pero en la terminología islámica denota la quinta parte debida al Estado, del producto total de las minas de todas clases, antes de distribuir dividendos y beneficios a los accionistas, que, además de esto, pagan el Zakaat, y también, cuando les corresponde, como antes se indica.

La caridad voluntaria.

Lo que pasa a manos del pobre, procedente de los fondos del Zakaat, *no es caridad desde el punto de vista islámico, sino algo que les pertenece por derecho*. Además de esto, el Islam concede gran importancia a la caridad voluntaria, y apela repetidamente al rico para que se acuerde de las vicisitudes del pobre, del débil, del enfermo y de los huérfanos. El esfuerzo voluntario para aliviar sus angustias se cuenta entre las más loables y meritorias virtudes a los ojos de Dios, y es esencial para la propia elevación espiritual. Este énfasis sobre la caridad también contribuye positivamente a la nueva distribución de las riquezas que se acumulan en manos del rico.

La ley de herencia islámica.

El efecto de estos principios en una sociedad islámica conserva distribuida la riqueza sobre una base más amplia de lo que de otro modo sería posible. Además, las riquezas que se acumulan en manos de los individuos, a pesar de la actuación de estos principios, quedan sujetas a nueva distribución obligatoria en una amplia esfera, a la muerte de sus poseedores. Los herederos legales son más numerosos, según la ley de herencia islámica, que en ningún otro sistema legal. Definitivamente, el Islam no permite a nadie dejar su bienes, a su muerte, a un solo heredero. Todos los hijos e hijas tienen asignada su parte; también el marido o la esposa, según sea el caso, así como los padres del fallecido. En determinados casos, también los hermanos tienen derecho a la propiedad. Y la participación fijada por el Shariat para cada heredero no puede modificarse bajo ningún pretexto, de forma que no hay posibilidad de evadir la ley y anular sus fines, que son la distribución de las riquezas en la esfera más amplia posible de la sociedad.

Extraña que, a pesar de toda su pretendida profesión de simpatías socialistas, haya gentes que, hablando en términos generales, apoyen el interés, que es un factor primordial en la mala distribución de las riquezas, y en cambio miren con gran desagrado la distribución obligatoria de las herencias entre todos los herederos que tienen igual derecho. Con cierta inconsecuencia, prefieren la ley del mayorazgo, que concede casi todo al hijo mayor, aun cuando eso contribuya a conservar la riqueza en unas cuantas familias. Si se considera conveniente una distribución más equitativa de las riquezas que la que se obtiene actualmente en el mundo, entonces la práctica de traspasar todo a un solo heredero es profundamente nociva para la estructura económica de la sociedad. Esta es una de las razones principales por las que el Islam parece literalmente abarcar a los herederos procedentes de una amplia esfera de parentescos, basados en lazos sanguíneos o de otra clase. En una o dos generaciones, y por este sencillo procedimiento, el Islam dispersa estas enormes reservas de riqueza individual y las distribuye por numerosos conductos, de distintos tamaños, que alimen-

tan a zonas mucho más extensas, de tal forma que los dolorosos contrastes entre el rico y el pobre, existentes en otros sistemas de sociedad, quedan reducidos a líneas humanizadas que no irritan la conciencia ni envenenan la paz pública.

El penoso abismo que media entre el rico y el pobre en Europa y América se debe en proporción no escasa a la preponderancia general de la ley del mayorazgo en aquellas partes del mundo donde toda la herencia puede dejarse a un solo heredero—o casi toda—, puesto que a los demás parientes sólo se les asignan insignificancias comparadas con el volumen de los bienes. Según el punto de vista islámico, el mantenimiento del honor y los intereses de una familia aislada en la escala tradicional de opulencia, es menos esencial que el mantenimiento de la sociedad en conjunto, en una norma responsable de bienestar, a fin de que en la carrera fundamental de la vida no sean arrojadas fuera de la ruta, las personas más pobres y más débiles.

En una palabra, el Islam, de una parte, domina y moldea nuestros sentimientos y emociones, haciendo de este modo inofensivos los móviles egoístas que generalmente impulsan al hombre a amasar fortunas. De la otra, proscrib[e] definitiva y positivamente ciertas formas insensibles de disfrutar de las propias riquezas. En tercer lugar, prohíbe todos aquellos planes comerciales que producen un beneficio absolutamente libre de riesgo. En cuarto lugar, por medio del Zakaat y el Jumus, y de la caridad voluntaria, vuelve a distribuir entre muchos las riquezas procedentes de las arcas de unos cuantos. Y quinto, si la riqueza pasase por todos estos filtros para depositarse a los pies de un individuo, al ocurrir su muerte, el bloque se dividiría en trozos más pequeños, que benefician a muchos y no amenazan a nadie. La distribución de las riquezas entre los herederos estipulados sólo puede impedirse si los bienes están dedicados a algún fin caritativo, y el hombre que guste de hacer esto no va a estar moralmente constituido como para oprimir al pobre con el fin de enriquecerse.

Así, pues, el sistema económico islámico está provisto de unas podaderas automáticas, que entran en acción en el momento que un montón particular de riqueza comienza a tomar forma; y siguen actuando hasta que, por último, a la muerte de sus poseedores, lo desme-

nuza por completo y lo vuelve a disponer en grupos más pequeños. El Islam protege los intereses del pobre con desvelo incesante.

Es muy de lamentar que los musulmanes no obren como debieran, de acuerdo con estos principios. Ahí tienen la enseñanza del Zakaat, pero no hacen caso de ella; no se aprueban los gastos exorbitantes de ninguna clase, pero continúan incurriendo en ellos; y la ley de la herencia no se observa sino parcialmente. Pero, a pesar de lo poco que hacen en estos aspectos, basta para demostrar que el abismo existente entre el rico y el pobre no es tan siniestro en ninguna parte del mundo musulmán como lo es en Europa y América.

Intervención de los fondos públicos para impedir que se utilicen para fortalecer la posición del rico.

Ahora bien, ¿qué sucede con los fondos que pasan al Estado como consecuencia del funcionamiento de los principios anteriormente expuestos? Es ésta una importante cuestión, ya que, si no se ejerce un particular cuidado contra esa posibilidad, las clases gobernantes podrían sentirse tentadas a utilizarlos de forma que reforzasen su propia posición.

Sobre este problema, el Santo Corán dice:

"Todo cuanto Dios ha restituido a su Apóstol, de la gente de las ciudades, es para Dios y el Apóstol y para los próximos parientes, los huérfanos, los necesitados y los caminantes, *de forma que no pueda ser cosa tomada por turno entre esos ricos*, y cuanto el Apóstol os dé, aceptadlo, y de aquello que os prohíba, guardaos; cuidad de vuestros deberes para con Dios, porque sin duda Dios es severo en su retribución" (LIV, 7).

Por lo tanto, estas riquezas son para Dios y su Apóstol, para los próximos parientes, los huérfanos, los necesitados, los viajeros que caminan para difundir la luz de Dios; y (observad estas palabras) estas instrucciones las da Dios para garantizar el que las riquezas toma-

das a los ricos no puedan volver a ellos. La honda preocupación que revela este versículo por la salvaguardia de los intereses del pobre no la supera ninguno de los sistemas creados por el hombre, ya que vigoriza las raíces económicas de la sociedad y protege su estructura contra las violentas conmociones consecuencia de los conflictos producidos por las prolongadas incapacidades económicas y sociales que sufre el pobre.

La parte asignada en este versículo a Dios y a su Apóstol es, en efecto, una reserva en interés del pobre. La razón evidente para emplear un modo de expresión más amplio es que al Estado también le exigen sus deberes construir lugares de culto, escuelas, hospitales y carreteras, y conservar los medios de comunicación, y son éstos proyectos de los cuales se beneficia lo mismo el pobre que el rico. El empleo de la expresión más amplia deja al Estado el margen necesario para poder dirigir esos proyectos, a los que podría haber objetado el pobre si la estipulación se hubiese hecho de forma más expresa y explícita en su exclusivo favor. Además, lógicamente, ni que decir tiene que la participación de Dios, en realidad, es una participación para el pobre; y también lo es la parte atribuida al Profeta (la paz y las bendiciones de Dios sean con él), ya que, al ser mortal, la dejaría, después de su fallecimiento, para que la recogiese el Estado o la sociedad que se identificara con la misión del Profeta (la paz y las bendiciones de Dios sean con él).

La expresión *zil qurba* incluida en el texto y que los traductores, por regla general, vierten como "los próximos parientes", merece especial atención también. Entienden algunos que se refiere a los próximos parientes del Santo Profeta (la paz y las bendiciones de Dios sean con él), pero no parece que sea correcta esta interpretación, puesto que el Santo Profeta (la paz y las bendiciones de Dios sean con él) ha establecido claramente que a los "seyeds" (sus descendientes) no les está permitido aceptar *Sadqa* (caridad) ni *Zakaat*. Las personas referidas serán más bien aquellas exclusivamente dedicadas a la devoción y el culto día y noche, y que, en sentido figurado, tenían derecho a ser consideradas como pertenecientes a la familia de Dios y su Profeta (la paz y las bendiciones de Dios sean con él). La expresión *zil*

qurba se propone significar que a los consagrados al servicio de la religión no debe despreciárseles como a gentes indignas, ya que al mantener un lazo de unión con Dios, y al hacer posible para los demás esa comunión, satisfacían una honda e indispensable necesidad de la sociedad. En pago de este servicio, lo mejor que podía hacer la sociedad era mantenerlos en un nivel proporcionado a sus necesidades, a fin de que se consagraran a sus santos deberes sin ninguna preocupación que les perturbase. Si no se hace así, se producirá cualquiera de estos dos males: su calibre moral sufrirá al quedar expuesto al esfuerzo constante de la necesidad; o se verán obligados a desistir del servicio de la religión para ganarse la vida, mientras que el Santo Corán contiene el mandamiento expreso de que entre los musulmanes debe haber siempre personas dedicadas al servicio de la religión durante todas las horas del día y de la noche.

Por lo tanto, por *zil qurba* se entiende las personas consagradas al servicio de la religión, y, según el Islam, también esta clase de personas tienen un definitivo y honrado derecho a los recursos del Estado.

Para dar mayor énfasis, el punto esencial queda reiterado en la parte final del pasaje: "Aceptad lo que el Profeta os concede, pero desistid de reclamar lo que os ha prohibido. El rico no debe intentar recuperar las riquezas que le ha tomado el Islam en interés del pobre, ya que eso es fundamental para la paz y la prosperidad de la sociedad."

El Estado islámico tiene el deber de atender las primordiales necesidades de todos.

La forma práctica que el Estado islámico dió a la filosofía económica bosquejada anteriormente fué la de hacerse responsable de la alimentación y vestido del pueblo. Durante el reinado de Hazrat Omar, que es cuando se instituyó por completo este Nuevo Orden, se hizo un minucioso censo a fin de facilitar la tarea de garantizar que todo el mundo fuese provisto de alimentación y ropa. Hasta los escritores europeos reconocen que Hazrat Omar cuenta en su haber el ser el primer gobernante que guardase registros indicadores del número y las necesidades de las personas, para facilitar al Estado el eficaz desempeño de

sus deberes para con el pueblo. Tienen algunos la impresión de que el Estado soviético ha sido el primero en reconocer sus deberes para con el pueblo, por lo que se refiere a la satisfacción de sus primordiales necesidades, pero, a decir verdad, este mérito lo ganó el Islam hace más de mil trescientos años. Los registros conservados por la administración de Hazrat Omar eran concienzudos y completos: indicaban el número de miembros de cada familia, su edad y necesidades, y la cantidad y clase de alimento autorizado.

Sabemos por los anales de aquella época que, según una orden anterior del Jalifa, la ración de un niño de pecho no se concedía hasta que se le destetaba. Una noche en que hacía una ronda de tranquila investigación general, le llamó la atención a Hazrat Omar el quejumbroso llanto de un niño, que le hizo detenerse. Pero continuaron los lloros, a pesar de que podía oírse a la madre, que trataba de dormirlo con caricias y cánturreos. Por último, Hazrat Omar entró en la tienda y preguntó a la madre: "¿Por qué no le das de mamar al niño?" La mujer, que no reconoció al Jalifa, contestó: "Hazrat Omar ha decretado que no se conceda ninguna ración a los niños hasta que se desteten. Somos pobres y no podemos conciliar ambas cosas. He destetado al niño demasiado pronto para conseguir una ración mayor contando a mi hijo."

Al oír esto, Hazrat Omar se sintió hondamente conmovido y se dirigió presuroso al Beitul Maal (la Hacienda pública) diciéndose tristemente: "Obligando a destetar a los niños prematuramente, has debilitado la futura generación de los árabes; la responsabilidad de esto cae sobre tu cabeza." Abrió la puerta del almacén y se cargó un saco de harina sobre sus espaldas. Al ofrecerse a llevárselo un servidor, contestó: "No, no; la responsabilidad es mía y debo llevarlo yo mismo." Llevó entonces la harina a la madre, y al día siguiente ordenó que se concediese una ración a los niños desde el día en que nacieran, ya que, sea como fuere, la madre lactante necesita mejor alimento.

El Santo Corán, sobre la obligación que tiene el Estado de satisfacer las principales necesidades de sus súbditos.

Queda, por lo tanto, fuera de toda discusión el que, tan pronto como el Islam estuvo en condiciones de hacerlo, puso en vigor este recto y justo sistema económico. En efecto: del Santo Corán se deduce que este sistema no se puso en práctica por primera vez en el mundo en los tiempos de Hazrat Omar, sino mucho antes—en los albores de la Historia—, en tiempos de Adán. En la primera revelación que tuvo Adán le vemos mandado por Dios a vivir en un jardín donde él y sus seguidores no quedasen expuestos al hambre y la necesidad:

“Ciertamente te está ordenado que no padezcas hambre allí ni estés desprovisto de vestido, y que no padezcas sed ni sientas el calor del sol” (XX, 108-119)

Es opinión equivocada suponer, como hacen muchos, que este jardín no estuviese situado en la tierra y que el hombre estaría libre de la necesidad descrita en este pasaje sólo cuando entrase en el Paraíso futuro, pues el Santo Corán se muestra superabundantemente claro sobre el punto de que Adán fué erigido profeta *en este mundo*. “Voy a crear un sustituto *en la tierra*” (II, 30).

Hablando normalmente, el hombre nacido en este mundo queda, indudablemente, expuesto al hambre y la necesidad, a menos que se prevenga lo contrario. Por lo tanto, este pasaje significa claramente que a Adán se le concedió la *ley de la Sociedad Civilizada*, cuyos efectos *estaban calculados para dar garantías a todos según sus justas necesidades, de acuerdo con un sistema de responsabilidad conjunta de todos*. Se establecieron como primeras necesidades la comida, el vestido y el abrigo contra el sol, es decir, el albergue, y a la nueva sociedad se la hizo responsable de garantizar que todos sus miembros quedasen debidamente provistos en estos aspectos.

Esto representa los primeros albores de la civilización, y desde un principio vemos a Dios Todopoderoso preocupado por el bienestar del débil y del necesitado, porque El es, en verdad, el Dios no sólo del

fuerte y bien alimentado, sino de todos, altos y bajos, ricos y pobres; El no quiere jamás que una parte de la Humanidad nade en la abundancia mientras la otra padece hambres y fríos y muere en la miseria.

Este fué el orden que volvió a establecer el Islam y que perfeccionó en los detalles. Desgraciadamente, este sistema sólo estuvo en vigor un breve período, pero esto no es razón para el desánimo. Es ley universal de la Naturaleza que los grandes movimientos ascendentes del pensamiento y la conducta humanos culminen en una serie de olas elevadas, pero intermitentes. Después de cierto tiempo, las nuevas formas quedan desplazadas por las hierbas que trepan desde el borde del espacio raso; pero la semilla, una vez arraigada, continúa creciendo y se reafirma en cuanto se le ofrece una oportunidad. Las ideas progresivas, basadas en verdades fundamentales, están, por naturaleza, más hondamente arraigadas que los efímeros brotes por que, con frecuencia, se ven subyugadas. En realidad, nunca se desarraigan, y surgen de nuevo, aun después de que parecen haber sido totalmente extirpadas.

Este orden islámico, borrado después de un breve lapso de vida, ha de volver a establecerse en el mundo por el Movimiento Ahmadía una vez establecido, impedirá la indebida acumulación de riquezas en unas cuantas manos; tomará medidas para proteger al pobre y abrirle sendas de progreso, y se comprometerá a satisfacer las primeras necesidades de todos: alimentación, vestido y casa.

Resumiendo: el sistema económico islámico se basa:

1. En la influencia religiosa ejercida plenamente contra el deseo de amasar indebidamente grandes fortunas.
2. En el dominio de esos deseos, que actúan como otros tantos incentivos en favor de la adquisición de riquezas.
3. En la rápida distribución de las riquezas allí donde se halle reunida en unas manos solamente.
4. En el reconocimiento de la responsabilidad que tiene el Estado de proveer a las legítimas necesidades del pobre, y en las medidas destinadas a colocar fondos adecuados a su disposición para hacer frente a esta responsabilidad.

Sólo este sistema es completo, amplio y satisfactorio, porque:

1. Concede el adecuado espacio al impulso espiritual de nuestra naturaleza para lograr el premio en la vida futura.
2. Engendra en el hombre hábitos de vida llanos, sencillos y útiles.
3. No se basa en la fuerza y la coacción.
4. No obra aplastando la iniciativa individual.
5. Atiende a las legítimas necesidades de los pobres sin hacer navegar la nave entre peligrosos arrecifes.
6. Y porque alcanza sus loables fines sin provocar odios perpetuos, que, de otra manera, mantendrían siempre a la sociedad en un estado de temor.

1. Concede el adecuado espacio al impulso espiritual de nuestra naturaleza para lograr el premio en la vida futura.
2. Fagocita en el hombre hábitos de vida llanos, sencillos y útiles.
3. No se basa en la fuerza y la coacción.
4. No obra aplastando la iniciativa individual.
5. Atiende a las legítimas necesidades de los pobres sin hacer pagar la nave entre peligrosos arrecifes.
6. Y porque alcanza sus lujos más sin provocar odios porque esos que de otra manera, mantendrían siempre a la sociedad en un estado de temor.

EL COMUNISMO

EL

COMUNISMO

CAPITULO V

OBJECIONES AL SISTEMA COMUNISTA

El comunismo.

El comunismo establece un sistema económico que, en muchos aspectos, se opone a la idea islámica. Una serie de acontecimientos se han unido para traer a primer término al comunismo en nuestros días, y a primera vista ejerce una engañosa atracción sobre muchas personas. Estudiémoslo, por lo tanto, con un poco de detenimiento.

El comunismo sostiene que los servicios de todos los miembros de la sociedad deben utilizarse plenamente, hasta el máximo de la capacidad de cada cual; que el Estado debe atender las necesidades de todos y que debe conservar el excedente del producto de todo este trabajo como depositario del pueblo. Esta filosofía descansa sobre la idea de que debe existir una igualdad entre todos los humanos, pues en tanto un hombre trabaje hasta el máximo de su capacidad, tiene derecho al pago en la misma escala que otro cualquiera que, en efecto, no hizo otra cosa que trabajar de acuerdo con su capacidad. Así, pues, nadie tiene derecho a poseer riquezas superiores a las que tienen otros, y todas estas riquezas deben ser confiscadas por el Estado.

Este es el aspecto económico del comunismo. Tiene también un fondo político; pero no tocaré este aspecto, ya que se sale de los límites de mi disertación de hoy.

Por lo que respecta a la aspiración de un sistema económico, es absolutamente exacto que todos deben estar adecuadamente alimentados,

debidamente vestidos y convenientemente albergados; a todos se les debe procurar medios de educación y auxilio médico cuando lo necesiten; en una palabra: deben cumplirse las necesidades básicas de todos. Sobre este particular, el Islam está totalmente de acuerdo con el comunismo.

Diferencia entre el Islam y el comunismo.

Pero existe una importante diferencia entre el comunismo y el Islam. El comunismo cierra la puerta a la iniciativa privada y al debido desarrollo de las excepcionales capacidades individuales, mientras que el Islam deja esta puerta abierta.

En efecto: la libertad individual es indispensable, de una parte, para el adecuado desarrollo de las capacidades humanas, mientras que, de la otra, el bienestar del hombre en la vida futura depende por entero de la libertad de acción personal. El comunismo destruye esta libertad, y, en igual proporción, menoscaba el sentido de la dignidad, reduciendo a los seres humanos a engranajes insensibles de una máquina sin alma.

Indudablemente, Rusia ha hecho notables progresos en el programa económico que trazara bajo la influencia de la filosofía comunista. El pueblo, en general, en el territorio ruso, se encuentra en mejores condiciones materiales que antes. Para ser más exactos, digamos que el pueblo, en general, de la Rusia europea (si bien quizá los jefes comunistas no lo quieran reconocer). Las gentes pobres de Rusia están mejor alimentadas, mejor vestidas, mejor alojadas y provistas de mejores medios de educación y de auxilio médico. En la proporción que el mérito, de esta mejora corresponde al comunismo, el Islam se siente satisfecho y agradecido. Pero, como ya he indicado antes, en cuanto a los medios y arbitrios para alcanzar una meta convenida, y en algunos aspectos de la misma meta, existe una amplia brecha entre el Islam y el comunismo.

Objeciones contra el comunismo basadas en la religión.

Tal como yo presento el punto de vista islámico, me refiero primero a ese aspecto del comunismo que afecta a la religión.

La primera objeción que tengo que hacer contra el comunismo, objeción que hará todo el que crea en la vida ultraterrena, es que sólo deja un reducido campo al esfuerzo voluntario individual, que es el único que puede conseguir que el hombre merezca un premio en la vida futura. En lugar de tomar para el Estado una parte razonable de sus riquezas y dejarle en libertad de gastar el resto como lo juzgue conveniente, no le deja nada aparte de lo que estrictamente le basta para sus necesidades y le priva de unos medios con los que ha de esforzarse para el éxito en la otra vida. Se le permite comer hasta el hartazgo, puede vestir, tener un techo sobre su cabeza, educarse y lograr socorro médico si está enfermo; pero no le queda un céntimo para gastarlo a voluntad en alguna buena obra que le coloque en buen lugar en la vida del más allá. Dicho de otro modo, el comunismo hace mucho por el hombre en el aspecto material de su vida, cuyo espacio no es mayor de cuarenta o cincuenta años, pero hace por completo caso omiso de la necesidad de una vida infinitamente más larga; en realidad, infinita.

Es éste un defecto con el que no puede avenirse nadie que esté convencido de la verdad de la religión. El Islam, por ejemplo, es una religión misionera que espera que sus discípulos la extiendan por el mundo y lleven su mensaje a los cuatro confines, ya que la salvación del género humano depende de la perfecta asimilación de este mensaje. Todo el que permanezca fuera del Islam carecerá de ésta salvación y el día del Juicio será llevado ante Dios como persona culpable. Podéis llamar loco o necio al musulmán por sostener estas creencias; pero por lo que a él se refiere, y en tanto sus convicciones sigan siendo lo que ahora son, la actividad misionera recae sobre él como un deber del que no puede evadirse en ninguna circunstancia. Según su entender, es un hombre que desea el bien de la humanidad, que tiene la clave de todas las soluciones, y no puede esperarse que permanezca impassible mientras la hu-

manidad doliente marcha a tientas y tambaleándose en busca de estas soluciones. Llámase esto como se quiera, pero tratándose de un hombre apegado a la religión, el deseo que domine a todos los demás ha de ser el de que se corrijan y se pongan sobre una base adecuada las creencias y la conducta de todos.

Sobre este punto hablo de acuerdo con la experiencia efectiva de las condiciones de la Rusia soviética. Hace muchos años envié un misionero Ahmadía a este país, pero en vez de dejarle en libertad para que predicase su mensaje, fué encarcelado, torturado sin piedad durante largo tiempo y hasta obligado a comer cerdo. (En este momento, el misionero en cuestión, que se encontraba entre el público, fué requerido para que se levantase un instante, y así lo hizo.) Por espacio de dos años y dos meses fué tenido en cautiverio en distintos lugares: Tashkend, Askabad y Moscú; y mientras estuvo en la cárcel fué sometido a tan rigurosas fatigas que perdió la razón. Entonces se le hizo atravesar la frontera del Irán, desde donde la Embajada británica informó sobre él al Gobierno de la India; la información me fué enviada, y a nuestra solicitud fué repatriado a la India a costa nuestra.

Queda, por lo tanto, fuera de toda discusión que, por razones políticas, los comunistas no consienten la actividad misionera religiosa en Rusia. Como mi tema se refiere al aspecto económico, no necesito extenderme sobre este punto. Pero la cuestión es que cuando una minoría desea atraer a una mayoría hacia su religión, ello no puede hacerse sino con grandes sacrificios por parte de esa minoría, ya que, de lo contrario, no puede hallarse el dinero necesario para el mantenimiento de las misiones y la producción de literatura en escala adecuada. Pero el sistema comunista no deja margen para que las gentes gasten nada en absoluto en tales cosas. Examinemos, por ejemplo, el caso del Movimiento Ahmadía: somos una minoría muy pequeña, pero nuestra aspiración es atraernos al mundo entero al Islam—tarea que ha de llevar consigo un gasto enorme en actividades misioneras, a cuyas necesidades no podemos hacer frente sino con grandes sacrificios—. Pero no podemos realizar nuestra misión si se interpone el comunismo, para llevarse todos aquellos ingresos nuestros que exceden de lo necesario para proveernos de las cosas más indispensables para la vida. Además, el comunismo

está obligado a desalentar la actividad misionera y religiosa porque, desde su punto de vista, ésta no comprende ningún trabajo útil, que estriba sólo en conducir una máquina, roturar el suelo, trabajar en las fábricas, etc., etc. Para un comunista, trabajo útil es únicamente aquel que produzca una compensación económica. El comunismo no reconoce que la propagación de la verdadera Fe sea labor útil sencillamente porque no cree en la religión. Dios, Su Revelación al hombre, la ley religiosa, todas estas cosas son, para el comunista, nada más que supersticiones o locas fantasías que es mejor desterrar de la inteligencia humana; y despreciativamente se niega a hacer responsable al Estado del mantenimiento de los locos o fanáticos dedicados a prácticas parasitarias.

La concepción islámica de la vida es completamente opuesta a dicho punto de vista. Para el musulmán no tiene gran importancia el tener que pasar hambre con tal de conseguir una mejora de sus posibilidades en la vida futura. Y también, por lo que toca a su hermano y a su vecino, su idea es la misma. Para un musulmán, la vida es un TREMENDO FRACASO si no consigue ganarse la aprobación de Dios. Nada más cuenta en la escala final de valores que reconoce.

El hombre que mantenga estas ideas está obligado, por decoro e interés común, a prestar igualmente solícita atención a las necesidades en la vida futura de su hermano y vecino. Pero el comunismo le arrebatara todo este excedente de riquezas para dedicarlo al servicio material de su nación mientras él y todos los demás quedan condenados a una muerte espiritual. Cuando se trata de proporcionar a todos alimento, ropas y abrigo, así como educación y auxilio médico, estamos de acuerdo con el comunismo y le prestamos nuestro completo apoyo; pero inmediatamente el comunismo nos lo agradece con una traidora puñalada al arrebatarnos el excedente de nuestras ganancias y hacernos imposible el cumplimiento de nuestro supremo deber para con la humanidad transmitiéndole la más importante VERDAD mediante la propagación de nuestra Fe. En una palabra, les prestamos nuestro apoyo, y lo hacemos así porque esta es la doctrina de la religión que seguimos; pero el comunismo, en vez de mostrarse agradecido con esta religión, le paga sus bondades privándola de manera encubierta de todas las oportunidades de desarrollo. Si bien el comunismo se abstiene de todo ataque franco, de-

cido, abierto, honrado y de frente contra la religión, emprende una decisiva acción indirecta para desterrarla, estableciendo que el estudio y propagación de la religión no es una actividad útil, negándose a sostener a los religiosos consagrados a tales empresas. Si el comunismo hubiese chocado abierta y honradamente con la religión, hubiéramos discrepado de él, pero no hubiéramos tenido motivo de queja. Pero los comunistas proclaman les es indiferente la religión mientras que por medios indirectos y clandestinos intentan disminuir su influencia y obligarle a morirse de hambre. Buscan la entrada en nuestros corazones y hogares como amigos fieles, pero traicionan esta confianza destruyendo secretamente los objetos que tenemos en más estima y sólo cuando ya es demasiado tarde se nos cae la venda de los ojos. Si el comunismo declarase abiertamente que la filosofía de una vida futura no tiene valor a sus ojos y que no están dispuestos a consentir la existencia de obreros que prediquen esta filosofía, el que aceptara el comunismo lo haría con los ojos abiertos. Pero fuera de Rusia estas consecuencias vitales del sistema se guardan deliberadamente ocultas detrás de la fraudulenta pretensión de que el comunismo no es más que una filosofía económica que no tiene nada que ver con la religión y no se opone a ella. La actividad misionera encierra un contenido fundamental y vital de religión que ha de secarse y morir si se le priva al público de la facultad de disponer de fondos para mantenerlo vivo y la propia religión no puede subsistir largo tiempo. Por lo tanto, el comunismo sí se preocupa de la religión: su aspiración es estrangularla y desterrarla.

El comunismo no permite a nadie consagrar su vida al servicio de la religión.

Examinemos ahora otro aspecto de esta cuestión. Supongamos que un musulmán dijese que no necesitaba nada del Estado soviético, que tan sólo deseaba que le dejaran en libertad para consagrar su vida al servicio de la religión, que quería visitar todas las ciudades y aldeas de Rusia para llevarles el mensaje del Islam, ¿se lo consentiría el Estado soviético o pondría fin inmediato a sus actividades arrojándole al punto a una cárcel? Sólo puede haber una respuesta a esta pregunta. El Gobier-

no comunista de Rusia no vacilaría en utilizar la fuerza contra aquel hombre. Le arrojaría a una oscura celda ofreciéndole la opción de que efectuase otro trabajo para ganarse la vida o muriese de hambre. Dicho de otra manera, si yo consagrare mi vida a Dios, si yo dedicase mi vida al estudio del Santo Corán y los *Hadiz* (estudio indispensable para mi si quiero mejorar mi vida en el Más allá), el fallo del comunismo sería que no podría serme permitido por puro derroche de tiempo y energía o sólo un pretexto para engordar a costa de los demás. El musulmán tiene que negarse a quedar encadenado a las teorías ultramaterialistas del comunismo en cuestiones de tan trascendental importancia. Debe insistir en su derecho a ser guiado por el Santo Corán, que juzga necesario que entre los musulmanes exista siempre un grupo de hombres enteramente consagrados a la tarea de atraer a las gentes al bien y a apartarlas del mal (III, 103). Es cierto que el Islam no concede ningún privilegio especial a los que se dedican al servicio de la religión; pero es indiscutible que el Islam carga con ciertos deberes concretos. El Islam no sostiene el sacerdocio, pero ciertamente sostiene un orden religioso. El Cristianismo concede al sacerdocio algunos privilegios adicionales; pero en el Islam, aun los que sirven a la religión, tienen los mismos derechos que cualquier otro, aunque su labor está bien definida y es de naturaleza religiosa: difundir el Islam y arraigarlo en los corazones de los hombres para que vivan de acuerdo con él, y considerar este deber como su más alta aspiración en la vida. Privado del núcleo espiritual que representa semejante grupo de hombres; el orden islámico no podría seguir viviendo, ya que no hay orden que pueda existir a menos que haya gentes que comprendan sus reglas y normas, que deseen además divulgar más aún los ideales por que abogan estas reglas y normas.

De todas las religiones que la humanidad conoce, el Islam es la más perfecta. Contiene una ley amplia y completa. Tiene una clara doctrina sobre la devoción y el culto que se debe a Dios; una clara doctrina con relación al aspecto económico de la vida del hombre, sus actividades políticas, los problemas morales y éticos, las relaciones sociales, la Ley de la Herencia, las cuestiones internacionales, los preceptos y procedimientos judiciales y una hueste de reglamentos destinados a abarcar todas las contingencias imaginables en la vida humana. Cada uno de

éstos aspectos exige un detenido estudio, que es imposible a menos que un grupo de hombres capaces lo convierta en propósito de su vida. Si a esos hombres se les eliminase de la existencia, ¿de quién habría de aprender el público en general? ¿Qué aprendería? ¿Y cómo podría difundirse la Verdad en el mundo?

TAFSIR (Comentario) es una vasta rama de doctrina en sí que no puede existir con independencia de los competentes eruditos dedicados a su estudio, que encierra la cabal comprensión de los textos antiguos unido al estudio sistemático del idioma, su uso y gramática, al concienzudo estudio de los *Hadiz*, el adecuado estudio de la Religión comparada, la historia árabe, la historia judía y el Antiguo y Nuevo Testamentos. Sin estos estudios que ocupan toda una vida, nadie puede pretender poseer un adecuado conocimiento del contenido del Santo Corán, a menos, claro está, que este conocimiento lo reciba un hombre directamente de Origen Divino. Pero los profesores de esta categoría son siempre pocos y muy distanciados, apenas uno en cada siglo. Todos los demás tienen que depender de sus trabajos, para los que el comunismo no les deja opción en absoluto. El Estado comunista no haría sino buscar a tales estudiantes, así como a sus profesores, para arrojarles a una cárcel como indignos despilfarradores, y allí los tendría hasta que prometieran renunciar a estos estudios y ponerse a trabajar en alguna labor manual para ganarse la vida.

Análogo es el caso de la rama de doctrina conocida por *Hadiz* (Tradiciones). Comprende el cuidadoso estudio de docenas de obras con su análisis y el cuidadoso examen de la cadena de narradores cuando se trata de cada *Hadiz* por separado. Sin el conveniente estudio de los *Hadiz* es imposible un conocimiento adecuado de los detalles de la doctrina islámica. Y así sucede con las ramas de doctrina conocidas por *Fiqha*, *Qaza*, *Historia*, *Tasawwaf*, etc. Todas estas son ramas de estudio que no pueden ignorarse sin convertir al Islam en letra muerta, y ningún musulmán digno de llevar ese nombre podría avenirse jamás con semejante estado de cosas.

Diferencia entre el Islam y el comunismo al definir el «trabajo».

Lo cierto es que entre el Islam y las otras religiones, de una parte, y el comunismo, de otra, existe una diferencia fundamental en su concepto del trabajo. Nuestro criterio es que el hombre que conduce una máquina, el que enseña religión y el que la aprende, todos realizan un trabajo útil, mientras que el comunismo sólo concede esta condición al conductor de la máquina, en tanto que a los que enseñan o aprenden religión los considera unos parásitos. Según el criterio comunista, enseñar el alfabeto es un trabajo útil, pero enseñar la profunda verdad de que "no hay nadie digno de ser adorado sino Dios y que Mohamed es su Profeta" es pérdida de tiempo y energía. Así, pues, si bien convenimos con el comunismo en que sólo a los obreros útiles debe permitírseles comer, tenemos que protestar violentamente contra su suposición de que ningún trabajo ha de considerarse útil a menos de que así lo certifiquen los comunistas. En la estimación de los comunistas, trabajar para el mejoramiento de la vida espiritual no es trabajo ninguno; enseñar o aprender el Santo Corán, los *Hadiz*, *Fiqha*, *Tafsir*, *Tasawwaf* y enseñar moralidad no es trabajo. Por el contrario, estas cosas, a los ojos de un musulmán, son mucho más preciosas que la vida. Para garantizar el debido estudio de la religión y un adecuado esfuerzo para su propagación se necesitan millares de estudiantes en un país como la Rusia soviética, pero la Rusia comunista los consideraría únicamente haraganes, vagos, que esquivan el esfuerzo, gentes indignas a las que se debe arrancar de sus estudios para remendar zapatos o acarrear estiércol, y sólo entonces ha de dárselos el pan suficiente para comer.

Estas dos opiniones son antagónicas; no es posible conciliarlas. Indudablemente, algunos que pretenden servir a la religión no son más que impostores que no viven de conformidad con su profesión. Pero el hombre que real y verdaderamente sirve a la religión a costa de su comodidad personal y su personal provecho merece ser reconocido real y verdaderamente como un Jefe; ocupa la misma posición que el alma con respecto al cuerpo; es nuestro máximo bienhechor. Sin embargo,

para los comunistas, esos hombres no son más que despreciables granujas y holgazanes, traidores a los intereses de la nación, que deben ser encarcelados o desterrados del país.

La posición de los profetas de Dios en el sistema comunista.

El hombre que, en nuestra opinión, está tan alto que los más poderosos gobernantes de la tierra tienen menos peso y valor a nuestros ojos que el polvo de los zapatos de su más humilde compañero; la persona por quien sacrificarnos es el más hondo y acariciado deseo de nuestros corazones—Mohamed (la paz y las bendiciones de Dios sean con él), el mayor bienhechor de la humanidad que iluminó el alma humana con Divina Luz—, según las normas comunistas, era una carga para su pueblo, como lo fueron todos los elegidos de Dios antes que él: Jesús, Moisés, Abraham, Krishna, Ramchandra, Budha, Zoroastro, Gurn Nanak (1) y Confucio. El régimen soviético arrastraría a personas como éstas a los talleres a hacer zapatos para los obreros del campo y de las fábricas o a establecer peluquerías para ellos, porque los parásitos no merecen mejor trato. El comunismo, por supuesto, sabe apreciar el Arte. Pintores y escultores que trabajan con unas cuantas manchas de pintura sobre un trozo de lienzo o con un martillo y un cincel sobre un bloque de piedra son "artistas creadores" que merecen el máximo estímulo; pero el divino artista que plantó ideales morales y espirituales en el alma humana y la hizo remontarse a donde los ángeles no pudieran hollarla no realizaba ningún trabajo que los comunistas pudiesen dar por útil. Como todos sabemos, no sólo de pan vive el hombre, y el alimento material solamente no basta, en modo alguno, para proporcionarle la paz de espíritu. Hay millares y millares de personas que serían inmensamente desgraciadas si se las privase de la oración y la devoción por muchos que fuesen los lujos del vivir que se pusieran a su disposición. Sin embargo, el comunismo no tiene sitio para aquellos que hacen posible la satisfacción de este profundo anhelo de la naturaleza más noble del hombre.

(1) Profeta de los sijs.

En verdad es asombroso que, por lo que respecta a quienes trabajan en las fábricas durante seis u ocho horas y luego se solazan en cines y salones de baile o beben hasta caer debajo de la mesa, el comunismo está dispuesto a conceder que son obreros útiles. La fotografía y la música son también ocupaciones útiles. Pero el perfeccionamiento de la moral y la purificación del alma no constituyen trabajo ninguno. Hace algún tiempo, al preguntarle al mariscal Malinovski qué es lo que más interesaba a sus hijos, contestó riendo: "Les interesa la fotografía, la música y la cría de conejos." Dicho de otro modo, un muchacho de quince años que invierte su tiempo en la fotografía, la música y en cuidar de sus conejillos favoritos merecía ser alimentado y atendido por el comunismo. Pero Mohamed (la paz y las bendiciones de Dios sean con él), Jesucristo, Moisés, Krishna, Buda, Zoroastro y Guru Nanak eran los parásitos de la sociedad humana a los que había que curar o matarlos de hambre.

No hay ejemplo en la Historia que iguale al de esa desinteresada e incesante labor de amor emprendida por estos grandes bienhechores morales de la humanidad, pero para los cuales los afanes de la vida humana tienen que ofrecérseles sin cohesión, ya que la cohesión social depende del sentido de las obligaciones morales creadas después de colosales sacrificios por parte de estos grandes Maestros que trabajaron y sufrieron por la causa humana día y noche. Sin embargo, el comunismo los tacha de gentes indignas y los coloca muy por debajo de los borrachos y libertinos que trabajan en las fábricas apenas ocho horas diarias y luego se entregan a toda clase de viles y vulgares complacencias.

En resumen, y por cuanto a los hechos se refiere, en el régimen comunista no queda sitio para estas almas nobles y grandes. No sé lo que dirán los demás, pero sí sé que en un *régimen en donde no hay sitio para Mohamed no puede haberlo para mí, porque yo lo repudiaría con desprecio*. Sólo podemos estimar a un país y a un régimen como el nuestro que no deje de hacer honor a Mohamed según merece ser honrado. Una nación afecta a él ha de ser una nación afecta a todo verdadero musulmán. El comunismo puede ocultar esta cruda realidad a las gentes que creen en la religión y, por medio de este engaño, ganar su simpatía y su adhesión, pero jamás podrá atraérselos si les dice la verdad.

Las palabras y las afirmaciones verbales no van muy lejos; la realidad es la que cuenta, y es incontestable el hecho de que el comunismo no está en absoluto preparado para tolerar la religión.

Entorpecimiento de la educación religiosa por distintos medios.

Acerca de este punto, mencionemos de pasada que en Rusia se impide la educación religiosa, so pretexto de que los padres no tienen derecho a ocultar a sus hijos, mediante la influencia paterna, su visión sobre importantes cuestiones que los niños no están en condiciones de juzgar libremente por sí solos. Pretenden los comunistas que no se debe intentar el fijar las ideas de los niños dentro de ningún molde religioso hasta que estén plenamente desarrollados, y, aparentemente, ésta parece una demanda justa y lógica; pero debajo de ella se oculta un hábil subterfugio. Porque la religión es un positivo estado de ánimo que encierra definitivas y positivas opiniones. Si no se permite crear éstas en el niño, su espíritu, automáticamente, ha de pasar al estado negativo, que significa *ateísmo*. La pretensión comunista en este aspecto es análoga a la del caso de un hombre a quien se le priva de decirle a un hijo que él es su padre. El que también los comunistas se abstengan de pedir a ese niño que no considere a ese hombre como su padre, no ayuda a nadie. Tan pronto como a ese hombre se le impida enseñar al hijo a estimarle como padre, sin más intervención, el mal está hecho. Si a un niño no se le enseña el alfabeto, se convierte en un ignorante; para desarrollar y mantener esta ignorancia no es necesario ningún decidido esfuerzo, una vez descartada la posibilidad de que al niño se le enseñe; y en las cuestiones religiosas esta ignorancia equivale al agnosticismo. Así, pues, aunque el comunismo pretende ser imparcial, lo único que intenta es ganar alevosamente por la mano. Esto no es imparcialidad ni igualdad, sino fraude y engaño. El Santo Corán claramente pretende: "Enseñar al hombre lo que no sabe." Tan pronto como hayáis descartado la posibilidad de enseñar, habéis colocado al Islam en desventaja, y lo que deseáis exactamente es conseguir una ventaja en vuestro favor en ausencia de la religión. En vez de

ofrecer al Islam una oportunidad igual, no hacéis más que dejarle fuera del campo de la competencia. De igual modo, existen otros puntos que se plantean también en este aspecto, pero como no estoy examinando los aspectos del comunismo que no estén relacionados con la economía, no necesito tratar de ellos aquí.

La igualdad completa es imposible e impracticable.

Aparte del daño que se origina de su oposición a la religión, también se ve que el comunismo es defectuoso, juzgado con el criterio de la razón y el sentido común. No entra dentro de las facultades humanas el establecer una igualdad completa para todos, en todas las circunstancias de la vida. La felicidad no depende sólo del dinero, ni tampoco el contento y la tranquilidad y paz de espíritu surgen solamente de la satisfacción de necesidades materiales. Además, dado un mismo nivel de vida, la cantidad de placer de él obtenido ha de diferir considerablemente de un individuo a otro. Dada la misma calidad de las comidas, hay unos que la comen con mayor fruición que otros, en la misma mesa. El sentido del gusto o del olfato, su vista o su estado general de salud, no es exactamente bueno en todos. Las aptitudes intelectuales y físicas son un gran motivo de confianza en sí mismo y de consiguiente felicidad, pero no hay medida del estado que pueda hacer que estos factores sean iguales para todos. Nuestros seres allegados y queridos son una gran fuente de dicha, pero no hay régimen que pueda garantizar que las esposas de todos han de vivir el mismo tiempo, ni sus hijos, amigos o padres. La presencia de unos hijos en torno al hogar satisface una de las más hondas necesidades de la naturaleza humana, pero ¿quién puede garantizar que todos los matrimonios han de tener hijos, o un número igual de hijos, o que los hijos de todos han de vivir el mismo tiempo, estar igualmente sanos o alcanzar el mismo éxito en la vida? De la intensidad de nuestras emociones con respecto a nuestros seres queridos, puede juzgarse por el siguiente incidente de la vida de Lenin: Cuando los comunistas rusos se dividieron en dos grupos, unos bajo Martov, conocidos por menchevi

ques, y los otros bajo Lenin, llamados bolcheviques, Martov opinaba que una vez que los comunistas habían llegado al Poder, debía abolirse por principio la pena capital. Pero Lenin, si bien admitía este principio, insistió en conservar la sentencia de muerte hasta que el zar fuese ahorcado. Ahora bien, esta obsesión por parte de Lenin nacía de que, anteriormente, el zar había mandado ahorcar a un hermano menor suyo, a quien éste quería intensamente, y quería tomar venganza de su muerte en el zar. Los sufrimientos de nuestros amigos y parientes dejan, pues, una huella perdurable en nuestra felicidad, y nadie puede asegurarnos contra el sufrimiento por una multiplicidad de causas. Queda, por lo tanto, fuera de la facultad del hombre eliminar o nivelar las desigualdades en innumerables circunstancias de la vida humana, y esa clase de igualdad por que delira el comunismo es poco menos que una ilusión. La dicha perdurable sólo se obtiene del contacto con Dios.

El comunismo interviene los derechos de propiedad.

Rusia, bajo el régimen zarista, no era una nación industrial; consistía en enormes extensiones rurales, propiedad hereditaria de los nobles. Por lo tanto, la primera preocupación del comunismo en Rusia fué la tierra, y no la industria. Todo lo que Karl Marx ha escrito sobre el capitalismo se refiere principalmente al capitalismo representado por las grandes fortunas e industrias, ya que él nació y vivió en Alemania, que estaba mucho más industrializada, de forma que allí el problema del proletariado era un problema industrial. Cuando los cabecillas revolucionarios rusos aplicaron sus teorías a las condiciones rusas, establecieron: 1.º que toda la tierra pertenecía al Estado; 2.º que, por lo tanto, el Estado debía tomar posesión de ella para redistribuirla entre los que quisieran cultivar el suelo; 3.º que se diera a cada distinto terrateniente lo suficiente para mantenerle plenamente ocupado, de acuerdo con su capacidad, pero nada más, y 4.º que, siendo la tierra propiedad del Estado, su intervención por el Estado para garantizar su total explotación en interés de todos estaba plenamente justificada.

CAPITULO VI

EL SISTEMA ISLAMICO

El principio islámico en relación con la propiedad.

La doctrina islámica con respecto a la tierra, cuyos principios ya han sido expuestos, es ésta: que toda la tierra pertenece a Dios, que reconoce justos derechos a partes de la misma, sujetos a la condición de que, salvo un tercio puesto a disposición del propietario para su distribución fuera del círculo de herederos estipulados por la ley, a su muerte debe dividirse entre los herederos estipulados y en las proporciones estipuladas, y que en ningún caso ha de permitirse que pase a un solo heredero, excluyendo a los demás, si viviesen; y que si no existiera legítimo heredero, la tierra debe revertir al representante de Dios, o sea, el Estado, en este caso. Esta doctrina contiene una insuperable profundidad de juicio: 1.º Reconocidos los derechos de propiedad, todo el mundo puede poseer una tierra, que todos trabajarían plenamente, ya que sus ingresos dependerían de eso. 2.º Las sucesivas generaciones de terratenientes, mediante la permanente relación con la tierra, pueden tener ocasión de mejorar el cultivo, de acuerdo con la experiencia. 3.º Aun allí donde las tierras fuesen relativamente extensas, con grandes predios bajo una sola propiedad, tendería, merced al efecto de la ley de herencia, a subdividirse en fragmentos menores. 4.º Y, por último, por considerar el Islam que la tierra pertenece en realidad a Dios, nadie podría apropiarse ilegalmente de una gran extensión de ella. En los sistemas distintos del islámico, los territorios conquistados los parcela el capitán conquistador para él y para sus oficiales favorecidos. Sabido es que Inglaterra, Escocia e Irlanda fueron divididas así por los reyes normandos y donadas a sus nobles, convirtiendo la tierra en un monopolio, mantenido por una despótica aristocracia extranjera, mientras que a los habitantes del país no se les dejaba espacio donde poder cultivar una raíz. Tan mal fueron las cosas en estos países durante mucho tiempo, que los pobres no tenían siquiera tierra para construir sus hogares, ni podían comprarla para

tal fin. La ley les permitía alquilar terrenos en arriendos a largo o corto plazo, pero nada más, de forma que mientras un puñado de nobles extranjeros poseía toda la comarca, el indígena tenía que someterse a su yugo si quería vivir. Lo mismo sucedió en Francia, Alemania, Austria e Italia; y no mejoró mucho la situación hasta después de las guerras napoleónicas.

También en los Estados Unidos, y a medida que se fué desarrollando la nación, nació un grupo de grandes terratenientes por el sencillo procedimiento de desposeer a tantos primitivos habitantes como podían y continuar luego asentados en lo que adquirirían, o, mejor dicho, usurpaban. La misma historia se repitió en Australia, en Nueva Zelanda y en las saludables montañas de Africa, como Kenya, donde aislados colonos europeos poseen cientos de miles de acres, de los que han sido despojados los nativos, impotentes, sin consideración ni arrepentimiento.

El ejemplo sin rival del Islam con respecto a los territorios conquistados.

Frente a este despotismo, a esta ofensiva falta de escrúpulos morales, el historial del Islam es maravillosamente limpio. En Arabia propiamente dicha, en medio de cuyos áridos desiertos existía poca tierra cultivable, no hubo ocasión para la aparición de la aristocracia hacendada. Aún cuando se otorgaron algunos trozos de terreno libre a un pequeño número de personas, no hubo posibilidad de que se convirtieran en grandes propietarios, ya que la tierra puesta a su disposición estaba limitada. Sin embargo, en Yemén y Siria, que tenían establecida una agricultura desde hacía tiempo, la tierra se dejó en poder de los antiguos propietarios. Por el contrario, el Iraq era un país de población poco densa, pero fértil, y los persas se habían vuelto a su nación. Por lo tanto, en el Iraq se disponía de vastos terrenos, pero no fueron parcelados, a pesar de la presión que se ejerció sobre Hazrat Omar. Resistió esta presión fundándose en que, a la larga, los resultados de esta política podrían tender a oponerse a los intereses de la corporación general de los musulmanes; y los terrenos pasaron a ser pro-

propiedad del Estado. De igual modo, en Egipto se les dejó su posesión a los antiguos propietarios. En resumen, en la forma práctica dada al Orden Islámico al principio, se reconocía que las tierras libres que cayesen bajo el dominio musulmán en los territorios conquistados habían de pasar a poder del Estado para utilizarlas en interés general de todos, según lo exigiera la ocasión. Esto explica por qué en ninguna parte de las tierras musulmanas nació la aristocracia hacendada. Durante los períodos posteriores, la doctrina islámica no fué siempre plenamente observada, es cierto; pero los gobernantes musulmanes jamás quedaron libres de su intervención rectora. También en la India, cuando llegó al país la gobernación musulmana, se dejó la tierra a sus antiguos poseedores, cuya pertenencia no fué perturbada. Las tierras de las que tomó posesión el Estado fueron únicamente tierras despobladas. Todas las grandes haciendas que hoy se encuentran en la India son creaciones posteriores del período en que los ingleses tomaron en sus manos las riendas del Gobierno. En su prisa por dejar solventadas las cosas y en su deseo de contar con influyentes defensores en el país, ligados a él por propio interés, lo mismo en la prosperidad que en el infortunio, el nuevo Gobierno, en Bengala y Provincias Unidas, principalmente, otorgó títulos de propiedad a los Tehsildars (recaudadores de impuestos) en las zonas de su jurisdicción, lo que constituyó una terrible injusticia para los verdaderos propietarios de estos terrenos.

Vemos, pues, que el sistema islámico, al tratar del problema de la tierra, es tan concienzudo, completo y recto como al referirse a otros problemas. En él no tienen sitio los grandes hacendados creados por el Estado y capaces de perturbar el equilibrio económico. Por supuesto, todo el mundo tiene libertad para comprar en el mercado público cualquier extensión de terreno, pero esta libertad no presenta nunca una amenaza económica, ya que los únicos negociantes que poseen una cantidad de riqueza apreciable, rara vez están interesados en la tierra, porque sus inversiones en otras esferas les producen beneficios mucho mejores: mientras que en cualquier caso, las grandes posesiones quedan parceladas en trozos más pequeños, merced a los efectos de la ley de la herencia, por lo menos una vez en cada generación.

El sistema islamico para reducir las posesiones es mucho mejor.

Debe tenerse en cuenta que el Islam no permite, ni siquiera a un testador sin herederos, disponer de su propiedad a voluntad, salvo en un tercio del total, cuyo tercio, caso de tener herederos, no puede dejarlo a uno solo de ellos, ya que los herederos tienen todos su participación estipulada en proporciones establecidas, de las que no se puede exceder.

Otra recomendación del sistema islámico es que, si bien impide que una aristocracia hacendada obstruya el paso al pobre, no coarta la libertad individual; deja a todo el mundo en libertad de desenvolverse intelectualmente, de tomar parte en proyectos caritativos y de mejorar sus posibilidades en la vida futura. En contraste con esto, las medidas adoptadas por el comunismo para traducir en hechos su filosofía, destruyen la libertad individual, matan el sentido de simpatía, descartan toda posibilidad de servicio a la propia religión, y, además, el comunismo ha fracasado señaladamente en la tarea de vivir de acuerdo con su precio político y económico.

Respecto a la tierra, el comunismo comenzó con la idea de que toda la tierra pertenecía al Estado, punto de vista que convertía a éste en el único terrateniente de la nación, mientras que los terratenientes y labradores quedaban reducidos a simples jornaleros. En esto, el comunismo colocó a los terratenientes en desventaja, comparándolos con los comerciantes e industriales, a quienes, hasta cierto punto, se les concedían derechos de propiedad sobre sus géneros. Siendo el Estado el verdadero propietario de toda la tierra, sostenía el comunismo que el Estado tenía derecho a ordenar al labrador lo que había de sembrar y dónde. Además, como algunos labradores tenían más experiencia en el cultivo de ciertas cosechas, el Estado tenía derecho a trasladarlos de sus antiguos hogares para asentarlos en zonas más apropiadas para el tipo de agricultura en que eran técnicos. Cuando se pusieron en práctica estas ideas en una amplia escala nacional, los labradores se dieron cuenta de que su condición había quedado reducida a la de meros braceros, inferior a la de un comerciante y un

artesano; que su vida hogareña y su derecho a gozar de los frutos de su trabajo habían quedado privados de toda estabilidad, pues que siempre estaban expuestos a ser trasladados de sus haciendas para ser enviados hacia lo desconocido; y que, sin libertad ya para planear sus cosechas a base de su propia y vigorosa suficiencia, a partir de aquel momento habían de depender de los demás para satisfacer sus necesidades. A medida que fué creciendo este conocimiento, desembocó en difíciles y obstinadas rebeliones, que obligaron a Stalin a anular el nuevo sistema y a volver al antiguo que reconocía el derecho de propiedad particular sobre la tierra — hecho que atestigua de forma nada indefinida que las teorías comunistas respecto a la tierra, de cualquier modo, son impracticables—. Se apaciguó entonces la rebelión, pero esta decisión por parte del jefe bolchevique demostró de una vez para siempre que el nuevo orden proyectado por el comunismo contenía serios y graves errores. Con referencia a este hecho evidente, a Stalin le han acusado sus enemigos de haber traicionado los principios comunistas que defendió Lenin. La respuesta de Stalin a esta acusación ha sido que la idea central del comunismo era el gobierno por el proletariado, y para conseguir este objeto, podían modificarse, según las necesidades, otros principios que giraban en torno a ella. No es necesario que entremos aquí en la cuestión de si es o no satisfactoria esta respuesta, pero de cualquier modo, basta para demostrar que, como sistema permanente de economía política, el comunismo ha fracasado al poner en práctica su punto de vista relativo a la tierra, y para afrontar su problema, los comunistas han tenido que pedir ideas prestadas a otros sistemas. Este notorio fracaso del sistema comunista se destaca, en claro contraste, con el sistema económico islámico, cuya historia nos demuestra que puede ejercitarse sin un tropiezo, para el máximo bien de todos. Demuestra, además, que el comunismo no es en absoluto una filosofía fundamental, aplicable en todas partes y en todo momento: no es más que un movimiento político destinado a fortalecer a Rusia. Compararlo con las verdades eternas de la religión es poco menos que un sacrilegio. Stephen King-Hall, conocido miembro del Parlamento inglés, ha estado en Rusia últimamente.

y sus impresiones, publicadas en la *Unión Soviética* (1), confirman la anterior conclusión, puesto que dice que Rusia, actualmente, tiene dos objetivos: 1.º, la reconstrucción de Rusia, y 2.º, convertirla en el país mejor y más rico del mundo. Evidentemente, por lo tanto, el comunismo no es más que un movimiento político cuyo verdadero propósito es fortalecer a Rusia.

CAPITULO VII

DEFECTOS DEL SISTEMA COMUNISTA

El comunismo impide el desarrollo de la ciencia.

Como resultado de las medidas adoptadas por el régimen soviético, si bien la alimentación y el vestido quedan garantizados para todos existe otro grave defecto en este sistema, que pronto habrá de paralizar por completo el progreso intelectual. Por la sencilla razón de que los jornales y salarios que se pagan a los obreros en Rusia escasamente bastan para alimentarlos y vestirlos y para tener un techo bajo el que guarecerse. No pueden disponer de nada más para viajar por el extranjero, que es un importantísimo factor en la educación, en el progreso de los conocimientos científicos y técnicos y en la marcha de la civilización. El Santo Corán ha puesto el máximo énfasis en *ser fil ard*, es decir, viajar por varias partes de la Tierra. Cuando el pueblo ruso tenía libertad individual para disponer de su economía, los viajeros rusos visitaban todas las partes del mundo y enriquecían su patria con sus observaciones y reacciones ante lo que en el extranjero vieran. Pero desde la revolución, rara vez se ve un turista ruso por ninguna parte del globo. Como Imam de una grande y extendida comunidad religiosa, con secciones en casi todos los países, mis contactos con el público son muy amplios, pero no me he tropezado con ningún comunista ruso que viajase fuera de su país por cuenta propia. Podéis ver a un funcionario del Gobierno, a un representante o a un agente que haya salido de su patria para realizar una misión, pero

(1) «Noticias de la Unión Soviética», vol. IV, núm. 6.

jamás a un miembro del pueblo que viaje por placer o por ilustración. Y esto es así, porque el Estado soviético ha ordenado y dispuesto de tal modo la economía de su pueblo, que, después de satisfechas sus primordiales necesidades, no les queda nada para gastarlo en lujos, como el viajar por el extranjero, etc. Si algún excedente queda, el Estado lo acapara.

Debe recordarse que los funcionarios del Gobierno que marchan al extranjero en misiones determinadas no pueden cumplir esa necesidad, que sólo satisfacen adecuadamente los miembros del pueblo que viajan libremente por tierras extranjeras, por cuenta propia; hombres de distintas condiciones y circunstancias de vida, que contemplan el ancho mundo cada uno desde su punto de vista, y extraen sus propias conclusiones. Los funcionarios del Gobierno se hallan en gran desventaja para la observación independiente de esta clase; sus inteligencias trabajan por sendas rutinarias, y sus observaciones están con frecuencia matizadas por el gusto y las opiniones de su jefe, que lo mismo puede concederles un ascenso que despedirles. Además, las capacidades mentales varían cuando se trata de varios individuos; por lo tanto, cuanto mayor sea el número y más amplio el grupo de los que van al extranjero, más amplia y más completa será la serie de nuevas ideas útiles que llevarán consigo a la vuelta.

Aparté de esto, los viajes al extranjero son uno de los factores más potentes para derribar esos estrechos prejuicios nacionales que existen entre uno y otro pueblo; fomentan la comprensión mutua, la benevolencia y la paz. Pero el comunismo hace imposible todas estas cosas, porque no deja margen a su pueblo para viajar por los países extranjeros. Los rusos, no funcionarios, que ahora se encuentran alguna vez fuera de Rusia, son, o bien refugiados políticos desde los tiempos de la revolución, o agentes propagandísticos del Estado soviético, cuya pretensión de que son ciudadanos independientes, desligados del Gobierno, es una mentira a la que recurren para hacer más eficaz su propaganda. Sólo se necesita un poco de sentido común para comprender que las gentes ordinarias rusa no pueden tener nada que gastar en lujos como este de los viajes por el extranjero, porque el Estado no les deja en posesión de ningún caudal sobrante.

No hace mucho, viajaba yo de Karachi a Lahore, cuando un amigo mío me dijo que un ruso que se decía ciudadano turista, no funcionario, e independiente, viajaba en un vagón refrigerado del mismo tren y hablando mucho en favor del comunismo. Al oír esto respondí al momento a mi amigo que su pretensión era mentira; que desde su punto de vista yo era un terrateniente bastante grande, pero yo viajaba en segunda, mientras que él lo hacía con lujo, a pesar de venir de una nación donde tan sólo hay jornaleros y trabajadores, y no gente rica, y, por deducción, seguramente él tampoco era un hombre rico. Pero viajaba en un compartimiento de lujo, refrigerado, un grado superior a la primera clase corriente. ¿Cómo explicaba esto? ¿Quería decir que el obrero medio en Rusia está en tan buena posición que puede permitirse el viajar miles de millas con un lujo principesco? Si esto era así, el más humilde obrero ruso era mucho más rico que los acaudalados hombres de la India, ya que, entre un millón de éstos, ni uno solo podía permitirse viajar en vagones de ferrocarril refrigerados, y de este modo, toda la santa cólera de los comunistas rusos contra los capitalistas indios quedaba injustificada.

**Para mantener el comunismo
se necesita la fuerza.**

El cuarto defecto del comunismo es éste: que cuando la fuerza de este movimiento se consume y comience a declinar, dejará tras sí una dictadura que representará un estado de cosas mucho peor. Porque el régimen comunista destruye la capacidad y aturde o embrutece el intelecto. Por lo tanto, cuando llegue la decadencia, será tan repentina y tan completa que no habrá nadie que avance en el vacío; tan sólo un dictador más absoluto que el más absoluto de los zares. Si Alemania aceptó a Hitler fué porque las tendencias comunistas pasaban en aquel momento por la nación; la experiencia de la revolución francesa apoya también el mismo criterio. Cuando la primera ola de fervor popular sobre una libertad recién hallada retrocedió al fastidio de la vida cotidiana, dejó las manos libres a un autócrata como Napoleón, porque no había nadie más que pudiera contener los antojos del populacho, que, a la sazón, era la única forma en que

se expresaban las libertades populares. De igual modo, el comunismo podría llamarse Gobierno del proletariado o titularse Estado totalitario; ello no modifica el hecho de que esta clases de cosas, eventual e inevitablemente conduce a un dictador. Aun en este momento hay una dictadura en ejercicio verdadero, y la ha habido siempre. Lenin fué el primer dictador, al que sucedió Stalin, y un Molotov puede muy bien ser el tercer dictador, y así sucesivamente. En cualquier caso, los regímenes como el comunismo no pueden continuar sin recurrir a la fuerza, y el experimento ruso confirma perfectamente esta verdad.

El interés.

El quinto gran defecto del comunismo es que no llega a comprender la naturaleza maligna de lo que comúnmente se denomina interés económico, ya que el comunismo no prohíbe el interés como cuestión de principio primordial e intrínseca filosofía básica. Se dice que no existen Bancos en la Rusia soviética que trabajen a base de interés. Esto puede ser cierto, porque, en este momento, no poseo ningún conocimiento exacto que a este punto se refiera. Pero la ausencia de Bancos que hagan transacciones a interés es una cuestión totalmente distinta de una condena del interés como cuestión de principio vital. La falta de dichos Bancos puede obedecer a cierto número de razones: carencia de facilidades, ignorancia general por parte del público en lo que se refiere al funcionamiento de los Bancos, o puede ser simplemente cuestión de conveniencia. Si se diesen las necesarias facilidades, si el público se educara en el empleo de dichos Bancos o si la política no lo impidiera, podrían surgir cualquier día en toda la nación. Pero cuando se ha prohibido una cosa por principio, ninguna modificación de las circunstancias podría hacerlo lícito y adecuado. El comunismo no lanza sobre el interés esta condenación absoluta. En la literatura comunista no se hace mención ninguna a semejante repulsa, lo que me da derecho a sostener que el comunismo no se opone al interés como punto básico de su filosofía. Veo, además, que el Estado soviético toma prestado de otros Estados que no prestan sin interés. Durante esta guerra, Rusia ha emitido también cierto nú-

mero de empréstitos interiores, que con seguridad ha de suponerse producen interés. Por lo tanto, puede decirse correctamente que el comunismo, si bien pretende oponerse al capitalismo y estar decidido a destruirlo, deja intactas sus raíces y hasta las riega con frecuencia.

Si es correcta mi opinión de que el comunismo no es contrario al interés (y cierto número de hechos positivos no deja lugar a otra posible conclusión), entonces hemos de admitir que la escasez de transacciones en la nación a base de interés debe de ser únicamente una fase temporal debida a los extraordinarios cambios experimentados desde que fué derrocado el orden antiguo. Con la expansión del comercio ruso, y para la expansión de sus industrias, el Estado soviético habrá de recurrir cada vez más a los empréstitos con interés, procedimiento que, llegado un momento, convertirá al propio Estado comunista en un órgano del capitalismo.

En sexto lugar, el comunismo no puede aniquilar al capitalismo, porque deja intacto su actual sistema de cambio internacional. Tal como están las cosas, el tipo de cambio entre dos países no lo determina la balanza natural de su comercio mutuo, sino los Bancos o los grandes poderes, en interés propio. Los países débiles claman continuamente contra esta tiranía, pero jamás se escuchan sus protestas, y año tras año, silenciosamente, van desangrándose. Un tipo de cambio expresado en términos de dinero es un asunto artificial que se presta a la manipulación; mientras que el cambio de artículos por el sistema de trueque está libre de los males que ofrece el otro sistema. Pero el comercio moderno se basa en el tipo de cambio artificial, que ha dejado indefensos a los países menos civilizados en manos de los grandes Bancos, mientras que en las naciones más civilizadas el comercio ha venido a depender de la política. Desde luego, es cierto que la moneda y el cambio en ella basado simplifican las operaciones comerciales y, por lo tanto, son indispensables, en vista del volumen inmenso y el alcance inconmensurable del comercio mundial actual. Pero admitir esto no es admitir que el tipo de cambio haya de subordinarse a las consideraciones políticas y manejarse como una herramienta para explotar a las naciones débiles. Con el debido cuidado y reflexión, el sistema de trueque puede modificarse y mejorarse de

tal manera que satisfaga las necesidades del comercio moderno y garantice el libre juego de las fuerzas naturales, sin debida intervención de ninguna procedencia.

Después de la guerra de 1914-1918, Alemania manipuló con su tipo de cambio y depreció su papel moneda de tal forma, que comenzó a entrar riqueza en su país de todas partes del mundo. Cuando hubo acumulado en su poder el capital suficiente, anuló su papel moneda, y de esta forma, a un costo relativamente pequeño, logró entrar en posesión de los saldos extranjeros suficientes para facilitar sus transacciones en el mercado extranjero. Si el comercio internacional hubiera estado basado en el sistema de compensación, Alemania no hubiera podido utilizar este ardid. También Rusia intentó seguir el ejemplo de Alemania, pero no tan hábil o tan bien organizada, no sacó gran provecho de esta maniobra. En resumen, un cambio artificial es un arma poderosa, por medio de la cual se obtiene el dominio del comercio de las naciones más débiles y se le hace discurrir, no por sus caminos naturales, sino por los conductos que se juzgan convenientes.

Sin embargo, la Rusia comunista acepta esta característica de la vida económica moderna y con ello sostiene el capitalismo nacional. Resultado de esto será que, al desarrollarse sus industrias, recurrirá cada vez más y más al empleo de este arma a fin de conseguir nuevos mercados y, por la misma razón, logrará el dominio sobre el comercio de las naciones más débiles. Por supuesto, el Estado soviético acumulará de esta manera cierta cantidad de riqueza, pero en este proceso perderá su alma, traicionando el principio mismo que le dió su ser: la denuncia de la explotación del débil.

La coacción en cuestiones económicas.

En séptimo lugar, el comunismo basa su economía en la fuerza, lo que, a la larga, resultará fatal. Su principio consiste en que la fortuna del rico debe confiscarse, dejándole únicamente lo que estrictamente le baste para las necesidades fundamentales. No se trata ahora de si este principio es bueno o malo; lo interesante es que el comu-

nismo sanciona el empleo de la fuerza en estas cuestiones. En lugar de educar a las personas de mejor posición a condolerse del pobre para darle un trato justo, tan pronto como subió al Poder empleó la fuerza para privar al rico de sus riquezas. Evidentemente, este procedimiento no puede dejar de despertar odios violentos. Los que han padecido en este aspecto no pueden estar muy hondamente enamorados del comunismo, aun cuando, por supuesto, tengan buen cuidado de no decirlo.

También el Islam toma del rico una buena parte de su caudal, pero no lo hace por la fuerza, sino por persuasión. Además, el Islam convierte las riquezas en una cosa de valor relativamente pequeño, ya que su empleo está severamente limitado; el ideal que nos presenta en la vida llana, sencilla y útil; además, nos induce a dar Zakaat y a tener caridad. Y las fortunas que pudieran lograr acumularse a pesar de todas estas precauciones, pronto quedan divididas y distribuidas entre una amplia serie de herederos. El propósito del comunismo y del Islam es idéntico: quitar al rico sus riquezas. Pero hay un mundo de diferencia entre los métodos por ellos empleados. El Islam emplea la persuasión; apela a los más nobles impulsos de la naturaleza humana: el amor a la humanidad, la simpatía, la compasión; incita a la renuncia voluntaria por parte del rico de fragmentos de su fortuna; mientras que el comunismo en Rusia hizo uso de la fuerza bruta, y el resultado es que aquellos a quienes les robaron sus riquezas no sienten en su alma más que un encendido odio hacia el régimen soviético, del que huyeron muchos a tierras extranjeras. Asfixiados y silenciosos dentro de la nación, o impotentes por el momento en países extranjeros, estos elementos, en cualquier caso, representan un germen del que puede surgir el peligro en cualquier instante.

Los comunistas parecen sentirse satisfechos bajo la impresión de que ya no se ataca a su movimiento en ninguna parte del mundo. Esto es verdad hasta cierto punto, pero ello no quiere decir que el comunismo haya logrado de pronto el asenso universal; significa tan sólo que al hallarse Rusia en esta guerra del lado de las Naciones Unidas, y no siendo en modo alguno insignificante su aportación a

la causa común, ante las exigencias de la situación bélica, fuerzas que en otro caso serían contrarias al comunismo se están conteniendo. Cuando la guerra haya terminado, la lucha encarnizada continuará lo mismo que antes (1)

El comunismo destruye la vida del hogar y el amor filial.

El octavo y grave defecto del comunismo es que destruye la vida del hogar y mata el amor filial. El comunismo, virtualmente, hace caso omiso de los profundos lazos naturales que existen entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas y otros parientes cercanos unidos por vínculos de sangre. En su ansia por guardarlos de la instrucción religiosa, ha decidido considerar a los hijos como pertenecientes al Estado, y están sujetos a la intervención del Gobierno a cada paso, lo que necesariamente ha de debilitar la fuerza del amor filial y de todos esos nobles impulsos de nuestra naturaleza que son inherentes a él. Este estado de cosas no puede continuar por mucho tiempo. Tendrá que cambiarse, porque, de lo contrario, un ruso de las próximas generaciones, educado a la sombra de tan extraña filosofía, será un ser humano de nombre solamente; realmente, será una máquina, insensible y sin alma, poco más que un autómeta.

Juzgando por el hecho de que el comunismo parece, en estos momentos, firmemente establecido en Rusia, algunas personas propenden a inferir que este movimiento ha logrado una medida permanente de éxito. Pero esta conclusión está equivocada. Su éxito, hasta ahora, representa únicamente una violenta reacción contra las miserias del régimen zarista. A un hombre a quien le están cociendo vivo, le parecerá el paraíso el que le hagan sentarse al cálido sol. Algo parecido ha sucedido en Rusia. Pero cuando se borren los recuerdos de los antiguos sufrimientos y surja la idea de la vida más libre, más natural y fácil que viven las gentes de otros países, la reacción contra la autocracia del régimen comunista será no menos definitiva y decisiva.

(1) Ahora que se ha alcanzado la victoria, la oposición ya está en movimiento, especialmente en los Estados Unidos de América.

El comunismo no reconoce adecuadamente la importancia de la fuerza intelectual.

Además, el comunismo no concede la importancia que merece la fuerza intelectual y la capacidad mental. Por lo tanto, después de cierto tiempo, los hombres de superior calibre mental se verán obligados a buscar salidas para sus aptitudes en el más amplio mundo que existe fuera de Rusia. El bolchevismo sólo considera verdadero trabajo el trabajo manual, ya que se niega a sostener a los trabajadores intelectuales, a menos que realicen también una labor manual. Indudablemente, el trabajo manual es muy importante; pero es igualmente cierto que, en algunos aspectos, el trabajo intelectual es más importante todavía. Puesto que es condición inherente de la naturaleza humana el esperar que se reconozcan sus servicios, Rusia tiene que modificar su filosofía si quiere aprovecharse de los servicios de sus gigantes intelectuales y de sus hombres de ciencia, ya que de lo contrario huirán a otros países y allí buscarán el debido agradecimiento y recompensa que se les niegan en su patria. Los descubrimientos e inventos de los científicos rusos y de los técnicos superiores serán registrados, patentados y explotados, no en Rusia, sino en América. Actualmente, el gobierno soviético impide a sus súbditos la salida al extranjero mediante un sistema de rígida inspección, pero tan pronto como se extienda el contacto de Rusia con el mundo exterior, estas restricciones tendrán que suavizarse en interés del comercio extranjero, aunque sólo sea por eso. Los que quieran escapar tendrán entonces una mayor posibilidad de hacerlo. Cuando Alemania comenzó a maltratar a los judíos, muchos de éstos huyeron a América y se llevaron consigo muchos conocimientos útiles, de forma que ciertos productos químicos que antes sólo se fabricaban en Alemania ahora se producen con igual perfección en los Estados Unidos. Así, pues, si Rusia abriese de par en par sus puertas en el futuro a los contactos exteriores, los científicos insatisfechos tendrían ocasión de evadirse; pero si Rusia se encierra, su cultura comenzará a corromperse como agua estancada por falta de nuevos estímulos para el cerebro, que sólo pueden facilitarlos los con-

tactos con el mundo. En cualquier caso, su pérdida es clara y cierta si el comunismo persiste en esta disparatada filosofía.

El peligro de la decadencia en la industria rusa.

Hallándose rígidamente intervenida la economía en la industria rusa, en los jornales, exportaciones, importaciones y todo lo demás, y habiendo sido Rusia una nación retrasada en cuestión de manufacturas, no pueden sentirse inmediatamente los más hondos resultados de esta intervención, para poder emitir un fallo sobre su éxito o lo contrario por el momento. Pero aun ahora hay una cosa de una claridad patente. En tanto los productos de la industria rusa se consuman dentro del país y escasamente basten para satisfacer sus necesidades en el mercado nacional, resguardado de la competencia extranjera, los géneros rusos continuarán vendiéndose con cierto beneficio independientemente del costo de fabricación o producción. ¿Qué les ocurrirá a esas industrias cuando el mercado nacional esté saturado? ¿Se pondrá un límite a la producción después de eso? ¿O continuará la expansión? Si se impone un límite, la industria, más tarde o más temprano, sentirá los efectos restrictivos; pero la continua expansión exigirá mercados extranjeros capaces de absorber el excedente a precios beneficiosos para el fabricante ruso. En este punto, la industria rusa tendrá que resistir toda la fuerza de la competencia extranjera, y su éxito o fracaso habrá de ser juzgado por los resultados. Pero en cualquier caso, a partir de esa fase, Rusia sería una nación imperialista, empeñada en conseguir mercados extranjeros y en dominarlos de manera que garantizase el máximo beneficio para los productores rusos. Desde esta posición, Rusia podría dominar al mundo, pero la escasa parte de verdad y realidad que contiene el comunismo ahora, para entonces se habrá marchado enteramente por la borda. Porque es difícil conciliar el imperialismo y el interés del débil. En el momento en que el imperialismo entra por la puerta, la preocupación por los sufrimientos de los pobres sale volando por la ventana. Así, pues, tan pronto como la producción rusa llegue al punto

en que tenga que exponerse al cruel azote de las olas de la competencia extranjera, o quedará vencida en la batalla o surgirá sobre el escenario del mundo como un monstruo superimperial que quisiera encerrar al mundo en su mano.

Una amplia simpatía universal es desconocida para el comunismo.

Es una equivocación considerar al comunismo como un principio universal, porque no tiene nada de ello. En su caso interior se basa únicamente en el móvil del interés nacional; las más amplias simpatías universales no ocupan lugar en él. Cuando la producción rusa llegue a esa fase en que haya de salir al mundo circundante, lo hará respaldada por un capitalismo más siniestro que el sistema de capitalismo particular que el mundo haya conocido hasta entonces, porque el capitalismo de Rusia se está convirtiendo en *Capitalismo del Estado*, al que nada podrá resistir. Frente a este inmenso peligro, me sorprende que una parte de la intelectualidad del mundo pueda prestarse a apoyar al comunismo. Lo cierto de esta cuestión es que Rusia ha dado una forma colosal al capitalismo colectivo, y a la sombra de este gigante ninguna otra existencia podrá levantar mucho la cabeza. Si el comunismo puede garantizar el alimento y los vestidos al pobre, está muy bien; pero no quiere decir esto que hayamos de cerrar los ojos a los peligros del nuevo sistema capitalista que Rusia ha dispuesto para tomar el mundo por asalto.

Rusia alega que entre 1928 y 1937 ha aumentado su producción en un 625 por 100. Verdaderamente, este progreso es sorprendente. El comunismo ruso pretende también que durante el mismo período, el capital productor ruso ha aumentado de 10 billones de rublos a 75 billones (o sea siete veces y media). También declara que en 1937 la tercera parte de los ingresos totales de la nación se invirtieron en fábricas. Todas estas cifras son impresionantes. Pero la cuestión es ésta: ¿cuánto tiempo puede continuar Rusia a este paso detrás de sus puertas cerradas? La economía rusa, actualmente, está completa dentro de sí misma. Pero hay fases en la evolución social en las que la vida no

puede mantenerse sobre la base de la autarquía. Para describirlo de una manera rápida y aproximada, digamos que la actual economía rusa es como la de un labrador de la India que en su trozo de tierra, cultiva un poco de azúcar, algunas lentejas, un poco de arroz, trigo y algunas semillas oleaginosas, y con estas cosas se las arregla para vivir. Pero hay etapas en el progreso cultural en que esta suerte de economía no puede mantenerse, salvo a costa de cosas de mucha mayor importancia. Si el hombre hubiese juzgado practicable el continuar de esta manera autárquica, no se hubieran producido jamás las violentas y sangrientas contiendas con que nos troyezamos en cada página de la historia universal.

Al mundo le está reservada una fuerte conmoción económica cuando Rusia salga a la lucha internacional por la supremacía económica.

Se reconoce ya universalmente que no existe una nación sobre el haz de la tierra que pueda permitirse el vivir en el aislamiento, separada de la vida de sus vecinos. En la fase de cultura a que ha llegado el mundo, varias naciones se ven obligadas a entrar en relaciones económicas que traspasan las barreras de las fronteras artificiales y naturales, como los prejuicios o los ríos, los montes y el ancho mar abierto. Siendo ésta la lección que nos enseña la experiencia cotidiana, y patente el hecho, sin posible discusión, de que Rusia no puede continuar su progreso y seguir persistiendo en su política de aislamiento, tan pronto como la producción comience a rebasar las necesidades de su mercado nacional, la Unión Soviética tendrá que buscar mercados fuera de sus propias fronteras. Para darse cuenta de lo cierta que es esta manifestación, basta con que examinemos las importaciones rusas durante la guerra, cuando las necesidades obligaron a Moscú a hacer abundantes compras a América y Gran Bretaña. El rápido progreso que ha venido experimentado la producción rusa durante los últimos años requerirá pronto, si continúa así, que Rusia disponga de mercados extranjeros donde poder deshacerse con provecho de sus excedentes, después de satisfechas las necesidades nacionales. Cuando lle-

que ese momento, la política rusa, ¿no asumirá las mismas normas? ¿adoptará los mismos métodos que ya nos son conocidos en la historia de otras razas imperiales? Digámoslo claramente, Rusia se verá forzada a obligar a otras naciones, por uno u otro medio, a comprar a los productores rusos, a fin de que el trabajo ruso no quede inactivo y que su progreso económico e industrial pueda continuar sin tregua. Sabemos por experiencia que cuando se trata de hacer un discurso sobre el tema de la independencia de la India en el Parlamento, los honorables miembros comienzan al punto a hacer impresionantes declaraciones; pero cuando llega la hora del problema del futuro industrial de la India, inmediatamente empiezan a clamar por la debida protección de los intereses imperiales ingleses. El caso de Rusia, no hay que dudarlo, sería exactamente el mismo. Pero una diferencia muy importante. Tratándose de Gran Bretaña y Norteamérica, la competencia de la India ha sido en negocios dirigidos, en su mayor parte, a base de la empresa individual. Pero cuando Rusia salte al ruedo, la competencia con ella no será contra un sistema practicado en la escala de la empresa individual, sino contra el monstruo colosal del capitalismo del Estado. Y, naturalmente, esta competencia se hará más difícil a juzgar por todos los medios diplomáticos y fuerza política de que Rusia podrá disponer; y en la despiadada lucha, las naciones menores no tendrán sitio absolutamente en ninguna parte. Más aún, yo diría que ni a las grandes potencias les será fácil el hacer frente a la situación.

Algunas veces se oye decir a las gentes que fácilmente podrían escapar a los rigores de esta competencia, uniéndose sencillamente a la Unión Soviética y logrando con ello una participación en la favorable posición que ocupa Rusia. Pero una ligera reflexión nos demostraría que esta idea no es muy sólida. En primer lugar, no hay que olvidar que no son muchos los pueblos del mundo que estarían dispuestos a arrojar por la borda todas las demás consideraciones para correr a unirse a la Unión Soviética, sencillamente por lograr un beneficio económico. Por supuesto, los comunistas de varios países se alegrarían de ver introducido en todas partes el sistema soviético; pero hay que poner en duda si muchos de ellos estarían dispuestos a tolerar el dictado de Rusia en relación con la administración interior. Esto es apli-

cable a los comunistas de Gran Bretaña y a los de casi todos los demás países. Sienten simpatía, sin duda, por el sistema soviético, pero no ansian, de ninguna manera, que Moscú gobierne su nación.

No puedo decir nada muy definitivo sobre los comunistas de la India, porque sabemos por experiencia que rara vez tratan de ahondar en estas cosas. En su mayor parte pertenecen a una esfera de la sociedad que, hablando en términos generales, no es muy adecuada ni demasiado intelectual. Les gusta mucho lanzar contagiosos y aun excitantes gritos de combate, pero no les interesa tomarse la molestia de llegar a su significado interior ni a sus más hondas consecuencias. Muchos de ellos, a la más ligera provocación, se dejan llevar de sus sentimientos, y es muy raro en este tipo de hombres el sano juicio. Posiblemente, los comunistas de la India no ven ningún mal en que la India sea absorbida por la Unión Soviética y pierda su identidad, su propia alma, podría decir. Pero esta idea sería inconcebible tratándose de grupos comunistas de otros países, ya que éstos no parecen dispuestos en absoluto a tolerar la intervención extranjera que consideran una enfermedad mortal.

Falta de igualdad en el territorio ruso.

Además, y por encima de todas estas consideraciones, necesitamos recordar que existe una considerable diferencia en el estado del pueblo ruso en Europa y las condiciones de vida de los territorios soviéticos de Asia. Estoy dispuesto a sufragar todos los gastos, y me agradaría que un comunista llevase consigo a alguno de mis hombres a Rusia para demostrarle que las clases pobres de Bujara están tan bien atendidas como las clases pobres de Moscú, y tan bien albergadas, tan bien vestidas, tan bien alimentadas, tan bien educadas y tan bien cuidadas médicamente. Estoy seguro de que una observación más directa de la vida en las dos ciudades demostraría que existe una diferencia asombrosa entre el grado de bienestar alcanzado por ambas. Lo mismo puedo decir del resto de los territorios rusos en Asia. Sólo hace poco se dió un comunicado oficial al efecto de que ahora comenzaban a ocuparse de los planes para procurar el bienestar y la mejora de dichos territorios, para

realizarlos de acuerdo con un programa establecido. Esta declaración debiera bastar para abrir los ojos de quienes alimentan la ilusión de que la Rusia soviética trata a sus ciudadanos europeos del mismo modo que a sus súbditos de Asia. Si hubiera sido así, los territorios europeos y asiáticos de la Unión Soviética hubieran alcanzado un grado igual de progreso.

Parecen creer algunos que estando basado el comunismo fundamentalmente en un concepto de igualdad, el sistema no habrá de traicionarse usurpando los derechos del débil. Esta idea no es más que una ilusión. La lenidad de Rusia, hasta ahora, en la esfera de la competencia económica, así como en la lucha por territorios extranjeros, no ha obedecido a ningún sentido ético del bien o del mal por su parte: brotó simplemente de su incapacidad para hacer sentir su poder. La política rusa experimentará un cambio radical en este aspecto tan pronto como se encuentre lo suficientemente fuerte para imponer su voluntad. En realidad, el cambio está verificándose con violencia en este momento. No hace mucho, países como Finlandia, Letonia, Lituania y Estonia, eran pueblos libres, y Rusia solía alardear de su existencia como tales en sus fronteras, como prueba decisiva de su integridad política. Aún pretendía Rusia haber entregado a Turquía una parte de Armenia que parecía estar relacionada con ella. Pero en el momento en que comenzaron a apaciguarse las conmociones interiores en Rusia y la Unión Soviética tuvo conciencia de su nuevo y mayor vigor, devoró a Georgia inmediatamente y comenzaron las perturbaciones a lo largo de su frontera con Finlandia, y luego Letonia, Lituania y Estonia se vieron envueltas en la refriega.

También se arrancaron de un bocado trozos de Rumanía, y de una buena parte de Polonia se apropió sin cumplidos ni alharacas innecesarias. Con respecto a la libertad del resto de Polonia, existe una gran interrogante en la mente de todos los observadores inteligentes, cuya respuesta es una conclusión prevista. En efecto: Rusia, desde que comenzó a tener ventaja en su lucha contra Alemania, ha aprovechado todas las ocasiones para proclamar desde los tejados, por decirlo así, que la presencia de un Gobierno que no fuese simpático a Moscú sería lo último que toleraría en sus fronteras. En estos países sólo pueden

permanecer en el Poder aquellos Gobiernos que estén dispuestos a ponerse a los pies de Moscú a una orden suya.

Con el cómodo pretexto de razones de seguridad, ha habido intervención de Rusia en los asuntos de Polonia, Checoslovaquia y Rumanía. Se han puesto en acción planes para apoderarse de los campos petrolíferos de Persia. Se ha exigido a Turquía que devuelva partes de Armenia que le fueron cedidas hace algún tiempo, y Moscú aspira abiertamente al dominio ruso del Bósforo y los Dardanelos.

¿Hicieron algo más los antiguos Gobiernos imperiales en sus días de esplendor? En efecto: ¿no procedieron con mucha mayor suavidad y tacto? ¿No fueron infinitamente menos bruscos y menos brutales? Sin duda, también Gran Bretaña está interesada en los Dardanelos; lo ha estado desde hace siglos; pero la presión ejercida por ella sobre Turquía no ha sido jamás tan desdeñosamente desnuda y brutal, tan desvergonzada. Ante esta evidencia, no es prudente depositar mucha fe en la integridad de los móviles políticos o económicos de Rusia.

Podemos reconocerlo o no, pero ante nuestros ojos se nos ofrece la pura realidad, cruda y desnuda, de que Rusia no piensa más que en su propio bien; no le interesa un ardite el bien de los demás.

Además de todo esto, tenemos lo que está haciendo en China, y la triste historia es suficiente para apagar todos los entusiasmos por las sonoras filosofías comunistas. Si para los gobernantes de Rusia es tan querido el bien de los demás países como el de Rusia misma, entonces ¿por qué no se les ha ocurrido entregar partes importantes de los ilimitados territorios de la Unión a Finlandia, Polonia, Rumanía, Turquía y Persia, de modo que, fortalecidos por estas anexiones, estos pequeños países mantuviesen mejor su existencia independiente en un mundo difícil y cruel? Desde el punto de vista de la seguridad nacional, la necesidad que tienen estos países de una mayor fuente de vigor es mucho mayor que la que existe tratándose de una nación enorme como Rusia. Por lo tanto, Rusia debiera haberles entregado territorios en vez de privarles de hecho de los que les pertenecían de derecho.

Podríamos examinar el asunto desde cualquier ángulo y no podría ocultarse la amarga verdad de que antes, cuando Rusia permanecía tranquila, era por falta de fuerza por su parte para agarrar del cuello a sus

vecinos. Ahora que ha conseguido esa fuerza, se apresura a hacer presa por todas partes, a diestro y siniestro. Para arrojar polvo a los ojos del mundo, Moscú dice que esto lo hace por razones de seguridad, problema que exige una acción firme y decisiva. Pero ¿es ésta una razón válida para semejante despotismo? Si lo es, entonces Norteamérica podría decir mañana que, en bien de la defensa nacional, era imperioso que conservase las islas japonesas sobre una base permanente.

La realidad de la cuestión es que en la política mundial y en la despiadada lucha económica, no se puede apartar uno de la íntima realidad de que "la fuerza es el derecho". Los que poseen la fuerza, jamás se han hallado faltos de plausibles excusas para justificar las tiranías perpetradas. Ahora que Rusia es lo suficientemente fuerte para imponer su voluntad, Moscú muy bien podría privar a cualquier nación de su libertad so pretexto de que esto era necesario para la defensa de Siberia, Leningrado, Rusia Blanca o Ucrania. Y si ésta es la norma de integridad rusa en la política internacional, ¿cómo podemos esperar, de un modo razonable, que en la esfera de la lucha económica Rusia vaya a ser más escrupulosa y más justa? Para quienes tienen los ojos abiertos, la política rusa y los métodos rusos en Persia no dejan lugar a la duda ni a la esperanza. Después de todo, ¿existe alguna razón terrena para que al Irán se le prive del beneficio de los campos petrolíferos de su propio territorio o por la que haya de verse obligado a compartir estos beneficios con Moscú? El Irán es una nación mucho más débil económica, política y militarmente. Si, como pretenden los comunistas, los intereses y el bienestar del débil tienen algún valor a los ojos de Rusia, en las circunstancias en que está colocado Teherán, Rusia debiera más bien haber invitado al Irán a tomar parte en el dominio y los beneficios de los campos petrolíferos de Bakú. O debiera Moscú, por ejemplo, haberle prestado dinero al Irán, sin interés, para que éste pudiera desarrollár hasta el máximo grado posible sus recursos petrolíferos.

Dicen a veces algunas gentes que también los ingleses, en gran medida, han privado al Irán del beneficio de sus campos petrolíferos del sur. Pero no tengo intención de significar que la política británica, en este aspecto, sea impecable. Mi argumento es que lo que estáis dispuestos a condenar con tal violencia en los ingleses sea condenado con igual

vehemencia tratándose de Rusia. No hay razón para que se censure a la Gran Bretaña un acto que, si se trata de Rusia, estáis dispuestos a perdonar. La política exterior rusa, desde el primer síntoma de que la victoria aliada era segura, ha venido siguiendo consecuentemente una pauta idéntica a las políticas imperialistas seguidas por otras potencias imperiales anteriores a ella. El que Rusia estuviera dispuesta a tratar al débil y a las razas sometidas en un plan mejor, no es más que una necia y vana esperanza. Y debemos recordar siempre que el instrumento de explotación esgrimido por otras razas imperiales ante Rusia han sido los negocios realizados a base de la empresa individual. En Rusia, este instrumento serían los negocios efectuados en la escala hasta ahora desconocida del capitalismo del Estado, con una inconmensurable e incalculable fuerza en su poder. Porque el comunismo solamente ha aplastado al capitalismo individual. No ha aplastado al capitalismo colectivo. Mejor dicho, ha creado el capitalismo colectivo, lo ha alimentado y desarrollado hasta adoptar ahora las proporciones y la fuerza de un monstruo irresistible, desconocido hasta este momento en la Historia universal.

Peligros del capitalismo del Estado, y dos formas para guardarnos de él.

La historia económica del hombre nos demuestra que los negociantes individuales, cada uno de los cuales trabaja en su única escala, jamás tienen tanto éxito como cuando se reúne cierto número de ellos en una compañía; que las compañías nunca resultan tan prósperas como los "trusts" y los "trusts" nunca son tan poderosos como los "cartels". Por consiguiente, con estos mismos datos, es lógico deducir que el país que ha conseguido dar forma y perfeccionar el nuevo instrumento del capitalismo del Estado sería un país al que no podría hacer frente ninguna nación.

Antes, fabricantes relativamente pequeños se las componían para lograr cierta influencia en las pequeñas naciones. Pero un estado de capitalismo individual no era consecuencia necesaria que no pudiese haber capitalistas en algunos países, por pequeños que fueran. Porque

la competencia era un tira y afloja entre individuos; por lo tanto, aun tratándose de naciones más pequeñas, siempre había individuos y empresas que luchaban contra las naciones mayores y mejor organizadas, y de esta manera lograban arrebatarse algo de sus garras. La Gran Bretaña es uno de los países más industrializados, pero, a pesar de ello, algunas casas de Holanda, Bélgica y Suiza, pudieron competir perfectamente con las firmas inglesas porque, en efecto, la lucha económica, hasta ahora, no ha sido entre toda la Gran Bretaña, de una parte, y Holanda, Bélgica o Suiza de la otra. Ha sido una contienda entre las grandes casas de una nación contra las grandes casas del país más pequeño. Y en esta pelea los dados no estaban siempre, necesaria y automáticamente, cargados en perjuicio de las naciones pequeñas. Siempre hubo una posibilidad para ellas también, y son muchas las naciones que se han beneficiado de esta manera. Pero en la futura batalla contra Rusia, los productores y fabricantes que trabajan a base de la empresa individual en otros países no tendrán muchas probabilidades de supervivencia.

En resumen: no hay duda de que el capitalismo individual tiene sus peligros, pero de todas maneras, y hasta cierto punto, le deja un respiradero al débil. Sin embargo, cuando sean incitados a la lucha contra el capitalismo del Estado, los países más débiles y pequeños están sentenciados a muerte; su pugna será tan desesperada como la heroica batalla de un hombre armado solamente con una porra contra otro que tiene el dedo puesto en el gatillo de una ametralladora y montañas de municiones a su lado. Comenzaba a oírse la voz de protesta contra la tiranía de los "trusts" y los "cartels"; pero frente a la industria rusa, dirigida y apoyada por el capitalismo del Estado, hasta los "trusts" y los "cartels" quedarían impotentes como niños frente a gigantes. Porque la fuerza que se esconde detrás de los "trusts" y "cartels" es, en el mejor de los casos, el vigor colectivo de cierto número de hombres solamente, mientras que la que tiene detrás la industria rusa sería el vigor colectivo de toda la nación, bien organizada, apoyada por la presión diplomática y la convincente amenaza de la Armada rusa y la Aviación y el Ejército soviéticos.

Podemos salvarnos de este peligro sólo de dos maneras:

1. El mundo entero ha de ser arrastrado a una sola Unión e incorporado a Rusia, hecho que haría innecesaria la competencia. Pero ¿es siquiera probable esta evolución? ¿Estarían dispuestas, por ejemplo, la Gran Bretaña, Norteamérica y Francia, a unirse a la Unión Soviética para escapar a los rigores de la competencia rusa? Aun concediendo que eligiesen este camino, ¿existe alguna garantía razonable de que si lo hacen conseguirían conquistar en la Unión Soviética los mismos derechos de que gozan los propios rusos? En mi opinión, éstos son imposibles que deben descartarse y que nos dejan sólo un camino abierto.

2. Este es que cada nación, en su propio sistema, cree el capitalismo del Estado, como Rusia lo ha hecho. Pero entonces el resultado neto sería que el mundo se convertiría en un inmenso circo donde los colosales gladiadores que representarían al capitalismo del Estado de las diversas naciones se lanzarían unos contra otros para degollarse, para matar y ser muertos. Si esta eventualidad llegara a tomar cuerpo, en lugar de guerras accidentales, aliviadas por variables períodos de paz, estaríamos siempre en una constante carnicería, de una u otra forma, en las distintas partes del globo. Las caravanas comerciales recorrerían la tierra, acompañadas por unidades del ejército o la aviación que las defendiesen. Grandes convoyes de barcos surcarían los mares bajo la potencia protectora de los cañones navales. Las rivalidades y disputas comerciales no serían entre individuos y empresas, y para las transacciones no habría apoderados, sino ministros de Estado, apoyados por la fuerza armada. En un mundo semejante no quedaría sitio, en absoluto, para las naciones más pequeñas y débiles. Las naciones que no estuvieran debidamente organizadas se verían al punto privadas de su libertad, y sus territorios quedarían reducidos a poco más que agradables y emocionantes cotos de caza para el fuerte y el poderoso.

Tampoco es más que una ilusión el suponer que cuando se llegue a esta fase los pueblos de todas partes han de aprovechar la coyuntura para decidir una paz justa y duradera. La codicia y el amor del poder no son cosas que tiendan a disminuir cuando se las alimenta constantemente. Rusia, actualmente, no está dispuesta a compartir sus riquezas con los que no están en tan buena posición como ella; y no hay razón para que mañana, cuando consiga aumentar un poco más su riqueza,

haya de mostrarse más generosa. Y lo mismo ha de esperarse de todas las demás naciones que ahora son fuertes o que pudieran componérselas para acrecer su vigor en el futuro.

Las afirmaciones rusas quedan desmentidas por sus actos.

La disposición de Rusia a aceptar un lugar en el círculo de los tres "grandes" es prueba, por sí sola, de que ha sacrificado su gran principio de igualdad para todos. Si los tres "grandes" son las potencias investidas del derecho de regir los destinos del mundo según su linda voluntad, entonces ¿qué lugar ocupan las naciones más débiles y pequeñas? Si la Rusia comunista es fiel a sus tan cacareadas teorías de la igualdad estricta, entonces ¿por qué acepta Rusia un papel que la coloca muy por encima de sus vecinos? Si los hombres son iguales como individuos, es decir, iguales en sus derechos como seres humanos, se deduce que todas las naciones, ya sean grandes o pequeñas, son iguales en sus derechos, con facultades cada una de ellas para poseer una vida propia sana y feliz, libres de la intervención y la humillación.

En la Cámara del Consejo Internacional, la voz de Rusia no tiene más derecho a ningún respeto especial que otra nación, por pequeña que sea; digamos Grecia, Siria o Turquía. Al aceptar un lugar entre los tres "grandes", se ha condenado con su acción. Si hay alguna verdad en las teorías rusas, y si los rusos se esfuerzan honradamente en sostener esa verdad, entonces el punto de vista ruso debe ser que en la familia humana no hay lugar para nada parecido a los tres "grandes", los cinco "grandes" o los tales o cuales "grandes". Si las naciones no pueden tener iguales derechos, ¿por qué lo han de tener los individuos? Ciertamente, las normas morales y éticas no deben modificarse al ser aplicadas a individuos o naciones.

Todas estas cosas señalan el hecho de que, como se dice en la India, Rusia tiene una dentadura de adorno y otra para cuanto se refiere a negocios.

Esto me recuerda un incidente relacionado con uno de los jefes indostánicos. Ocurrió una vez que se reunieron un gran número de

líderes políticos indostánicos para deliberar sobre un problema urgente en aquel momento. El difunto sir Sekander Hayat Jhan y sir Feroz Jan Nun me telegrafiaron para que yo también tomase parte en la discusión. Se celebró la reunión en Simla, y a ella asistieron unos setenta u ochenta líderes de toda la India. Uno de éstos, que se consideraba un hombre excepcionalmente importante, se disgustó mucho al ver esta gran asamblea, y dijo en su discurso que las cuestiones más importantes no podían discutirse ni resolverse convenientemente en las reuniones numerosas. Propuso, por lo tanto, que se nombrase una Comisión en la que—éstas fueron sus palabras—“nosotros, los jefes de los jefes, lleguemos a una decisión y la comuniquemos posteriormente a los demás”

La moraleja de este incidente puede aplicarse a la Rusia de hoy. Cuando se trata de un hombre frente a otro, los comunistas claman por la igualdad de derechos; pero cuando el problema se refiere a asuntos de Estado, en la esfera internacional, Moscú quiere que las cosas las decidan los tres “grandes”. Y, por supuesto, las naciones pequeñas, por serlo, no tienen derecho a un puesto en la Cámara del Consejo de los poderosos de la tierra.

Ahora bien: ¿existe alguna base moral para esto que no sea el que Rusia posee cañones, y tanques, y aeroplanos, y divisiones más potentes que los de Bélgica, Francia u Holanda? ¿Tiene Rusia, por el contrario, algún otro derecho moral para que sus opiniones exijan más respeto que la voz de Bélgica o de Francia? Si no es así, y si a pesar de ello Rusia no está dispuesta a conceder a las naciones pequeñas una condición de igualdad en torno a la mesa de la conferencia, ¿cómo vamos a esperar que esté dispuesta a compartir los beneficios de su dominación económica con aquellos sobre quienes se eleva? Lo que querrá no será dar de comer y vestir a los infelices desventurados que se arrastran por el polvo a sus pies; no querrá alzarlos y abrazarlos. Querrá ejercer “mandatos” sobre ellos, y “protectorados”, y toda esa suerte de palabrería con la que la codicia y el imperialismo intentan ocultarse vestidos de filantropía, como el lobo que se cubre con la piel de cordero y tiene pretensiones de santo.

En una palabra, la situación no se reduce a "muera el capitalismo", sino "muera y sea destruido el capitalismo e imperialismo de los demás, pero viva el capitalismo y la codicia de Rusia"

Restricciones contra los extranjeros que visitan Rusia por cuenta propia.

Diríase que Rusia se da cuenta de la debilidad moral de su posición, ya que de otra manera no tiene explicación lógica la severidad con que las autoridades rusas pretenden mantener al pueblo ruso aislado del resto del mundo. Un conocido miembro del Parlamento británico, *míster Stephen King-Hall*, visitó Rusia hace poco y publicó sus impresiones en el número de junio de *La Unión Soviética*. Escribía así: "Al Gobierno ruso no le agrada que el pueblo ruso se ponga en contacto con el pensamiento ni el pueblo del mundo exterior a Rusia", y sigue diciendo:

Además, no hace muchos días, unos técnicos rusos visitaron este país. Se asombraron al ver las condiciones de la India, ya que en su patria rara vez tienen un penique para viajar con independencia por su cuenta, mientras que en la India vieron que todo el mundo puede ir y venir a donde le plazca. Tal estado de cosas les llamó la atención tan fuertemente que les dió la impresión de haber sido trasladados a un mundo totalmente nuevo. Evidentemente, eso era consecuencia de haber sido conservados en una frigorífica. Pero estas barreras artificiales tienen que derrumbarse algún día, y cuando llegue ese momento el mundo será testigo de una revolución aún mayor."

Algunos aspectos de la economía rusa que exigen cuidadosa reflexión.

Dudo seriamente que la doctrina de igualdad se practique plenamente en Rusia en la vida cotidiana de la nación. Desgraciadamente no estamos en condiciones de hablar del asunto con un conocimiento definido; pero, por lo que sé, estoy convencido de que el uniforme del soldado ruso ordinario, generalmente, está hecho harapos y en un estado

lamentable. He recibido informes al efecto con el testimonio fidedigno de miembros de la comunidad Ahmadí que sirven en el ejército en lugares donde entraron en contacto con los oficiales y soldados rusos. El uniforme del soldado ruso de origen asiático es singularmente inferior. Pero en contraste con esto, el uniforme del mariscal ruso, como puede juzgarse por las fotografías que han aparecido en los periódicos, es muy elegante y reluce de costosas medallas. La medalla de un mariscal vale unas sesenta mil rupias. Por este ejemplo solamente puede juzgarse de la realidad de la idea rusa de la igualdad.

La pretendida práctica rusa de la igualdad medida por los hechos.

También puede juzgarse del valor de la idea que Rusia tiene de la igualdad por el hecho de que, durante la guerra, y una vez que mister Churchill hizo una visita a Moscú, Stalin dió un banquete en su honor. Al regresar Mr. Churchill a Inglaterra, y hablando con motivo de cierto acto, dijo que ojalá su nación capitalista pudiera permitirse el darle de comer en la misma escala suntuosa que había visto en un país regido por un Gobierno proletario. Si en verdad se practica la igualdad en Moscú, ¿hemos de entender que el día del gran banquete oficial que se le dió a Wendell Wilkie hasta el ruso más humilde tuvo una comida de sesenta platos como la que se facilitó a los que asistieron al banquete del Estado? Si no es así, ¿no tenemos motivo para inferir que el terrible problema de las desigualdades en la suerte del género humano no se ha resuelto en Rusia más de lo que se ha solucionado en el resto del mundo? La idea que se ocultaba tras el banquete en cuestión era el deseo de Moscú de impresionar a Mr. Churchill con la grandeza y esplendor de Rusia, y este sentimiento constituye la raíz misma de las desigualdades y las groseras injusticias que tantas dificultades han encontrado siempre los reformadores en eliminar. Este incidente muestra también que gradualmente la esencia de la idea de igualdad está experimentando un cambio inevitable en Rusia y que está cobrando existencia una nueva clase privilegiada cuyos cimientos descansan sobre la influencia de par-

tido. De esta manera sólo la forma exterior ha cambiado; el repugnante hecho en sí sigue siendo igual que antes.

Durante la revisión de este original ha llegado una interesantísima serie de noticias en relación con Rusia, que reproduzco a continuación porque arrojan una considerable claridad sobre este tema. El conocido periódico australiano *Sun* ha publicado la noticia de su corresponsal en Camberra de que el ministro australiano en Rusia, durante sus vacaciones en Australia, ha hecho unas declaraciones ante el partido censor parlamentario, en las que dijo que:

1. Se está creando en Rusia una nueva clase de personas acaudaladas, ya que, comparados con las gentes ordinarias, los que tienen influencia en el partido o aquellos a quienes se considera técnicos, obtienen un trato mucho mejor.

2. En los restaurantes, las comidas servidas se clasifican en cinco clases, y los billetes para las mismas pueden obtenerse según la influencia en el partido o la clase de trabajo que desempeñe.

3. En consecuencia, la diferencia entre los individuos es tan dolorosamente evidente hoy como lo era en la Rusia zarista.

4. Mientras que en otros países el estraperlo lo manejan las clases de más dudosa moralidad de la sociedad, en Rusia lo efectúan realmente las propias autoridades.

5. Esto significa que las personas importantes pueden obtener cuanto quieran, mientras que el obrero común tiene que pasarse sin muchos artículos necesarios.

El ministro australiano se mostró apesadumbrado porque se haya publicado este informe, fundándose en que podía perturbar las relaciones entre Australia y la Rusia soviética. Pero debe advertirse que no lo ha desmentido, lo que demuestra que está basado en hechos.

Este informe confirma claramente las conjeturas que, con respecto al futuro de Rusia, he hecho en el curso de esta conferencia respecto a que era inevitable surgiera una nueva clase de gente adinerada en Rusia, ya que no se puede hacer caso omiso de la capacidad y calibre

de los individuos. Por no existir en el comunismo las restricciones islámicas con que únicamente pueden mantenerse a las clases privilegiadas en su adecuado lugar, esta clase habrá de hacer retroceder al Gobierno comunista a los antiguos principios y a las viejas formas. El resultado final de la Revolución Roja no será más que éste: que de aquí en adelante los rusos comenzarán a ocupar una posición de privilegiada distinción en el mundo. Llegarán a participar en el disfrute de las buenas cosas de la vida, según las envidiables (o despreciables) normas de las razas imperialistas. En cuanto al Gobierno mundial del proletariado se irá alejando poco a poco del mundo de la realidad hasta convertirse, por último, en un sueño imposible. Porque el comunismo no está basado en el principio de simpatía y compasión universales, sino únicamente en el deseo de vengarse del régimen zarista y en la glorificación de Rusia.

El nivel cultural y económico de las tropas rusas.

Podría añadir aquí también algunas palabras relativas al nivel de vida de que disfruta el soldado ruso. Me cuentan que una vez en Irán, durante el viaje de un tren que transportaba bencina, uno de los bidones comenzó a salirse. Algunos soldados rusos que vieron correr el líquido por el suelo pensaron que acaso fuera ron o cerveza, y se las ingeniaron para recogerlo en sus vasos con la idea de aprovecharse. Cerca de mil soldados rusos se bebieron alegremente la bencina, chascando los labios. A consecuencia de esto murieron a docenas y centenares cayeron enfermos. Aparte de que el incidente tiene un hondo significado como comentario al sentido de disciplina y responsabilidad del soldado ruso, revela un panorama desconsolador del nivel de vida que reina en las clases inferiores. No es fácil imaginarse cómo se puede tomar la bencina por ron o cerveza, y mientras gentes como éstas sigan existiendo en Rusia, ¿tiene justificación la pretensión de que el comunismo haya mejorado notablemente la vida de su pueblo?

La pretensión comunista de la igualdad para todos origina ciertas preguntas.

En relación con la industria rusa son muchas las preguntas que acuden a la imaginación. El trabajo en las diferentes industrias ¿es de la misma calidad y requiere el mismo grado de inteligencia, habilidad técnica y demás? Evidentemente no puede ser así. Un minero de carbón tiene que realizar un trabajo distinto del de un sastre, por ejemplo. Además, las necesidades de un sastre para establecerse en el negocio son diferentes de las del hombre que quiere dedicarse a joyero. ¿Cómo se propone el comunismo resolver estos problemas? ¿Facilita el Gobierno el capital necesario para establecer a diversas personas en los diferentes oficios e industrias? ¿Se encuentra todo el comercio de la nación en manos del Gobierno? Además, un mal médico o un mal abogado ¿están autorizados a cobrar los mismos honorarios a sus clientes que otro doctor y otro abogado mucho más eficaces en su trabajo? Si los honorarios pueden variar según la capacidad, ¿qué se hace entonces de la igualdad que se pretende practicar? Y aun cuando el mejor doctor no tuviera derecho a cobrar un honorario superior al peor, ¿no se precipitarían todos a lograr los servicios del hombre que está a la cabeza de la profesión? Y si todo el mundo tiene derecho a reclamar su asistencia, ¿cómo podría el pobre doctor o el pobre abogado hacer frente a esta ilimitada demanda de su tiempo y energía? Tan pronto como procedemos a poner en práctica el principio comunista de la igualdad para todos surgen por todas partes montones de preguntas como éstas, preguntas a las que no estamos en condiciones de hallar respuesta acerca de cómo se solucionan en Rusia, y a menos que los comunistas puedan demostrarnos que, en realidad, han resuelto estos problemas, su pretensión se torna vacua y sin significado.

La estructura económica correcta y adecuada.

Después de la debida reflexión sobre estos importantes problemas tenemos que convenir en que la estructura económica correcta sería úni-

camente aquella que deje amplitud para el sentimiento religioso, porque las consideraciones económicas cuyos efectos se limitan tan sólo a un breve período han de proponerse a las otras consideraciones cuyas consecuencias se extienden infinitamente en el futuro, y aún más allá, en la otra vida. Sólo puede ser realmente provechosa para la humanidad, a la larga, aquella estructura económica que atiende a las legítimas necesidades de todos sobre una base de administración regular y bien organizada bajo un orden amplio, pero que, al mismo tiempo, deje la puerta abierta a la iniciativa privada de forma que un sentimiento de sana rivalidad dé sus sanos frutos y se contengan adecuadamente los males de una perniciosa competencia.

La verdad es que el comunismo no es más que una violenta reacción contra una prolongada y espantosa tiranía. Esta es la razón principal por la que esta filosofía se extiende como fuego voraz en las naciones en que el pueblo se siente oprimido, mientras que en los países en donde no existe esta sensación de opresión no ha podido hacer ningún progreso notable, como vemos que sucede en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos de América. De igual modo, tampoco ha tenido éxito en las naciones en que son Gobiernos nacionalistas o socialistas los que tienen las riendas del Poder. Hace algún tiempo un periódico norteamericano formuló una interesante pregunta a las clases trabajadoras. ¿Se consideran ustedes pertenecientes a la clase capitalista, a la clase media o a la clase baja? La mayoría de las respuestas fueron en el sentido de que se consideraban clase media. Esto significa que a los obreros de Norteamérica no se les ocurre jamás pensar que son gentes pobres y desamparadas a merced de las circunstancias o al capricho del capitalista. Este sentimiento explica por qué el comunismo ha sido un mayor fracaso en los Estados Unidos de América que en la Gran Bretaña. Debido a la abundancia de riqueza en Norteamérica, la clase trabajadora rara vez se encuentra en un verdadero aprieto, lo que contribuye a que conserven una fuerte independencia y un gran respeto y confianza en sí mismos. Naturalmente, por lo tanto, no se les ocurre tan fácilmente como a los pueblos oprimidos de otras naciones que necesiten ningún órgano especial administrativo que cuide de que estén debidamente vestidos y alimentados.

Así, pues, el verdadero remedio es éste: 1) Que se salvaguarden adecuadamente los derechos de los pobres tal como enseña la doctrina islámica; y 2) Que se preste la debida consideración y estímulo a sus esperanzas y aspiraciones. Debe advertirse que ésta fué la medida adoptada por Alemania e Italia a fin de fortalecer la moral de su pueblo hasta que empezaron a considerarse conquistadores irresistibles. Las esperanzas y las aspiraciones son indispensables para el progreso. Cuando la esperanza se apaga en el corazón de un pueblo; cuando los sentimientos y las emociones se marchitan y mueren aplastados; allí donde las clases superiores comienzan a olvidarse del bienestar de las clases bajas, puede decirse con seguridad que para esa nación ha sonado el toque de difuntos.

Obligaciones del rico para con el pobre.

Las personas más acaudaladas de nuestro país deben darse cuenta a tiempo de sus responsabilidades y deben apresurarse a cumplir las obligaciones que tienen para con los pobres. Tal como yo considero este asunto, el desarrollo del comunismo en un país es un castigo dispuesto por la Naturaleza para borrar los efectos de las tiranías perpetradas por el rico con el pobre. Según la situación actual de la India aun es tiempo para mejorar y para reparar los excesos del pasado. Pero si las personas ricas dejan de cumplir sus deberes con sus hermanos menos afortunados, la mano de Dios Todopoderoso les arrebatará sus riquezas. El arrepentimiento y el proceder adecuado puede salvarles ahora de este terrible peligro y la horrorosa tormenta que se cierne sobre sus cabezas se desviará dejándoles a salvo como un tornado que cambiara súbitamente de dirección. Pueden desprenderse voluntariamente de una parte de sus riquezas en interés del pobre, como lo exige Dios, por amor y por piedad, o pueden continuar obstinadamente aferrados a sus ganancias hasta que la opresión engendre una vengativa violencia y los populachos desesperados se tomen la justicia por su mano.

Y, por último, al examinar el desarrollo del comunismo y los problemas de la economía rusa, quiero llamar la atención sobre una sor-

prendente profecía relativa a Rusia hecha en unos tiempos en que las superficies que ahora llevan ese nombre no eran más que unos ululantes desiertos de nieve.

CAPITULO VIII

PROFECIAS IMPORTANTES ACERCA DE RUSIA

Profecía sobre Rusia de hace dos mil quinientos años.

Como ya sabemos, Rusia solamente ha adquirido preeminencia durante los últimos trescientos o cuatrocientos años. Antes de esa fecha era un país de población sumamente dispersa, cuyas gentes estaban divididas en varias tribus que ocupaban grandes fajas de territorio. Aun en las zonas que lindaban con las regiones que ahora se conocen por Rusia, esta interminable inmensidad de territorio carecía de importancia. Hace mil años apenas si era conocida, y remontándonos más atrás en la Historia hallamos aún menos vestigios de que se le concediese importancia alguna. Quizá algún que otro geógrafo aislado aquí o allá pudiera tener una vaga noción de su existencia, pero nada más. Mas en estas condiciones, el profeta Ezequiel hizo una profecía sorprendente que se conserva en los libros del Antiguo Testamento.

EZEQUIEL, capítulo 38.

1. Y fué a mi palabra de Jehová, diciendo:
2. Hijo del hombre, pon tu rostro contra Gog en tierra de Magog, príncipe de la cabecera de Mesech y profetiza sobre él.
3. Y di: Así ha dicho el Señor Jehová: He aquí, yo a ti, oh Gog, príncipe de la cabecera de Mesech y Tubal.
4. Y yo te quebrantaré y pondré anzuelos en tus quijadas, y te sacaré a ti, y a todo tu ejército, caballos y caballeros, vestidos de todo todos ellos, grande multitud con paveses y escudos, teniendo todos ellos espadas.
5. Persia, y Etiopía, y Libia con ellos; todos ellos con escudos y almetes.

6. Gomer, y todas sus compañías; la casa de Togarma, a los lados del norte, y todas sus compañías; pueblos muchos contigo.

7. Aparéjate, y apercibete, tú, y toda tu multitud que se ha reunido a ti, y séles por guarda.

8. De aquí a muchos días serás tú visitado: al cabo de años vendrás a la tierra salvada de la espada, recogida de muchos pueblos, a los montes de Israel, que siempre fueron para asolamiento: mas fué sacada de las naciones, y todos ellos morarán con fiadamente.

9. Y subirás tú, vendrás como tempestad; como nublado para cubrir la tierra serás tú, y todas tus compañías, y muchos pueblos contigo.

10. Así ha dicho el Señor Jehová: Y será en aquel día, que subirán palabras en tu corazón y concebirás mal pensamiento.

11. Y dirás: Subiré contra tierra de aldeas, iré a gentes reposadas y que habitan con fiadamente; todos ellos habitan sin muros, no tienen cerrojos ni puertas.

12. Para arrebatat despojos y para tomar presa; para tornar tu mano sobre las tierras desiertas ya pobladas y sobre el pueblo recogido de las gentes, que se hace de ganados y posesiones, que mora en el ombligo de la tierra.

13. Seba, y Dedán, y los mercaderes de Tarsis, y todos sus leones te dirán: ¿Has venido a arrebatat despojos? ¿Has reunido tu multitud para tomar presa, para quitar plata y oro, para tomar ganados y posesiones, para tomar grandes despojos?

14. Por tanto, profetiza, hijo del hombre, y di a Gog: Así ha dicho el Señor Jehová: En aquel tiempo, cuando mi pueblo Israel habitará seguramente, ¿no lo sabrás tú?

15. Y vendrás de tu lugar, de las partes del norte, tú y muchos pueblos contigo, todos ellos a caballo, grande reunión y poderoso ejército.

16. Y subirás contra mi pueblo Israel como nublado para cubrir la tierra; será al cabo de los días: y te traeré sobre mi tierra, para que las gentes me conozcan, cuando fuere santificado en ti, oh Gog, delante de sus ojos.

17. Así ha dicho el Señor Jehová: ¿No eres tú aquél de quien hablé yo en tiempos pasados por mis siervos los profetas de Israel, los

cuales profetizaron en aquellos tiempos que yo te había de traer sobre ellos?

18. Y será en aquel tiempo cuando vendrá Gog contra la tierra de Israel, dijo el Señor Jehová, que subirá mi ira en mi enojo.

19. Porque he hablado en mi celo y en el fuego de mi ira: Que en aquel tiempo habrá gran temblor sobre la tierra de Israel.

20. Que los peces de la mar, y las aves del cielo, y las bestias del campo, y toda serpiente que anda arrastrando sobre la tierra, y todos los hombres que están sobre la haz de la tierra, temblarán a mi presencia; y se arruinarán los montes, y los vallados caerán, y todo muro caerá a tierra.

21. Y en todos mis montes llamaré contra él espada, dice el Señor Jehová: la espada de cada cual será contra su hermano.

22. Y yo litigaré con él con pestilencia y con sangre; y haré llover sobre él, y sobre sus compañías, y sobre los muchos pueblos que están con él, impetuosa lluvia, y piedras de granizo, fuego y azufre.

23. Y seré engrandecido y santificado, y seré conocido en ojos de muchas gentes, y sabrán que yo soy Jehová.

EZEQUIEL, capítulo 39.

1. Tú, pues, hijo del hombre, profetiza contra Gog, y di: Así ha dicho el Señor Jehová: He aquí yo contra ti, oh Gog, príncipe de la cabecera de Mesech y Tubal.

2. Y te quebrantaré, y te sextaré, y te haré subir de las partes del norte, y te traeré sobre los montes de Israel.

3. Y sacaré tu arco de tu mano izquierda, y derribaré tus saetas de tu mano derecha.

4. Sobre los montes de Israel caerás tú, y todas tus compañías, y los pueblos que fueron contigo: a toda ave y a toda cosa que vuela, y a las bestias del campo, te he dado por comida.

5. Sobre la haz del campo caerás: porque yo he hablado, dice el Señor Jehová.

6. Y enviaré fuego sobre Magog, y sobre los que moran seguramente en las islas; y sabrán que yo soy Jehová.

7. Y haré notorio mi santo nombre en medio de mi pueblo Israel, y nunca más dejaré amancillar mi santo nombre; y sabrán las gentes que yo soy Jehová, el Santo en Israel.

8. He aquí, vino y fué; dice el Señor Jehová: este es el día del cual he hablado.

9. Y los moradores de las ciudades de Israel saldrán, y encenderán y quemarán armas, y escudos, y paveses, arcos y saetas, y bastones de mano, y lanzas: y las quemarán en fuego por siete años.

10. Y no traerán leña del campo, ni cortarán de los bosques, sino que quemarán las armas en el fuego: y despojarán a sus despojadores, y robarán a los que los robaron, dice el Señor Jehová.

11. Y será en aquel tiempo, que yo daré a Gog lugar para sepultura allí en Israel, el valle de los que pasan al oriente de la mar, y obstruiré el paso a los transeuntes, pues allí enterrarán a Gog y a toda su multitud: y lo llamarán el valle de Hamón-gog.

12. Y la casa de Israel los estará enterrando por siete meses, para limpiar la tierra.

13. Enterrarlos ha todo el pueblo de la tierra: y será para ellos célebre el día que yo fuere glorificado, dice el Señor Jehová.

14. Y tomarán hombres de jornal los cuales vayan por el país con los que viajaren, para enterrar a los que quedaron sobre la haz de la tierra, a fin de limpiarla: al cabo de siete meses harán el reconocimiento.

15. Y pasarán los que irán por el país, y el que viere los huesos de algún hombre, edificará junto a ellos un mojón, hasta que los entierren los sepultureros en el valle de Hamón-gog.

16. Y también el nombre de la ciudad será Hamonah: y limpiarán la tierra.

17. Y tú, hijo del hombre, así ha dicho el Señor Jehová: Di a las aves, a todo volátil, y a toda bestia del campo: Juntaos y venid: reuníos de todas partes a mi víctima que os sacrificio, un sacrificio grande sobre los montes de Israel, y comeréis carne y beberéis sangre.

18. Comeréis carne de fuertes, y beberéis sangre de príncipes de la tierra; de carneros, de corderos, de machos de cabrío, de bueyes, de toros engordados todos en Basán.

19. Y comeréis gordura hasta hartaros, y beberéis hasta embriagaros sangre, de mi sacrificio que yo os sacrificué.

20. Y os hartaréis sobre mi mesa; de caballos, y de caballeros fuertes, y de todos hombres de guerra, dice el Señor Jehová.

21. Y pondré mi gloria entre las gentes, y todas las gentes verán mi juicio que habré hecho, y mi mano que sobre ellos puse.

Hecha en un tiempo en que Rusia era totalmente desconocida del mundo exterior, esta profecía es de una notable claridad. Nos dice que Dios bendecirá a Moscú y Tobolsk (o sea, a Rusia) con gran poder y gloria, hasta que, con el conocimiento de su fuerza, trate de subyugar a otros países y de arrebatarles sus riquezas. Debemos observar que, según las palabras de esta profecía, Persia se verá un día sometida a Moscú, de cuyo futuro acontecimiento se están echando los cimientos ante nuestros ojos con la actual solicitud rusa de concesiones de petróleo. Además, una parte del pasaje antes citado indica que el imperialismo ruso será más peligroso aún que el imperialismo de las demás naciones. Se nos dice que Rusia avanzará precipitadamente, oleada tras oleada de incontenibles conquistas, hasta que comience a soñar en gobernar Jerusalén, que yacerá indefenso en la senda de sus hordas victoriosas. Entonces se encenderá la ira de Dios y sobre ella descenderá una lluvia de fuego y azufre, y rotas quedarán sus mandíbulas por agudos y fuertes golpes, que ocasionarán tan cabal destrucción, que sus muertos yacerán en montones en los valles y se tardará meses en enterrarlos.

Permítaseme aquí hacer una pausa por un instante y dirigirme a los que no tienen fe en las profecías. Si no hay Dios que dé a sus apóstoles la presciencia de importantes acontecimientos cientos de años antes de acaecer, entonces ¿quién dijo a Ezequiel, hace dos mil quinientos años, que Rusia se convertiría un día en una vigorosa potencia y se empeñaría en una carrera de conquista del mundo, de agresión

y de engrandecimiento, de forma que la ira de Dios se encendería contra ella y el castigo del cielo dejaría su poder en ruinas? Si concedemos la debida reflexión a esta profecía y a la manera extraordinaria en que se ha cumplido en nuestros días, nos vemos obligados a la conclusión de que, en realidad, existe un Dios que traslada estas nuevas a Sus siervos elegidos. Y si Dios existe y Él dió a Ezequiel la presciencia de estos acontecimientos, debemos también tener en cuenta que Dios Todopoderoso no quiere que el sistema comunista, que forma la base de la economía política y de la estructura social rusas, arraigue permanentemente en el mundo, y que su caída no está muy lejana.

La profecía del Mesías Prometido (la paz y las bendiciones de Dios sean con él) con relación a Rusia.

Ahora, permitidme que me refiera a una profecía acerca de Rusia que se hizo recientemente y parte de la cual ya se ha cumplido. Dios reveló al Fundador del Movimiento Ahmadí que en una calamidad mundial:

ع ناز بھی ہوگا تو ہوگا اس گھڑی با حال ناز

Es decir, que se acercaba el día en que el zar de Rusia se encontraría en un desdichado trance. Ahora, después de la revolución roja, como todos sabemos, el zar reinante de entonces fué capturado y muerto, después de haber sufrido privaciones y humillaciones sin cuento, lo que constituye uno de los episodios más dolorosos y trágicos de la historia humana.

Otra profecía hecha por el Mesías Prometido (la paz y las bendiciones de Dios sean con él) con respecto a Rusia, la relató como sigue:

“El 22 de enero de 1903 vi en una *kashf* (visión) que el bastón del zar de Rusia había venido a mis manos. Era muy largo y bello. Pero al examinarlo atentamente, vi que era un fusil, aun cuando no tenía aspecto de tal, porque tenía cañones secretos y exteriormente no

parecía más que un bastón, cuando en realidad era un fusil." (*Tazkerah*, pág. 429.)

En una visión, el entregar el bastón o cetro de una nación significa el desarrollo de la fuerza y la influencia en esa nación del partido a quien se le entrega el bastón. Así, pues, tenemos que la profecía de Ezequiel nos dice, de una parte, que el poder y la influencia de la Rusia comunista será una fase pasajera, que, por la intervención rusa en los asuntos ajenos, terminará con su destrucción, como castigo del cielo; mientras que, de la otra, tenemos al Mesías Prometido (la paz y las bendiciones de Dios sean con él) dándonos la agradable nueva de que la dirección y gobierno de los asuntos de Rusia pasará un día a manos de los Ahmadís, que revisarán a fondo el sistema comunista para desembarazarle de todos sus males. Estas profecías, cuyo origen es Dios Todopoderoso, se hicieron en un tiempo en que la vista humana no podía descubrir signo alguno que indicara la absoluta probabilidad de su cumplimiento en aquel momento, ni siquiera después en el futuro. Hoy presento estas profecías ante los millares de personas aquí congregadas para escucharme. Las palabras del Profeta Ezequiel fueron dichas al mundo seiscientos años antes de Jesucristo; es decir, hace más de dos mil quinientos años, cuando nadie sabía nada de Rusia ni tenía la más vaga idea de la importancia que iba a adquirir. Cuanto más pensamos en estas cosas, más nos sorprende la grandeza de esta profecía. Igualmente extraordinaria es la profecía del Mesías Prometido (la paz y las bendiciones de Dios sean con él) relativa al fin trágico, no de un zar determinado, sino del zar en sí, porque todo el mundo ha visto cuán literal y exactamente se ha cumplido esta maravillosa profecía. Ahora queda por cumplirse la segunda profecía del Mesías Prometido (la paz y las bendiciones de Dios sean con él): la de que el gobierno de Rusia adoptará finalmente una forma que colocará en sus manos el mando rector de la nación. Así como al Santo Profeta Mohamed (la paz y las bendiciones de Dios sean con él) le fué mostrado en una visión que las llaves de los tesoros de los Imperios romano y persa habían sido puestas en sus manos, pero llegaron realmente a poder de sus discípulos en los tiempos de Omar, de igual modo el cetro de Rusia

pasará, de acuerdo con esta profecía del Mesías Prometido (la paz y las bendiciones de Dios sean con él), a manos de sus seguidores. Las profecías hechas por los profetas de Dios no se cumplen todas en sus propias personas o épocas: algunas de ellas, como lo demuestra la historia de la religión, se cumplen posteriormente en manos de sus discípulos.

Nuestras esperanzas de que el mando rector de los asuntos de Rusia pase un día a poder Ahmadí no son en modo alguno sueños fantásticos. Más hondo en nuestro ser que la medula de los huesos, vive la convicción de que la tarea de mejorar el sistema de gobierno ruso, a fin de liberarlo de los defectos que ahora lo dañan, nos ha sido confiada por Dios Todopoderoso; algún día, una mayoría del pueblo ruso se agrupará en torno a la bandera del Mesías Prometido (la paz y las bendiciones de Dios sean con él), y entonces, por su propia voluntad y elección, procederán a moldear de nuevo el sistema ruso a la luz de sus doctrinas. Considerados en esta perspectiva, los peligros que ahora asoman claramente frente a todo el mundo, por la propagación del comunismo, se disiparán más tarde o más temprano, como nubes de tormenta dispersadas por un ímpetuoso viento; y entonces comprenderá el género humano que el único remedio de los males y aficciones que ha sufrido durante tanto tiempo está en las doctrinas del Islam.

Mi propio «roya» (visión) apunta hacia la destrucción del comunismo.

Hace veinticuatro años, vi una vez en un *roya* (visión) una vasta llanura. Estaba yo de pie en medio de esta llanura cuando vi una enorme serpiente de gigantescas proporciones que se acercaba desde lejos. Podría tener como veinte yardas de larga, gruesa como el tronco de un árbol gigantesco. Al contemplar cómo se acercaba este monstruo, me pareció que había iniciado su marcha desde un extremo de la tierra y se dirigía al otro extremo, devorando cuanto encontraba a su paso. Por fin llegó al sitio donde yo estaba de pie y donde había también otras personas. El reptil se engulló a todos los demás y luego

se dirigió hacia un Ahmadí, que después cayó en sus fauces. Vi que este Ahmadí corrió para salvar su vida, seguido de cerca por la serpiente, y con una estaca en mi mano corré yo en socorro de este amigo. Pero me encontré con que el monstruo corría tan de prisa, que no había posibilidad de alcanzarle. Continué corriendo, sin embargo, y vi entonces que este amigo Ahmadí se subía a un árbol. Pero antes de que pudiera trepar a altura suficiente, la serpiente le alcanzó y aquella maligna cabeza creció y lo arrebató de un solo bocado. Entonces el monstruo se volvió hacia mí, lleno de cólera por haber intentado estorbarle su presa. Pero cuando se lanzaba a atacarme, vi la armazón de un *charpai* (un lecho indio) que había cerca del sitio donde me hallaba. Salté sobre este armazón al instante y sobre él me mantuve, con un pie en cada una de las dos barras opuestas. En tanto se acercaba el reptil, oí que alguien me preguntaba cómo se me ocurría luchar con él, cuando el Santo Profeta (la paz y las bendiciones de Dios sean con él) había dicho que no había nadie que pudiera vencerle. Entonces comprendí que este monstruo no era sino el Gog y Magog a quien este Hadiz (tradición) se refería. Se me ocurrió que este monstruo también era el Dayyal (el Máximo Engañador) y elevé mis manos al cielo suplicando la ayuda y la protección de Dios. A los Ahmadís que estaban junto a mí y que me advirtieron de la inutilidad de los esfuerzos para combatir al monstruo, les dije que no pretendía pelear con él por mi propia hazaña, sino por la fuerza de la oración, y que de este modo, según lo que el Santo Profeta (la paz y las bendiciones de Dios sean con él) había dicho, no podría evitarse la victoria. En tanto rezaba, vi que se operaba un cambio en la serpiente. Los que han estado en los lugares montañosos de la India en verano saben que hay un insecto que se arrastra por las laderas durante las lluvias; si echáis una cantidad de sal molida sobre el insecto, literalmente se disuelve en el agua y no queda de él sino una especie de fango. Algo idéntico comenzó a sucederle al monstruo que me atacaba. Observé primero que ya no se mostraba feroz ni rápido en sus movimientos. Languideó perezosamente; se arrastró bajo la armazón en que yo me alzaba y allí quedóse inmóvil, como si se hubiera consumido y debilitado. Luego se convirtió en una especie de jalea, que, por último.

se deshizo en agua, y ésta corrió, sin que se le volviera a ver más. Entonces me volví hacia mis compañeros y dije: "¡Ved la fuerza de la oración! Por supuesto, estaba indefenso frente a este peligro, pero Dios indudablemente poseía fortaleza para eliminarlo."

Conclusión.

Debe tenerse muy en cuenta que nosotros, los Ahmadís, no somos enemigos de nadie: deseamos el bien y la felicidad de todos. Aun por el peor de nuestros enemigos, no abrigamos el más ligero vestigio de malos sentimientos en ningún rincón de nuestro corazón. Nuestro único deseo es que haya paz en el mundo, que en todas partes predominen las bellas cualidades morales, consolidadas con la fuerza espiritual y la disciplina: que la ley que impere sobre el universo sea la ley de Dios y de su profeta. Deseamos que cualesquiera que sean los sistemas social, económico o político que prevalezcan en este mundo, dejen a Dios y a su Profeta la esfera de la vida humana que legítima y debidamente les pertenece; que las gentes que quieran vivir de acuerdo con las leyes de Dios, no se vean obligadas a rechazarlas. No somos enemigos de Rusia ni del comunismo. Mejor dicho, tengo simpatía por esta gran nación y sinceramente deseo que el pueblo ruso, que durante tantos siglos ha trabajado bajo el más inhumano sistema de gobierno, tenga mejor suerte en el futuro. Pero ni yo ni nadie que verdaderamente estime la libertad, puede tolerar que un orden social y una filosofía política de concepto erróneo se convierta en instrumento para sojuzgar a otros pueblos. Por lo tanto, a cualquier sistema que sea el primero en incorporarse los principios islámicos en relación con estos asuntos, lo consideraremos como propio y trataremos de apoyarlo hasta el máximo de nuestras posibilidades. Por el contrario, tenemos el deber de oponernos a todos aquellos sistemas que intentan desalojar a la religión de su propia esfera en la vida de los seres humanos. No hay duda de que el hambre lleva consigo terribles sufrimientos para quienes tienen que soportar sus angustias, pero ni siquiera para alejar el hambre y la necesidad de nuestros corazones y nuestros hogares estamos dispuestos a sacrificar nuestra religión,

En mi conferencia de esta tarde he condensado el tema y he pasado por alto muchas cosas. Pero aun así, os he hecho gastar buena parte de vuestro tiempo. Me atrevo á esperar, sin embargo, que después de la luz que he vertido sobre los principios económicos fundamentales tal como los conciben el Islam de una parte y el comunismo de otra, todos pensaréis detenidamente sobre el asunto y cuidaréis de no dejaros llevar por simples rumores ni por superficiales gritos de combate. Para nuestro conveniente desarrollo mental, es esencial que cualesquiera que sean los criterios que adoptemos, debemos adoptarlos después del más concienzudo examen; cualquiera que sea la ruta que sigamos, debemos emprenderla con los ojos abiertos; ya que éste es el único medio que fomenta la verdad y cierra la puerta a la inquietud y el descontento.

Que también Dios, bondadoso y amante, tenga piedad de mí y me permita seguir las sendas de su guía y placer: y que Él os dé a vosotros también la sabiduría y la resistencia para seguir el camino que haya de ofrecerse lleno de bendiciones para vosotros y para los hijos que os sucederán, y que habrán de seros igualmente útiles, lo mismo en la esfera seglar que en la religiosa.

Que la paz sea con quien siga el camino señalado.

Finalmente, alabamos a Dios, sostén del universo.